Arnold Bennett

Gran Hotel Babylon

Capítulo 1

El millonario y el camarero

—¿Sí, señor?

Jules, el celebrado camarero jefe del Gran Babylon, se había inclinado, solemne, ante el ágil caballero de mediana edad que, acabado de entrar en la sala de fumadores, se había dejado caer en la silla de mimbre del rincón junto al invernáculo. Eran cerca de las ocho de la tarde de un día de junio especialmente caluroso y la cena estaba a punto de ser servida en el Gran Babylon. Hombres de todas las complexiones, edades y nacionalidades, todos ellos impecablemente trajeados, se movían por el amplio y oscuro recinto. Del invernáculo provenía un suave olor a flores y también el rumor de una fuente. Los camareros, dirigidos por Jules, se movían sigilosos sobre las tupidas alfombras orientales, balanceando las bandejas con destreza de malabarista y recibiendo y ejecutando órdenes con ese aire de profunda importancia del que solo conocen el secreto los camareros de primera clase.

La atmósfera general era de serenidad y calma, algo característico del Gran Hotel Babylon. Parecía imposible que algo pudiera perturbar la pacífica y monótona cotidianidad aristocrática de un hotel tan bien gestionado. Sin embargo, esa noche iba a tener lugar la mayor conmoción nunca conocida por el Gran Babylon.

—¿Sí, señor? —repitió Jules, esta vez con un matiz de solemne desaprobación en su voz: no era habitual que hubiera de dirigirse por dos veces a un cliente.

—¡Oh! —dijo el vivaz caballero de mediana edad mirando a lo lejos. Con olímpica ignorancia respecto a la identidad del gran Jules, sus ojos grises se permitieron un parpadeo al observar la expresión del camarero—. Tráigame un «Beso de Ángel».

—¿Perdón, señor?

—Tráigame un «Beso de Ángel» y haga el favor de darse prisa.

—Eso es una bebida americana y me temo que no tenemos, señor.

La voz de Jules adquirió un matiz gélido; varios clientes se volvieron a mirar con incomodidad, como censurando esa perturbación de su tranquilidad por mínima que fuera. Sin embargo, la apariencia de la persona a la que Jules se dirigía les tranquilizó de algún modo, porque tenía todo el aspecto de un experimentado caballero inglés capaz de diferenciar, por mero instinto, un hotel de otro, y que sabe de inmediato dónde se puede armar un alboroto con propiedad y dónde es aconsejable comportarse como en el club privado. El Gran Babylon era un hotel en cuya sala de fumadores uno debía comportarse

como en el club privado.

—Ya suponía que no tendrían, pero supongo que incluso en este hotel pueden prepararme uno tras obtener los oportunos ingredientes.

—Esto no es un hotel americano, señor —respondió Jules, en quien la calculada insolencia de las palabras era hábilmente ocultada bajo un acento de humilde sumisión.

El vivaz caballero de mediana edad enderezó el cuerpo y contempló plácidamente a Jules y sus famosas patillas rojas.

—Tráigame entonces una copa de licor —dijo, en tono a medias cortante y a medias afablemente tolerante— a base de cantidades iguales de marrasquino, nata y crema de menta. No lo mueva ni lo agite. Me lo trae tal cual. Y dígale al barman…

—¿Al barman?

—Dígale al barman que tome nota de la receta porque probablemente pediré un «Beso de Ángel» cada noche antes de cenar, al menos mientras continúe este tiempo.

—Le traeré lo que pide, señor —dijo Jules con frialdad. Era su forma de concluir y con la que venía a indicar que él no era como el resto de camareros, y que si alguien no le trataba con respeto lo pagaría.

Pocos minutos después, mientras el vivaz caballero de mediana edad saboreaba su «Beso de Ángel», Jules se reunió con la señorita Spencer, responsable de la oficina del Gran Babylon. Esta oficina era una amplia estancia con dos paneles correderos de cristal a modo de pared divisoria, desde la cual se dominaba el vestíbulo y la sala de fumadores. Solo una pequeña parte del trabajo administrativo del gran hotel se realizaba allí. El lugar servía principalmente de guarida para *Miss* Spencer, persona tan importante y conocida como el propio Jules. La mayoría de modernos hoteles tienen a un hombre como jefe de la oficina, pero el Gran Hotel Babylon mantenía unos criterios propios. *Miss* Spencer había sido responsable de la oficina casi desde que el Gran Hotel Babylon elevara por primera vez sus macizas chimeneas al cielo y permanecía firme en su puesto pese a la volubilidad de los otros hoteles. Siempre admirablemente vestida de seda negra, con su pequeño broche de diamantes, sus pulseras inmaculadas y el encrespado cabello rubio, su aspecto era hoy el mismo que infinidad de años atrás. Su edad no la sabía nadie excepto ella misma y quizá alguien más, pero a nadie le importaba. Los atractivos y seductores contornos de su figura eran irreprochables y, por las noches, era un útil ornamento del cual todo hotel puede estar inocentemente orgulloso. Su conocimiento de la Bradshaw[1], de los horarios de los barcos y de la programación de teatros y espectáculos de variedades, no tenía rival: sin embargo, ella nunca viajaba y nunca iba al teatro o a los espectáculos de variedades. Parecía no moverse jamás de su madriguera laboral, impartiendo información a los huéspedes, telefoneando a los diversos departamentos o enfrascada en íntima conversación con sus amigos en la plantilla.

—¿Quién ocupa la número 107? —preguntó Jules a la dama de negro.

Miss Spencer examinó el libro de registro.

—El señor Theodore Racksole, de Nueva York.

—Ya sabía yo que sería un neoyorquino —dijo Jules tras una breve y significativa pausa— pero habla inglés tan bien como tú o yo. Me ha dicho que quiere un «Beso de Ángel», marrasquino y nata, por favor, cada noche. Creo que no permanecerá mucho aquí.

La señorita Spencer sonrió amenazadoramente a modo de respuesta. La referencia a Theodore Racksole como «un neoyorquino» le despertó el sentido del humor, un sentido del cual no carecía. Sabía, por supuesto, y sabía que Jules lo sabía también, que el tal Theodore Racksole tenía que ser el famoso Theodore Racksole, el hombre más rico de

Estados Unidos y probablemente del mundo entero. Sin embargo, se puso enseguida de parte de Jules.

Del mismo modo que solo había un Racksole, solo había un Jules y *Miss* Spencer compartió instintivamente la indignación de este último ante el espectáculo de una persona que, fuera un millonario o un emperador, presumía de pedir un «Beso de Ángel», esa dudosa pócima hecha de marrasquino y nata, bajo el techo del Gran Babylon. En el universo de los hoteles solía afirmarse que junto al propietario habían tres dioses en el Gran Babylon: Jules, el camarero jefe, la señorita Spencer y quien tenía más poder que todos, Rocco, el renombrado chef, quien ganaba dos mil al año y tenía un chalé en el Lago de Lucerna. Todos los grandes hoteles de la avenida Northumberland y en el Embankment del Támesis habían intentado llevarse a Rocco del Gran Hotel Babylon, sin éxito. Rocco se daba cuenta de que no se podía llegar más alto que a maître del Gran Hotel Babylon, el cual, aunque jamás se anunciaba y no pertenecía a ninguna sociedad limitada, se hallaba sin duda entre los primeros hoteles de Europa: el primero en despilfarro, el primero en exclusividad, el primero en esa misteriosa cualidad conocida como «estilo».

Situado en el Embankment, el Gran Babylon, pese a sus majestuosas proporciones, se veía empequeñecido por varios colosos vecinos. No tenía más de 350 habitaciones mientras que, en un cuarto de milla, había dos hoteles, de 600 y 400 habitaciones respectivamente. Por otra parte, el Gran Babylon era el único hotel de Londres con entrada diferenciada para visitantes reales, entrada que era continuamente utilizada. El Gran Babylon consideraba perdido el día en que, como mínimo, no hospedase a un príncipe alemán o al maharajá de algún estado hindú. Cuando Felix Babylon —por quien y sin referencia alguna al apodo londinense, el hotel fue bautizado—, cuando Felix Babylon, decimos, fundó el hotel en 1869, se propuso servir a la realeza y ese fue el secreto de su eminente triunfo.

Hijo de un rico hotelero y financiero suizo, se esforzó por establecer relaciones con mandatarios de varias cortes europeas y no escatimó dinero al respecto. Varios reyes y no pocas princesas le llamaban Felix y se referían familiarmente al hotel como «donde Felix»; y Felix se tomaba esto como algo que favorecía el negocio. El Gran Babylon se gestionaba según esta política. El lema para su línea de actuación era la discreción, siempre la discreción, y también la tranquilidad, la simplicidad, el aislamiento. El lugar era como un palacio de incógnito. Ni había chapados en el tejado ni título en la entrada. Ibas por una apartada calle del Strand y de pronto veías, delante de ti, un sencillo edificio marrón con dos puertas giratorias de caoba y un recepcionista tras cada una de ellas; las puertas se abrían silenciosamente, entrabas, y ya estabas «donde Felix». Si pretendías hospedarte allí, tú o tu enviado debíais entregar la tarjeta a la señorita Spencer. Bajo ningún pretexto debías preguntar por el precio. Era de muy mal tono hablar de precios en el Gran Babylon; los precios eran altísimos, pero no se debían mencionar. Al final de vuestra estancia os sería presentada la cuenta, breve y exenta de innecesarios detalles, y la deberíais pagar sin rechistar. El trato con el hotel revestiría un solemne civismo, eso era todo. Nadie te había pedido venir y nadie te manifestaría la esperanza de que volvieras. El Gran Babylon se hallaba por encima de esas circunstancias; desafiaba a la competencia ignorándola; y, por consiguiente, el establecimiento casi siempre estaba lleno toda la temporada.

Si había, acaso, algo que molestaba al Gran Babylon —o que le pusiera fuera de sí, hablando con propiedad— era que lo comparasen o confundieran con un hotel americano. El Gran Hotel Babylon estaba en las antípodas de las formas americanas de comer, beber y hospedarse, en especial de las formas americanas de beber. El resentimiento de Jules al

serle pedido un «Beso de Ángel», debe ser, pues, comprendido.

—¿Viene alguien con el Sr. Theodore Racksole? —preguntó Jules, continuando su conversación con la Srta. Spencer y poniendo un burlón énfasis en cada sílaba del nombre del cliente.

—Sí: la señorita Racksole. Ocupa la habitación 111.

Jules se detuvo y se golpeó la patilla izquierda allí donde esta alcanzaba el brillante cuello blanco.

—¿Dónde está, dices? —preguntó con especial énfasis.

—En la número 111. No ha habido más remedio. No había otra habitación con baño y tocador en ese piso —la voz de la Srta. Spencer adoptó un llamativo tono de disculpa.

—¿Y por qué no le has dicho al Sr. Theodore Racksole y a la Srta. Racksole que no disponíamos de la habitación que solicitaban?

—Porque Babs estaba escuchando.

Solo había tres personas en este ancho mundo que se hubieran atrevido a referirse a Felix con la inocua, cómica abreviatura «Babs», y eran Jules, la Srta. Spencer y Rocco. Jules la había inventado. Nadie más hubiese tenido el ánimo o la audacia de hacerlo.

—Trata de que la Srta. Racksole cambie de habitación esta noche —dijo Jules tras otra pausa—. O mejor déjamelo a mí: yo lo arreglaré. *Au revoir*. Faltan tres minutos para las ocho. Me encargaré yo mismo de la cena esta noche.

Jules se alejó, frotándose sus finas y blancas manos con extraño y agitado movimiento, lo que indicaba que intuía que algo excitante se preparaba.

A las ocho en punto fue servida la cena en el inmenso comedor, un sobrio y a la vez espléndido espacio todo él blanco y dorado. En una pequeña mesa, cercana a una de las ventanas, se sentaba, sola, una joven dama. Su atuendo era parisino, pero su rostro inconfundiblemente neoyorquino. Era, la suya, una cara serena y encantadora, la cara de una mujer acostumbrada a hacer exactamente lo que quería, cuando quería y como quería; la cara de una mujer que había enseñado a cientos de distinguidos jóvenes el arte de servirle de lacayos y que, tras unos veinte años siendo echada a perder por sus padres, había llegado a considerarse el equivalente femenino del zar de todas las Rusias. Este tipo de mujeres solo existen en América y solo florecen plenamente en Europa, continente que ellas imaginan creado por la Providencia para sus diversiones.

La joven dama junto a la ventana miró a su alrededor en el comedor y, a la vez que admiraba a los comensales, determinó que el recinto, en sí mismo, era pequeño y deslucido. Luego miró a través de la ventana abierta y se dijo que, aunque el Támesis no estaba mal al atardecer, de ningún modo se podía comparar con el Hudson, en cuyas orillas su padre poseía una finca de cien mil dólares. Luego volvió a estudiar el menú y, frunciendo sus encantadores labios, se dijo que nada de lo reseñado le apetecía.

—Siento haberte hecho esperar, Nella —le dijo el Sr. Racksole, el intrépido millonario que había osado pedir un «Beso de Ángel» en la sala de fumar del Gran Hotel Babylon. Nella, su verdadero nombre era Helen, sonrió a su padre con cautela, reservándose el derecho a regañarle si le apetecía.

—Tú siempre llegas tarde, papá —dijo.

—Solo en vacaciones —añadió—. Veamos, ¿qué hay para comer?

—Nada.

—Pues comamos cualquier cosa. Estoy hambriento. Disponer de mucho tiempo libre me abre el apetito.

—Consomé Britannia —empezó ella a leer en el menú—. Salmón escocés, salsa

genovesa, aspic de bogavante. ¡Cielo Santo!, ¿quién puede comer cosas así en una noche como esta?

—Pero Nella, esta es la mejor cocina de Europa —protestó el padre.

—Escucha, papá —dijo, como si fuera algo irrelevante—, ¿has olvidado que mañana es mi cumpleaños?

—¿Me he olvidado alguna vez de tu cumpleaños, queridísima hija?

—En general has sido un padre de lo más satisfactorio —respondió ella con dulzura—, y, como recompensa, me contentaré esta vez con el regalo más sencillo que nunca me hayas ofrecido. ¡Solo que lo quiero esta misma noche!

—Bien —dijo él con inmensa paciencia y la disposición para la sorpresa de un padre a quien su hija tiene dominado por entero—. Dime de qué se trata.

—Pues de lo siguiente: para cenar esta noche quiero un bistec y una botella de cerveza. Algo simple y exquisito. Me encantaría.

—Pero querida Nella —exclamó el padre—. ¡Tomar carne y cerveza en casa de Felix! ¡Es imposible! Además: las chicas de menos de veintitrés no deben tomar cerveza.

—He dicho bistec y cerveza, y en cuanto a los veintitrés, mañana cumplo los veinticuatro.

La Srta. Racksole apretó sus pequeños y blancos dientes.

Se oyó de pronto una suave tos. Jules se hallaba junto a ellos. Debía ser su prístino espíritu aventurero lo que le había llevado a ocuparse de esa mesa. Por lo general, Jules no servía la cena personalmente. Se limitaba a observar el comedor como el capitán sobre el puente mientras duerme el segundo de a bordo. Los clientes habituales del hotel se sentían honrados cuando era Jules quien les atendía.

Theodore Racksole vaciló un segundo y luego le dijo lo que quería con expresión de absoluta indiferencia.

—Dos bistecs, para ella y para mí, y una botella de cerveza.

Pedir tal cosa fue la mayor heroicidad de Theodore Racksole en toda su vida, y sin embargo, había sobrellevado más de una crisis con gran coraje.

—No consta en el menú, señor —dijo Jules imperturbable.

—Es igual. Consíganoslo. Lo queremos.

—Muy bien, señor.

Jules fue a la puerta de servicio y, tras simular que entraba, regresó a la mesa de inmediato.

—Saludos del Sr. Rocco, señor: lamenta no poderle servir los bistecs y la cerveza esta noche, señor.

—¿El Sr. Rocco? —preguntó Racksole sin seriedad.

—Sí, el Sr. Rocco —repitió Jules con firmeza.

—¿Y quién es el Sr. Rocco?

—El Sr. Rocco es nuestro chef, señor —dijo Jules con la expresión de alguien a quien se le pregunta quién es Shakespeare.

Los dos hombres se observaron mutuamente. Parecía increíble que Theodore Racksole, el inefable Racksole, propietario de mil kilómetros de ferrocarril, varias poblaciones y sesenta votos en el Congreso, pudiera verse desafiado por un camarero, o incluso por un hotel entero. Sin embargo, así ocurría. Cuando la agotada espalda de Europa se halla apoyada en la pared, ni siquiera un regimiento de millonarios puede hacer que se vuelva. Jules tenía la expresión tranquila de alguien seguro de su victoria. Su cara expresaba: «Me venciste una vez, pero ahora ya no, mi querido amigo neoyorquino».

En cuanto a Nella, conociendo a su padre, previó interesantes acontecimientos y secretamente esperó a que le trajeran el bistec. No tenía mucha hambre y, por tanto, no le importaba esperar.

—Excúsame un instante, Nella —dijo Theodore Racksole con calma—. Vuelvo en un par de segundos.

Y salió a paso rápido del comedor. Nadie reconoció al millonario porque nadie lo conocía en Londres: esta era su primera visita a Europa en veinte años. Si alguien le hubiera reconocido y notado la expresión de su rostro, habría temido una gran explosión que hubiera podido zambullir el Gran Hotel por entero en el Támesis.

Jules se retiró estratégicamente a un rincón. Ya había disparado; ahora le tocaba hacerlo a su antagonista. Una larga y variada experiencia había enseñado a Jules que un cliente que pretende subyugar a un camarero casi siempre acaba perdiendo; el camarero posee demasiadas ventajas en tal confrontación.

Capítulo 2

De cómo el Sr. Racksole obtuvo la cena que quería

Sin embargo, hay hombres con el hábito de obtener lo que quieren, incluso cuando son huéspedes de un hotel exclusivo: y Theodore Racksole tenía larga experiencia en tan provechosa práctica… excepto cuando su única hija, Helen, sin madre pero muy decidida, pensaba que interfería en la suya, ante lo que Theodore capitulaba enseguida. Pero cuando Theodore y su hija iban al unísono y por el mismo camino, algo que sucedía bastante a menudo, solo el Cielo podía ayudar al obstáculo que, mal aconsejado, se atreviera a entrometerse en el camino de ambos. Jules, por experto y observador que fuera, no advirtió el amenazante avance de las mandíbulas de padre e hija; pues, de ser así, hubiera reconsiderado la cuestión del bistec y la cerveza.

Theodore Racksole fue directamente a la entrada principal del hotel y penetró en la sacristía de la Srta. Spencer.

—Quiero ver al señor Babylon —dijo— y lo más rápido posible.

La Srta. Spencer elevó lentamente su blonda cabeza.

—Lo siento —empezó con la usual fórmula, pues era parte de sus obligaciones diarias el denegar las entrevistas que los clientes solicitaban con el Sr. Babylon.

—No, no —dijo Racksole rápidamente—. El «lo siento» no me vale. Es un asunto de negocios. De haber usted sido una empleada corriente del hotel le hubiera deslizado en la mano un par de billetes y todo se habría arreglado. Pero como usted, es evidente, no acepta sobornos, le digo sin más: quiero ver al Sr. Babylon enseguida, por un asunto de la máxima importancia. Mi nombre es Racksole, Theodore Racksole.

—¿De Nueva York? —preguntó una voz desde la puerta, con ligero acento extranjero.

El millonario se volvió abruptamente y vio a un individuo de baja estatura, aspecto francés, cabeza calva, barba gris, un chaquetón de corte perfecto, lentes sujetos con una delgada cadena de plata y unos ojos azules de virginal y transparente inocencia.

—Solo hay uno en Nueva York —dijo Theodore Racksole, cortante.

—¿Deseaba verme? —sugirió el recién aparecido.

—¿Es usted el Sr. Felix Babylon?

El hombre hizo una breve inclinación.

—Quería verle a usted más que a nadie en el mundo —dijo Racksole—. Ardía en deseos de hablarle, Sr. Babylon. Serán solo unos minutos. Bastará ese tiempo para exponerle mi propuesta.

Con un gesto, el Sr. Babylon invitó al millonario a venir con él por un pasillo lateral al final del cual se hallaba su despacho, con suntuoso alfombrado y mobiliario Luis XV: como ocurre entre solteros con grandes ingresos, el Sr. Babylon tenía «gustos» altamente caros.

El patrón y su huésped se sentaron uno enfrente del otro. Theodore Racksole tenía la suerte de ser millonario, pues el Sr. Babylon jamás, por principio, se entrevistaba con sus huéspedes, por distinguidos, ricos o insistentes que fueran. De no haber entrado en el despacho de la Srta. Spencer en ese preciso instante y no haber quedado impresionado de algún modo por la fisonomía del millonario, ni siquiera la energía americana y la

ingenuidad de Racksole hubiesen posibilitado a este tener un cara a cara esa noche con el propietario del Gran Hotel Babylon. Pero Theodore Racksole no supo que lo había logrado por mero accidente. Creía que lo había obtenido por ser quien era.

—He leído en los periódicos de Nueva York, meses atrás —comenzó Theodore sin siquiera aclararse la garganta—, que su hotel, Sr. Babylon, iba a ser vendido a una sociedad limitada, pero parece que la venta no se llevó a cabo.

—No tuvo lugar —respondió con franqueza el Sr. Babylon—, y la razón fue que el intermediario entre la compañía y yo quiso obtener un gran beneficio de modo solapado y yo decliné ser parte activa de tal beneficio. Ellos se mantuvieron firmes y yo también. Así que el negocio no se concretó.

—¿El precio acordado le era satisfactorio?

—Mucho.

—¿Puedo preguntarle a cuánto ascendía?

—¿Quiere usted comprar el hotel, Sr. Racksole?

—¿Lo quiere usted vender, Sr. Babylon?

—Lo quiero —dijo Babylon—, pero con condiciones. El precio fue de cuatrocientas mil libras, incluyendo el arriendo y la clientela. Pero solo lo vendo con la condición de que el comprador no transfiera la propiedad a una compañía limitada a un precio más alto.

—Le haré una pregunta, Sr. Babylon —dijo el millonario—. ¿Cuáles han sido sus beneficios los últimos cuatro años?

—Treinta y cuatro mil libras al año.

—Se lo compro —dijo Theodore Racksole, sonriendo satisfecho—. Y si gusta, firmaremos el contrato ahora mismo.

—Se decide usted con mucha rapidez, Sr. Racksole. ¿O es que llevaba considerándolo hacía tiempo?

—En absoluto —dijo Racksole mirando su reloj—. Lo he considerado hace meramente seis minutos.

Felix Babylon le hizo una inclinación de cabeza, como alguien acostumbrado a las excentricidades de los ricos.

—Lo bueno de ser muy conocido —continuó Racksole— es que no has de molestarte en explicaciones preliminares. Usted, Sr. Babylon, lo sabe probablemente todo de mí y yo sé mucho sobre usted. Nos podemos fiar el uno del otro sin necesidad de garantías. Es tan sencillo comprar un hotel o un ferrocarril como comprar un reloj: la transacción es, en el fondo, la misma.

—Sin duda —coincidió el Sr. Babylon, sonriendo—. ¿Elaboramos un borrador de contrato? Hay detalles que han de ser estudiados. Pero se me ocurre que no ha cenado aún, y tal vez prefiera tratar las pequeñas cuestiones después de cenar.

—No, no he cenado aún —dijo el millonario, enfático—. Y con relación a eso, ¿me podría hacer un favor? ¿Podría hacer que viniera el Sr. Rocco?

—Desea verle, naturalmente.

—Sí —dijo el millonario, y añadió—. Es para hablarle de mi cena.

—Rocco es una gran persona —murmuró el Sr. Babylon mientras tocaba la campanilla, ignorando las últimas palabras—. Saluda al Sr. Rocco —le dijo al botones que acudió a su llamada— y dile que me gustaría que viniera a mi despacho un momento.

—¿Cuánto le paga usted a Rocco? —preguntó Racksole.

—Dos mil al año y le doy, además, el trato de un embajador.

—Yo le daré también trato de embajador y tres mil al año.

—Buena decisión —dijo Felix Babylon.

En ese instante Rocco entró en el despacho, silenciosamente: era un hombre de unos cuarenta años, delgado, con manos largas y finas y un sedoso mostacho pardo e inmoderadamente largo.

—Rocco —dijo Felix Babylon—, deje que le presente al Sr. Theodore Racksole, de Nueva York.

—Encantado —dijo Rocco, con una inclinación de cabeza—. Es el… el, ¿cómo le llaman?, ¿el millonario?

—Exacto —dijo Racksole, que continuó rápido—. Sr. Rocco, deseo hacerle saber, antes que a nadie, que he adquirido el Gran Hotel Babylon. Si tiene la amabilidad de seguir prestando sus servicios para mí, me complacerá ofrecerle una remuneración de tres mil al año.

—¿Tres mil, ha dicho?

—Tres mil.

—Encantado.

—Y ahora, Sr. Rocco, ¿querría ser tan amable de prepararme dos bistecs y una botella de cerveza? Y que me lo sirva Jules, deseo que sea él, en particular, en la mesa 17 del comedor, en unos diez minutos. ¿Y me hará el honor de comer conmigo mañana?

El Sr. Rocco abrió la boca, se inclinó, musitó algo en francés y se fue.

Cinco minutos más tarde, el comprador y vendedor del Gran Hotel Babylon habían firmado un breve documento, preparado en papel carta del hotel. Felix Babylon no hizo preguntas, y fue esta heroica ausencia de curiosidad y de sorpresa por su parte lo que más impresionó a Theodore Racksole. ¿Cuántos propietarios de hotel en el mundo, se preguntó Racksole, habrían servido esos bistecs y cerveza sin el menor comentario?

—¿A partir de qué día desea que tenga efecto la compra? —preguntó Babylon.

—¡Oh! —exclamó Racksole sin seriedad—. No tiene importancia. Digamos que desde esta noche.

—Como quiera. Hace mucho que quería retirarme. Y ahora que ha llegado el momento, de modo tan repentino, estoy preparado. Regresaré a Suiza. No se puede gastar mucho dinero allí, pero es mi país natal. Seré el hombre más rico de Suiza —dijo, sonriendo con melancólico contento.

—Imagino que usted tendrá mucho dinero —le dijo Racksole en su modo familiar, como si se le acabara de ocurrir lo que decía.

—Aparte de lo que usted me dará, tengo medio millón invertido.

—Entonces será casi un millonario.

Felix Babylon afirmó con la cabeza.

—Pues le felicito, querido amigo —dijo Racksole en el tono del juez dirigiéndose a un abogado novato—. Novecientos mil libras traducidas a francos, sonarán muy bien… en Suiza.

—Por supuesto que para usted, Sr. Racksole, esta suma le parecerá mísera. ¿Puedo preguntarle cuánto tiene usted? —le dijo Felix Babylon imitando la familiaridad del otro.

—No lo sé seguro, cinco millones o así, según he calculado —dijo Racksole con sinceridad y como indicando que le hubiera gustado darle la información exacta de haberla tenido a mano.

—¿Tiene muchas preocupaciones, Sr. Racksole?

—Sí, a pesar de todo. Precisamente, estoy de vacaciones en Londres con mi hija para verme libre de ellas.

—¿La compra de hoteles acaso le relaja?

Racksole se encogió de hombros:

—Es como un cambio de ferrocarril —rio.

—Ah, amigo mío, no sabe usted lo que acaba de comprar.

—Oh, claro que sí —replicó Racksole—. He comprado nada menos que el primer hotel del mundo.

—Cierto, cierto —admitió Babylon, contemplando pensativo su añeja alfombra persa—. No hay nada comparable a mi hotel. Pero se arrepentirá de la compra, Sr. Racksole. No es asunto mío, por supuesto, pero no puedo evitar repetirle que lamentará la compra.

—Yo nunca me arrepiento de nada.

—Entonces empezará enseguida. Quizá esta misma noche.

—¿Por qué lo dice?

—Porque el Gran Babylon es el Gran Babylon. Usted piensa que porque dirige un ferrocarril, una fundición y una línea de vapores, lo puede dirigir todo. Pero no. No el Gran Babylon. Hay algo respecto al Gran Babylon… —dijo elevando las manos.

—Que los empleados le roban.

—Por supuesto. Creo que pierdo cien libras a la semana por este motivo. Pero no es eso lo que quería decir. Es respecto a los clientes. Los clientes son demasiado… demasiado distinguidos. Grandes embajadores y financieros, aristócratas, toda la gente que mueve el mundo se hospeda en este hotel. Londres es el centro de todo y mi hotel —su hotel ahora— es el centro de Londres. Una vez hospedé al mismo tiempo a un rey y a una emperatriz viuda. Imagínelo.

—Un gran honor, Sr. Babylon. Pero ¿dónde está el problema?

—Sr. Racksole —fue la sombría respuesta—, ¿dónde está su sagacidad, esa sagacidad que ha hecho tan inmensa su fortuna que no puede ni calcularla? ¿No se da cuenta de que el mismo techo que alberga a todo el poder del mundo, a toda la autoridad del mundo, necesariamente albergará a innumerables anónimos conspiradores, a intrigantes, a malvados y bribones? La cosa es tan clara como el día y tan oscura como la noche. Sr. Racksole, nunca sé quiénes me rodean. Y nunca sé lo que sucederá. Solo a veces intuyo cosas extrañas y extraños secretos. Ha mencionado a mis empleados. Casi todos son buenos trabajadores, hábiles y competentes. Pero ¿qué son además de eso? Por algo que he oído, mi cuarto subjefe podría ser agente de algún Gobierno europeo. Por algo que he sabido, la inestimable Srta. Spencer podría estar a sueldo de un modisto de la corte o de un banquero de Frankfurt. Incluso Rocco podría ser que fuese alguien más que Rocco.

—Esto lo hace todo aún más interesante —señaló Theodore Racksole.

—¡Cuánto has tardado, papá! —dijo Nella cuando Racksole regreso a la mesa 17 del comedor.

—Solo veinte minutos, paloma mía.

—Me dijiste dos segundos. Menuda diferencia.

—He debido esperar a que preparasen los bistecs.

—¿Te ha dado muchos problemas mi regalo de cumpleaños?

—Ninguno. Pero no ha sido tan barato como insinuabas.

—¿Qué quieres decir, papá?

—Pues que he tenido que comprar el hotel. Pero no lo reveles.

—¡Papá, siempre has sido un padre encantador! ¿Me ofreces este hotel como regalo de cumpleaños?

—No. Pienso dirigirlo, como diversión. Por cierto, ¿para quién es esa silla?

Acababa de advertir que había una tercera silla ante la mesa.

—Es para un amigo que hace cinco minutos acaba de llegar. Por supuesto le dije que compartiera nuestros bistecs. Vendrá enseguida.

—¿Puedo preguntar su nombre, si no te molesta?

—Dimmock, de nombre Reginald. Su profesión es la de asistente del príncipe Aribert de Posen. Le conocí en San Petersburgo cuando estuve allí con el primo Hetty. Oh, aquí viene. Sr. Dimmock, este es mi padre. Ha conseguido que nos preparen los bistecs.

Theodore Racksole se vio delante de un hombre muy joven, de profundos ojos negros y expresión vigorosa y juvenil. Empezaron a conversar. Jules se acercó con los bistecs. Pero aunque Racksole trató de que le mirara a los ojos, no lo consiguió. Empezaron a cenar.

—Oh, papá —exclamó Nella—. ¡Cuánta mostaza te han puesto!

—¿De verdad? —Y entonces, mirando hacia un espejo a su izquierda, entre las dos ventanas, vio el reflejo de Jules, que se hallaba tras su silla, y también el lento, significativo, ominoso guiño que el jefe de camareros dirigía al Sr. Dimmock, de nombre Reginald. Luego examinó en silencio la mostaza de su plato y comprobó que, efectivamente, le habían puesto demasiada.

Capítulo 3

De tres en tres

El Sr. Reginald Dimmock probó, pese a su extremada juventud, que era un hombre de mundo y un experimentado hablador. La conversación entre él y Nella no desfalleció en ningún momento. Charlaron de San Petersburgo, y del Neva helado, y del tenor de ópera exiliado en Siberia, y de la calidad del té ruso y la suavidad del champán ruso, y también de otros aspectos de la vida moscovita. Cansada de Rusia, Nella habló con informalidad de sus peripecias desde que había conocido al joven en la capital de los Zares, y el relato llevó a hablar de Londres, en donde se demoraron hasta que se comieron el último trozo de bistec. Theodore Racksole advirtió que el Sr. Dimmock daba escasa información sobre sus propios movimientos, pasados o futuros. Contempló al joven como al típico parásito de las cortes reales y se preguntó cómo habría obtenido el cargo de asistente del príncipe Aribert de Posen y quién sería el tal príncipe Aribert de Posen. El millonario creyó haber oído anteriormente hablar de Posen pero no estaba seguro; imaginó que era uno de esos pequeños e indefinibles estados alemanes en los que el noventa por ciento de los súbditos son oficiales de Palacio y el resto carboneros o posaderos. Hasta el final de la cena, Racksole habló poco; tal vez sus pensamientos estaban demasiado ocupados por el extraño guiño de Jules al Sr. Dimmock; pero cuando los helados se vieron sustituidos por el café, decidió que estaría bien, en interés del hotel, averiguar algo sobre el amigo de su hija. En ningún momento cuestionaba el derecho de ella a tener sus propios amigos; siempre le había permitido la más sorprendente libertad, confiando en que su heredado sentido común le evitara líos; pero, aparte del guiño, se sorprendió de la actitud de Nella hacia el Sr. Dimmock, una actitud en la que cierto desdén se mezclaba con un evidente deseo de atraer y gustar.

—Nella me dice, Sr. Dimmock, que tiene estrecha relación con el príncipe Aribert de Posen —dijo Racksole—. Perdonará mi americana ignorancia, pero ¿reina el príncipe Aribert?, ¿es eso que ustedes llaman en Europa un «príncipe reinante»?

—Su alteza no es un príncipe reinante, ni aspira a serlo —respondió Dimmock—. El Trono del gran ducado de Posen está ocupado por el sobrino de su alteza, el gran duque Eugen.

—¿El sobrino? —exclamó Nella con asombro.

—¿Y por qué no, querida señorita?

—Porque el príncipe Aribert es muy joven.

—El Príncipe, por uno de esos azares que tienen lugar en las historias de las familias, tiene exactamente la misma edad que el Gran Duque. El padre del Gran Duque se casó dos veces. De ahí que, siendo tío, sea tan joven.

—¡Qué delicia ser tío de alguien tan mayor como tú! Pero supongo que esto no le gustará al príncipe Aribert. Supongo que se verá obligado a ser terriblemente respetuoso, obediente y todo eso con respecto al sobrino.

—El gran Duque y mi señor son como hermanos. En la actualidad, por supuesto, el príncipe Aribert es nominalmente heredero del trono, pero como sin duda llegará a saber, el gran Duque pronto se casará con una pariente cercana del emperador y tendrá descendencia… —El Sr. Dimmock se detuvo y encogió sus erguidos hombros—. El Gran

Duque —continuó, sin terminar la última frase— preferiría con mucho que el príncipe Aribert fuera su sucesor. En realidad no desea casarse. Entre nosotros, estrictamente entre nosotros, ve el matrimonio como una especie de fastidio. Pero, por supuesto, siendo un Gran Duque alemán, debe casarse. Se lo debe a su país, Posen.

—¿Cómo es de grande Posen? —preguntó Racksole bruscamente.

—Papá —intervino Nella, riendo—, no debes hacer preguntas inconvenientes. Deberías imaginar que no es cortés preguntar sobre el tamaño de un ducado alemán.

—Estoy seguro —dijo Dimmock con una educada sonrisa— de que al Gran Duque le divierte tanto como a cualquier otro el tamaño de los ducados alemanes. Ignoro los kilómetros exactos pero recuerdo que, una vez, el príncipe Aribert y yo lo recorrimos a pie, ida y vuelta, en un solo día.

—Así que el Gran Duque no puede viajar muy lejos por sus propios dominios… Puede entonces bien decir que el sol sí se pone en sus dominios.

—Así es —dijo Dimmock.

—A menos que el tiempo esté nublado —intervino Nella—. ¿Le gusta mucho al Gran Duque permanecer en su país?

—En absoluto. Es un gran viajero, mucho más que el príncipe Aribert. Debo decirles algo que no sabe nadie fuera de este hotel: su alteza Real, el gran Duque, estará aquí mañana con un pequeño séquito.

—¿En Londres? —preguntó Nella.

—Sí.

—¿En este hotel?

—Sí.

—¡Oh! ¡Qué encanto!

—Este es el motivo de que este humilde servidor se encuentre aquí esta noche, a modo de avanzadilla.

—Pero había entendido —dijo Racksole— que usted era asistente del príncipe Aribert, el tío.

—Y lo soy. El príncipe Aribert también ha de venir. El Gran Duque y el Príncipe vienen para unas importantes inversiones relacionadas con la residencia matrimonial del Gran Duque. En el mejor barrio, entiendan.

—Para ser tan discreto —dijo Racksole— es usted muy comunicativo —y luego dijo en voz alta—: ¿Pasamos a la terraza?

Cuando cruzaban el comedor, Jules detuvo al Sr. Dimmock y le entregó una carta.

—Acaban de traerla, señor. Un mensajero —dijo Jules.

Nella se quedó atrás unos segundos junto a su padre.

—Déjame —Nella le susurró a Racksole— a solas unos instantes con el chico, sé un buen padre.

—Soy un cero a la izquierda, un obediente don nadie —replicó Racksole, pellizcando subrepticiamente el brazo a su hija—. Trátame, pues, como a tal. Utilízame como gustes. Voy a ocuparme de mi hotel.

Y desapareció enseguida.

Nella y el Sr. Dimmock se sentaron juntos en la terraza y tomaron unos refrescos. Formaban una bella pareja entre las deslumbrantes plantas que proporcionaba una floristería al por mayor de Chelsea. La gente que pasaba junto a ellos hacía notar discretamente que en esa conversación se adivinaba el inicio de un romance. Y tal vez lo fuera, pero hubiera sido preciso un más íntimo conocimiento del carácter de Nella Racksole

para predecir la forma precisa que podría adoptar dicho romance.

Jules en persona les sirvió las bebidas y a las diez en punto les trajo otro mensaje. Con mil perdones, Reginald Dimmock, tras leer la nota, se excusó bajo el pretexto de un asunto urgente que le encargaba el tío del Gran Duque de Posen. Le pidió a Jules si podía buscar al Sr. Racksole o si podía escoltar a la Srta. Racksole hasta su padre. Pero la Srta. Racksole le dijo, risueña, que no necesitaba escolta y que se iba a la cama. Añadió que su padre y ella trataban de ser, en lo posible, independientes el uno del otro.

En ese instante Theodore Racksole entraba en el apartamento del Sr. Babylon. Antes de entrar, sin embargo, había descubierto que, de alguna misteriosa manera, la noticia del cambio de propietario había llegado a conocimiento hasta de los más bajos estratos del cosmos que constituía el hotel. Se murmuraba por los pasillos e incluso los ayudantes de los sirvientes discutían el asunto, como si fuese para ellos cosa de la máxima importancia.

—Tome un cigarro, Sr. Racksole —dijo el educado Sr. Babylon— y un poco del más antiguo coñac de Europa.

En pocos minutos los dos hombres se hallaban charlando ávida y velozmente. Felix Babylon quedó asombrado de la capacidad de Racksole para asimilar los detalles del funcionamiento del hotel. Y en cuanto a Racksole, pronto se dio cuenta de que Felix Babylon debía ser el príncipe de los directores hoteleros. Nunca antes se le había ocurrido a Racksole que regentar un hotel, incluso un gran hotel, podía ser un asunto tan interesante o que exigiera una tan grande utilización del cerebro: se dio, pues, cuenta de que había subestimado las posibilidades de un hotel. La gestión del Gran Hotel era gigantesca. A Racksole le tomó, con todo su genio para la organización, exactamente media hora dominar los detalles del trabajo de lavandería del hotel. Y la lavandería era una única actividad entre muchísimas otras y no especialmente complicada. El mecanismo de control de los víveres y el establecer la precisa adecuación entre el material en crudo recibido y el número de platos a servir en el comedor y las habitaciones, era asunto muy complicado y delicado. Cuando Racksole lo tuvo medianamente asimilado, enseguida sugirió algunas mejoras y ello le llevó a una larga discusión teórica, y, esa discusión, a varias digresiones; y entonces, Felix Babylon, en un instante en que la mente se le quedó en blanco, bostezó.

Racksole miró el reloj dorado sobre la alta repisa de la chimenea.

—¡Madre mía! —dijo—. ¡Si son las tres! Sr. Babylon, mis excusas por haberle tenido despierto hasta tan absurda hora.

—No había disfrutado de una velada tan agradable hacía años. He hablado cuanto he querido de lo que más me gusta. Soy yo quien debo excusarme.

Racksole se levantó.

—Me gustaría hacerle una pregunta —dijo Babylon—. ¿Había tenido usted algo que ver con hoteles antes?

—Nunca —dijo Racksole.

—Entonces se ha equivocado usted de profesión. Hubiera usted podido ser el más destacado gerente de hotel del mundo. Hubiera resultado mejor que yo mismo y se supone que no tengo rival, aunque solo llevo un hotel, y hay quienes llevan media docena. Sr. Racksole, ¿por qué no ha dirigido nunca un hotel?

—Dios lo sabe —rio el otro—. Pero usted me halaga, Sr. Babylon.

—¿Halagarle yo? Usted no me conoce. Yo no halago a nadie, excepto quizá de tanto en tanto a algún distinguido huésped. En cuyo caso, doy las adecuadas instrucciones en cuanto a la factura.

—Hablando de distinguidos huéspedes: me he enterado de que mañana vendrán un par de príncipes alemanes.

—Así es.

—¿Qué se debe hacer? ¿Recibirlos formalmente?, ¿con una reverencia en el vestíbulo, o algo así?

—No necesariamente. A menos que se desee. Un moderno propietario de hotel no es como un posadero de la Edad Media, e incluso los príncipes no esperan ser recibidos por nadie a menos que algo vaya mal. De hecho, aunque el Gran Duque de Posen y el príncipe Aribert me han honrado hospedándose aquí anteriormente, no los he visto en persona. Todos los trámites se resuelven por adelantado.

Hablaron un poco más y luego Racksole le dio las buenas noches.

—Déjeme que le acompañe a la habitación. Los ascensores ya no funcionan, todo estará desierto. Yo duermo aquí mismo. —Babylon señaló una puerta interior.

—No, gracias —dijo Racksole—. Quiero explorar mi propio hotel sin ser acompañado. Creo que podré encontrar mi habitación.

Pero cuando estuvo por los pasillos, Racksole no vio seguro que supiera encontrar la habitación. Su número era el 107, pero había olvidado si estaba en el primer o segundo piso.

Cuando se sube siempre en ascensor uno no se fija en los pisos. Pasó, pues, ante varias puertas de ascensor pero no vio ninguna escalera; en todos los hoteles distinguidos las escaleras estaban pasadas de moda y aunque los arquitectos aún continúan, por amor al arte, construyéndolas en los hoteles, las instalan en rincones lejanos donde su presencia no ofende la vista de la consentida y cosmopolita clientela. El hotel aparecía inmenso, misterioso, desierto. Muy de tanto en tanto alguna lámpara iluminaba el camino. Sobre las recias alfombras el fino calzado de Racksole no producía el menor ruido y el millonario deambuló por aquí y allá bastante divertido y sorprendido por el sentimiento de nocturnidad y misterio que lo invadía todo. Imaginó que podía oír mil ronquidos descendiendo apaciblemente de los reinos superiores. Al fin encontró una escalera, muy oscura y estrecha, y al poco rato llegó al primer piso. Pronto advirtió que los números de las habitaciones de la planta no pasaban del 70. Encontró otra escalera y subió al segundo piso. Por la decoración de las paredes reconoció que esta era su planta y, mientras recorría a grandes zancadas el largo pasillo, silbó con suavidad, meditativa y satisfechamente. De pronto creyó oír pasos en el corredor trasversal e instintivamente se ocultó en un hueco con útiles para el servicio y una silla. Oyó pasos. Atisbando con cautela advirtió algo en que no había reparado antes: un trozo de cinta blanca que estaba atado al pomo de la puerta de una de las habitaciones. Un hombre apareció, entonces, por el ángulo del corredor transversal, y Racksole retrocedió. Era Jules; Jules con las manos en los bolsillos y un sombrero caído sobre los ojos, pero, por lo demás, vestido como acostumbraba.

Racksole, en ese instante, recordó con especial intensidad lo que Felix Babylon le había dicho en su primera entrevista. Tuvo el deseo de haber traído su revólver. No sabía por qué experimentaba la necesidad de llevar un revólver en un hotel londinense de fama intachable, pero sintió que necesitaba imperiosamente tal instrumento de ataque y defensa. Decidió para sí que si Jules pasaba junto al hueco en que se ocultaba podía cogerle por el cuello y en tal posición hacerle unas cuantas preguntas a ese peculiar camarero. Pero Jules se había detenido. El millonario hizo, ahora, otra circunspecta observación. Jules, con infinita delicadeza, giraba el pomo de la puerta en donde estaba atada la cinta blanca. La puerta se abrió lentamente y Jules desapareció en el interior de la habitación. Tras un breve

intervalo, el merodeador nocturno reapareció, cerró la puerta tan sigilosamente como la había abierto, quitó la cinta y volvió sobre sus pasos desapareciendo por el corredor transversal.

—Qué extraño —se dijo Racksole—, extraño en grado sumo.

Se le ocurrió, entonces, mirar el número de la habitación, y fue hacia ella con sigilo.

—¡No me lo puedo creer! —murmuró asombrado.

La número 111, ¡era la habitación de su hija! Trató de abrirla pero la puerta estaba cerrada. Dirigiéndose a toda prisa a su propia habitación, la 107, tomó de ella un par de revólveres (del tipo que usan los millonarios) y fue tras Jules por el corredor. Al final del mismo había una ventana, que estaba abierta; Jules se hallaba mirando confiadamente a través de la misma. Tras diez pasos sigilosos, Theodore Racksole se plantó ante él.

—Una cosa, amigo mío —empezó a decir el millonario, blandiendo ostentosamente el revólver. Jules se sobresaltó, evidentemente, pero por un admirable ejercicio de autocontrol, recobró enseguida la posesión de sus facultades.

—¿Sí, señor? —dijo Jules.

—Quiero que me diga qué demonios estaba usted haciendo hace un momento en la habitación 111.

—Se me ha llamado para que acudiera —fue la tranquila respuesta.

—Es usted un mentiroso, y no muy hábil. Es la habitación de mi hija. Dígame la verdad antes que decida dispararle o arrojarle por la ventana.

—Perdone, señor, pero la 111 está ocupada por un caballero.

—Le advierto que resulta un serio error de juicio contradecirme, amigo mío. No vuelva a intentarlo. Vayamos juntos a la habitación y veamos si el ocupante es un caballero y no mi hija.

—Imposible, señor —dijo Jules.

—En absoluto —dijo Racksole, y tomó a Jules por la manga. El millonario sabía que Nella ocupaba la 111 porque había examinado la habitación y comprobado por sí mismo que los baúles y su propietaria habían llegado sanos y salvos—. Ahora, abra esa puerta —susurró Racksole cuando estuvieron ante la 111.

—Debo llamar antes.

—Es precisamente lo que no debe hacer. Ábrala. Porque sin duda lleva usted la llave maestra.

Amenazado por el revólver, Jules obedeció con presteza aunque con un despreciativo gesto, como si no se sintiese responsable de este ultraje contra el decoro de los procedimientos del hotel. Racksole entró. La habitación estaba intensamente iluminada.

—Es un visitante que insiste en verle, señor —dijo Jules antes de desaparecer.

El Sr. Reginald Dimmock, todavía con el traje de la cena y fumando un cigarrillo, se levantó rápidamente de su asiento.

—¡Hola, querido Sr. Racksole! Es un inesperado… placer.

—¿Dónde está mi hija? Esta es su habitación.

—¿Quién le ha informado de ello, Sr. Racksole?

—Insisto en que esta es la habitación de la Srta. Racksole.

—Mi buen amigo —respondió Dimmock—. Eso usted lo ha soñado. Solo el respeto por su hija me previene, por su impertinente afirmación, de sacarle de aquí por la fuerza.

Un pequeño lugar bajo el puente de la nariz del millonario se tornó blanco de repente.

—Con su permiso —dijo con voz baja y calmada—, examinaré el tocador y el

lavabo.

—Escúcheme un momento —le urgió Dimmock en tono más suave.

—Le escucharé después, mi joven amigo —dijo Racksole, y procedió a mirar en el lavabo y en el vestidor aunque sin resultado—. Aunque mi actitud puede ser malinterpretada, Sr. Dimmock, debo decirle que tengo la mayor confianza en mi hija, la cual es tan capaz de cuidar de sí misma como cualquier otra mujer que conozco; pero desde que usted ha aparecido han sucedido una o dos cosas extrañas en este hotel. —Racksole, sintiendo una corriente de aire a su espalda, fue hacia la ventana—. Por ejemplo —añadió—: veo que esta ventana está rota, bastante rota por la parte de fuera. ¿Cómo habrá sucedido?

—Si usted tiene la amabilidad de escucharme, Sr. Racksole —dijo Dimmock en su más diplomático modo—, trataré de explicárselo. Su primera pregunta al irrumpir aquí me pareció ofensiva, pero ahora veo que tiene usted cierta justificación —sonrió cortésmente—. Pasaba yo por este pasillo hacia las once, cuando vi a la Srta. Racksole discutiendo con los empleados del hotel. La Srta. Racksole se retiraba ya a descansar cuando un pedrusco, lanzado seguramente desde el Embankment, rompió el cristal de su ventana, como usted puede ver. Aparte de la incomodidad de estar en una habitación con la ventana sin cristal, su hija ya no quiso permanecer en la 111. Alegó que si le habían lanzado una piedra, le podían lanzar otra. Insistió, pues, en que le cambiaran la habitación. Los empleados le dijeron, entonces, que no había ninguna disponible con tocador y baño, pero su hija se empeñó. Enseguida le ofrecí cambiar mi habitación por la suya y ella me hizo el honor de aceptar mi propuesta. Nuestras respectivas pertenencias fueron cambiadas y eso es todo. La Srta. Racksole se halla en este momento, supongo que durmiendo, en la habitación 124.

Theodore Racksole se quedó mirando al joven en silencio durante unos segundos. Entonces alguien golpeó débilmente a la puerta.

—Adelante —dijo Racksole en voz alta.

Alguien empujó, entonces, la puerta sin atreverse a entrar. Era la doncella de Nella vestida con una bata.

—Saludos de la Srta. Racksole y mil excusas, pero se ha dejado un libro sobre la repisa de la chimenea de esta habitación. No puede dormir y desea leer.

—Sr. Dimmock, le presento mis disculpas, mis disculpas oficiales —le dijo Racksole cuando la chica se fue con el libro—. Buenas noches.

—No hay de qué —dijo Dimmock con calma y con una inclinación.

Capítulo 4

La llegada del Príncipe

Sin embargo, varias pequeñas cosas seguían inquietando a Racksole. Ante todo, el guiño de Jules. Luego, la cinta blanca en el pomo, la visita de Jules a la habitación 111 y la ventana rota desde el exterior.

Racksole no olvidaba que eran las tres de la madrugada, aunque durmió poco esa noche. Le satisfacía, con todo, haber comprado el Gran Hotel Babylon. La adquisición le auguraba mucho entretenimiento.

A la mañana siguiente se encontró temprano con el Sr. Babylon.

—Ya he vaciado mi despacho de todos los papeles personales —dijo Babylon— y está ya a su disposición. Me gustaría, si no tiene reparos, continuar en el hotel como huésped por el momento. Tenemos aún mucho que analizar antes de que la compra tenga efecto y seguramente querrá hacerme todavía muchas preguntas. Y también, a decir verdad, no deseo abandonar el lugar demasiado bruscamente. Me resultaría doloroso.

—Me encantará que siga aquí —dijo el millonario— pero deberá ser en calidad de huésped mío, no del hotel.

—Es usted muy amable.

—En cuanto a consultarle cosas, no hay duda que tendré necesidad de ello. Pero debo decirle que el espectáculo marcha por sí solo.

—¡Ah! —dijo Babylon pensativo—. He oído hablar de hoteles que marchan por sí solos. Pero, de ser así, esté seguro que caerán bajo las leyes de la gravedad e irán cuesta abajo. Abundan los ejemplos. Por ejemplo, ¿ha oído lo que ha sucedido con la Srta. Spencer?

—No —dijo Racksole—. ¿Qué ha pasado?

—Pues que ha desaparecido misteriosamente durante la noche y nadie es capaz de poner luz al asunto. Su habitación está vacía, sin sus pertenencias. Deberá buscar a alguien que la sustituya y no será fácil.

—Mmmm… —dijo Racksole tras una pausa—. Su puesto no es el único que ha quedado vacante.

Poco después, el millonario se instaló en las dependencias del antiguo director y tocó la campanilla.

—Que venga Jules —dijo al botones.

Mientras aguardaba a Jules, Racksole consideró el asunto de la desaparición de *Miss* Spencer.

—Buenos días, Jules —fue su cordial salutación cuando compareció el imperturbable camarero.

—Buenos días, señor.

—Tome asiento.

—Gracias, señor.

—Hace un rato nos hemos visto, Jules.

—Sí, señor, a las tres de la madrugada.

—Qué extraña la desaparición de la Srta. Spencer, ¿verdad? —sugirió Racksole.

—Llama la atención, sí.

—Estará usted informado, imagino, de que el Sr. Babylon me ha transferido todos los intereses del hotel.

—Lo sé, señor, en efecto.

—Y supongo que conoce todo cuanto sucede en el hotel, ¿verdad?

—Como camarero jefe, señor, es mi obligación saber todo lo que ocurre en el hotel.

—Habla usted muy bien inglés para ser extranjero, Jules.

—¡Extranjero dice usted, señor! Yo soy inglés, nacido y criado en Hertfordshire. Puede que mi nombre le haya confundido, señor. Me llamo Jules porque un camarero jefe de un hotel de primera debe tener nombre francés o italiano.

—Ya veo —dijo Racksole—. Creo que es usted una persona muy competente, Jules.

—Eso yo no lo puedo decir, señor.

—¿Cuánto tiempo hace que el hotel goza de sus servicios?

—Poco más de veinte años.

—Es mucho tiempo en el mismo cometido. ¿No cree que ha llegado la hora de cambiar? Aún es joven y podría irle mejor en otros ámbitos.

Racksole miro fijamente al hombre, Y Jules le mantuvo firmemente la mirada.

—¿No está contento conmigo, señor?

—Para ser franco, Jules, pienso, pienso que… usted guiña mucho el ojo, y no me parece recomendable que un camarero vaya atando cintas en los pomos de las puertas a las tres de la madrugada.

Jules se sobresaltó ligeramente.

—Ya veo lo que sucede, señor. Usted quiere despedirme y busca un pretexto. Muy bien, no le voy a decir que me sorprenda. Sucede a veces que existe una incompatibilidad entre el propietario de un hotel y su camarero jefe y entonces, a menos que uno de los dos se marche del hotel, este puede sufrir con ello. Me iré, Sr. Racksole. De hecho, me proponía anunciárselo.

El millonario sonrió apreciativamente.

—Dígame qué indemnización pide, ya que dentro de una hora deberá abandonar usted el hotel.

—No pido indemnización. Me sentiría mal aceptando nada. Y me iré del hotel antes de eso: en quince minutos.

—Adiós, entonces. Mis mejores deseos y mi admiración en cuanto salga de mi establecimiento.

Racksole se levantó.

—Adiós señor, y gracias.

—Por cierto, Jules: será inútil que intente buscar empleo en otro hotel de primera clase de Europa, porque tomaré medidas para sea rechazado por todos.

—Sin discutirle si habría o no al menos media docena de hoteles tan solo en Londres que saltarían de alegría ante la posibilidad de contratarme —respondió Jules—, debo decirle, señor, que me retiro de la profesión.

—¡Vaya! Quiere cambiar de actividad.

—No, señor. Tomaré un apartamento en la calle Albermale o Jeremyn y me alegrará llevar una vida ociosa. Tengo ahorradas unas veinte mil libras, una nadería pero suficiente para mis necesidades, y las voy a disfrutar. Perdone por molestarle con mis asuntos personales. Buenos días de nuevo.

Esa tarde Racksole fue, con Felix Babylon, a firmar el contrato en un gabinete de

abogados de la City y luego a ver a un corredor de Bolsa para llevar a cabo los detalles de la compra del hotel.

—Quiero quedarme en Inglaterra —dijo Racksole cuando regresaron—. Es el único país… —Y se detuvo.

—¿El único país?

—El único país donde puedes invertir dinero y gastarlo con sentimiento de seguridad. En Estados Unidos, invertir dinero o comprar algo no se valora. Y en Francia e Italia no hay seguridad.

—¿Seguro que es usted americano? —preguntó Babylon.

—Soy un auténtico americano —dijo Racksole— pero mi padre, que empezó haciendo las camas en un colegio de Oxford y acabó ganando diez millones de dólares con una fundición en Pittsburg, tuvo la precaución de que me educara en Inglaterra. Estuve tres años en Oxford, como cualquier hijo de clase media alta. Y eso me hizo mucho bien. Me ha servido más que muchas afortunadas especulaciones. Aprendí allí que el lenguaje inglés es diferente y mejor que el lenguaje americano, y que hay algo —aún no he averiguado exactamente qué— en la vida inglesa que los americanos nunca tendrán. Porque —añadió— en los Estados Unidos aún sobornamos a nuestros jueces y periodistas. Y hablamos del siglo XVIII como si en él hubiese empezado el mundo. Sí, transferiré todos mis efectos a Londres. Construiré una casa en Park Lane y compraré algún inmemorable lugar en el campo con una historia tan larga como el ferrocarril ATS[2] y me acomodaré allí tranquila y gradualmente. ¿Sabe?, para ser millonario soy muy benevolente y muy sociable y, sin embargo, apenas tengo seis verdaderos amigos en todo Nueva York. ¡Imagínese!

—Y yo —dijo Babylon—, no tengo más amigos que mis amigos de infancia en Lausana. Llevo treinta años en Inglaterra y lo único que he obtenido es un perfecto conocimiento del idioma y dinero para llenar un baúl.

Los dos plutócratas exhalaron un simultáneo suspiro.

—Hablando de dinero —dijo Racksole—. ¿Cuánto cree que ha podido amasar Jules mientras ha estado con usted?

—¡Oh! —Sonrió Babylon—. Lo ignoro por completo. Eso sí: ha tenido oportunidades, muchas oportunidades.

—¿Considera que veinte mil libras podrían representar una cifra aproximada?

—En absoluto. ¿Le ha hecho alguna confidencia?

—Alguna. Lo he despedido.

—¿Lo ha despedido?

—¿Y por qué no?

—No hay una razón concreta de por qué no. Pero me he sentido inclinado a despedirlo muchas veces los últimos diez años y no he tenido el valor suficiente.

—Pues a mí me ha sido fácil, se lo aseguro. Y eso que le apreciaba bastante.

—¡*Miss* Spencer y Jules en un mismo día! —musitó Felix Babylon.

—Y sin nadie para sustituirlos —dijo Racksole—. Y sin embargo el hotel sigue funcionando.

Cuando Racksole volvió al Hotel se encontró con que la silla de la Srta. Spencer, en su cubil, se hallaba ocupada por una majestuosa e imponente mujer adecuadamente vestida de negro.

—¡Nella! —exclamó, entrando en el despacho—. ¿Qué haces tú aquí?

—Sustituyo a *Miss* Spencer. Quiero ayudarte en el hotel, papá. Creo que puedo ser una excelente administrativa. La Srta. Selina Smith, una de las mecanógrafas del despacho,

me enseñará todos los trucos del oficio y creo que lograré hacerlo bien.

—Escucha, Helen Racksole. Vas a ser la comidilla de todo Londres: ¡la heredera del mayor millonario americano, empleada en un hotel! ¡Y había venido aquí a relajarme!

—¿Es para relajarte que has comprado el hotel, papá?

—Insistes como con el bistec —replicó—. Sal de aquí inmediatamente.

—Yo no me muevo de este despacho —dijo Nella riéndose deliberadamente de su padre.

En ese instante apareció por la ventanilla del despacho un hombre rubio de unos treinta años. Iba muy bien vestido, su pose era aristocrática y parecía bastante irritado.

Miró fijamente a Nella y dio un respingo.

—¡Ah! —exclamó— ¡usted!

—Sí, Alteza, soy yo. Papá, este señor es su Alteza el príncipe Aribert de Posen, uno de nuestros más distinguidos clientes.

—¿Conoce mi nombre, *Fräulein*? —murmuró en alemán el recién llegado.

—En efecto, Príncipe —replicó Nella con dulzura—. Usted era el conde Steenbock la última primavera en París: sin duda, viajaba de incógnito.

—¡Silencio! —suplicó él agitando la mano y con el rostro pálido como el papel.

Capítulo 5

Lo que le ocurrió a Reginald Dimmock

Un momento después los tres charlaban animadamente y, en apariencia, con gran naturalidad. El príncipe Aribert parecía ahora afable, incluso deferencial hacia Nella y más amigable respecto al padre de esta de lo que requerían sus respectivas posiciones. Racksole parecía divertirse analizando a ese retoño de la realeza, el primero con el que tenía contacto en su vida. Determinó que el joven era bastante bien parecido, «no lleva chorreras», y podía servir de excelente relaciones públicas para una empresa de primera categoría. Esa fue la estimación preliminar que Theodore Racksole hizo del hombre que un día sería el Gran Duque de Posen.

Nella pensó —sonriendo ante esa idea— que el despacho del hotel no era el lugar adecuado para recibir a este augusto joven. Pero ahí estaba él, con la cabeza metida por la ventanilla, negligentemente apoyado en el marco como si fuera un corredor de bolsa o el gerente de una compañía teatral de Nueva York.

—¿Viaja usted solo, Alteza? —preguntó Nella.

—Sí, debido a diversas circunstancias —dijo—. Mi asistente debía de encontrarse conmigo en Charing Cross, pero no lo ha hecho y no sé por qué.

—¿El Sr. Dimmock? —preguntó Racksole.

—Sí, Dimmock. Y no recuerdo que nunca haya fallado a una cita con anterioridad. ¿Le conoce? ¿Ha estado antes aquí?

—Cenó con nosotros anoche —dijo Racksole—. Nella le invitó —añadió maliciosamente—. Pero hoy no le hemos visto. Sé, sin embargo, que ha reservado la *Suite* Principal y también una habitación anexa, la 55. ¿No es así, Nella?

—Sí, papá —dijo tras comprobarlo en la estantería pertinente—. Su Alteza ya puede ser conducido a su habitación… a la *Suite*, quiero decir. —Nella se rio deliberadamente y continuó—. No sé quién es la persona apropiada para llevarle las cosas. La verdad es que papá y yo estamos aún bastante verdes en esto de llevar un hotel. Sepa que lo compramos anoche.

—¡Han comprado el hotel! —exclamó el Príncipe.

—Así es —dijo Racksole.

—¿Felix Babylon se ha marchado?

—Se marcha ahora, si es que no lo ha hecho ya.

—¡Ah!, ya veo —dijo el Príncipe—. Es uno de esos «asaltos» americanos. Lo ha comprado para venderlo luego, ¿no es así? Se encuentra de vacaciones pero no puede evitar ganarse unos miles por simple diversión. He oído hablar de esas cosas.

—No lo vamos a vender, Príncipe, hasta que nos cansemos de él. A veces nos cansamos enseguida y otras no. Depende, ¿eh?

Racksole dejó de hablar de pronto para atender a un empleado con uniforme que acababa de entrar en el despacho y le hacía misteriosas señales.

—Por favor, señor —el hombre hacía gestos de súplica para que Theodore Racksole saliera a recibirle.

—Por favor, no se detenga por mí, Sr. Racksole —dijo el Príncipe, y el propietario del Gran Babylon salió a ver qué quería el empleado tras hacer una extraña y corta

reverencia al príncipe Aribert.

—¿Puedo entrar? —dijo el Príncipe a Nella tan pronto como se fue el millonario.

—Imposible, Príncipe —rio Nella—. Hay una regla muy estricta que impide que nadie entre en el despacho.

—¿Y cómo conoce esa regla si acaba de comprar el hotel?

—La conozco porque la he establecido yo misma esta mañana, Alteza.

—En serio, Srta. Racksole, necesito hablar con usted.

—¿Quiere hablarme como príncipe Aribert o como el amigo, la persona que conocí en París el año pasado?

—Como el amigo, querida amiga, si puedo usar esa expresión.

—¿Está seguro de que no quiere primero ser conducido a sus apartamentos?

—No todavía. Esperaré a que llegue Dimmock. No puede tardar.

—Tomaremos entonces el té en el cuarto privado de mi padre, el que pertenecía al antiguo propietario, entiéndame.

—¡Muy bien! —dijo.

Nella habló por teléfono, hizo sonar varias campanillas y se comportó de un modo calculado para dar al Príncipe y a quienquiera que le concerniese la impresión de ser una joven adiestrada en los negocios. Luego, se levantó de su asiento, salió del despacho y, precedida de dos sirvientes, acompañó al príncipe Aribert a la estancia Luis XV en que su padre y el Sr. Babylon habían mantenido su larga entrevista la tarde antes.

—¿Quiere hablarme de algo en concreto? —le preguntó a su acompañante mientras le servía la segunda taza de té. El Príncipe miró a Nella un momento al coger la taza que le era ofrecida y, como era un joven de sanos y saludables instintos, no pudo pensar en ese instante en otra cosa que la belleza de la chica.

Nella estaba francamente hermosa esa tarde. La belleza de incluso las más bellas mujeres asciende y desciende como la marea a cada hora del día. Nella, en ese instante, se hallaba en pleamar. Vivaz, atenta, imperiosa, y sin embargo inefablemente dulce, irradiaba toda la alegría y exuberancia de la vida.

—Lo he olvidado —dijo él.

—¡Lo ha olvidado! Muy mal por su parte. Me dio a entender que era algo sumamente importante, pero ya imaginaba que no lo sería porque ningún hombre, especialmente un príncipe, discute de nada realmente importante con una mujer.

—Recuerde, Srta. Racksole, que esta tarde, aquí, yo no soy un príncipe.

—Vuelve a ser, entonces, el conde Steenbock, ¿no?

—Solo para usted —dijo tras un leve sobresalto y bajando sin darse cuenta la voz—. Srta. Racksole, desearía que aquí, en especial, nadie supiera que me encontraba en París la primavera pasada.

—¿Un asunto de Estado? —Sonrió ella.

—Un asunto de Estado —dijo él muy serio—. Ni siquiera Dimmock lo sabe. Fue extraño que ambos fuéramos huéspedes de ese tranquilo y apartado hotel: extraño y delicioso. Nunca olvidaré esa lluviosa tarde en que visitamos juntos el Museo del Trocadero. Hablemos de eso.

—¿De la lluvia, del museo?

—Nunca olvidare esa tarde —repitió, ignorando la frivolidad de la pregunta.

—Ni yo —murmuró ella en correspondencia a su actitud.

—¿También usted disfrutó? —dijo él con ansia.

—Las esculturas eran magníficas —replicó ella mirando hacia el techo.

—¡Ah, las esculturas! Dígame, Srta. Racksole, ¿cómo descubrió mi identidad?

—No puedo decirlo —respondió ella—. Es mi secreto. No intente averiguarlo. Quién sabe los horrores que descubriría si va muy lejos. —Nella rio pero lo hizo sola: el Príncipe permanecía pensativo, como si cavilara profundamente.

—No esperaba volver a verla —dijo él.

—¿Por qué?

—Uno nunca ve de nuevo a quienes más desearía ver.

—En cuanto a mí, estaba absolutamente convencida de que nos veríamos de nuevo.

—¿Por qué?

—Porque siempre consigo lo que quiero.

—¿Así que quería verme de nuevo?

—En efecto. Usted me interesó en extremo. Nunca había conocido a alguien que pudiera hablarme con tanta propiedad de escultura como el conde Steenbock.

—¿Realmente consigue siempre lo que quiere, Srta. Racksole?

—Por supuesto.

—Será porque su padre es muy rico, supongo.

—No, en absoluto —dijo ella—. Simplemente porque siempre obtengo lo que deseo. No tiene nada que ver con mi padre.

—Pero el Sr. Racksole es extremadamente rico.

—Rico no es la palabra, Conde. No es la palabra. Es impresionante la cantidad de dólares que papá ha ganado. Y lo peor es que no lo puede evitar. Una vez me dijo que cuando alguien ha ganado diez millones, ningún poder de la tierra puede impedir que esos diez millones se conviertan en veinte. Y así sigue. Gasto lo que quiero, pero no todo lo que podría; y mi padre no es mucho de gastar.

—¿No tiene usted madre?

—¿Quién le ha dicho que no tengo madre? —preguntó ella, tranquila.

—Eh… me informado sobre usted —dijo él con similar candor y humildad.

—¿A pesar de que no creía fuera a verme nunca más?

—Sí, a pesar de eso.

—¡Qué divertido! —dijo, y cayó en un meditativo silencio.

—La suya debe ser una maravillosa existencia —dijo el Príncipe—. La envidio.

—¿Me envidia…? ¿Por qué? ¿Por la riqueza de mi padre?

—No —dijo—. Por su libertad y responsabilidades.

—No tengo responsabilidades —señaló ella.

—Perdone —dijo—. Sí las tiene, y llegará el momento en que deba asumirlas.

—Solo soy una chica —murmuró con súbita sencillez—. Y en cuanto a usted, Conde, usted sí que debe tener responsabilidades propias.

—¿Yo? —dijo con tristeza—. No tengo responsabilidades. Soy un don nadie, un príncipe que debe aparentar ser alguien muy importante, siempre con el inmenso cuidado de no hacer nada que un príncipe no deba hacer. ¡Bah!

—Pero si su sobrino, el príncipe Eugen, muriera, ¿no accedería usted al trono, no debería asumir las responsabilidades que tanto anhela?

—¿Morir Eugen? —dijo el príncipe Aribert en un curioso tono—. Imposible. Es la salud en persona. Dentro de tres meses se casará. No, yo nunca seré sino una serenísima Alteza, la más despreciable de las criaturas de Dios.

—Pero ¿y la misión secreta que ha mencionado? ¿No es eso una responsabilidad?

—¡Ah! Eso ha terminado. Pertenece al pasado. Fue un accidente en mi insulsa

carrera. Ya no volveré a ser nunca el conde Steenbock.

—¿Quién sabe? —dijo ella—. Por cierto, ¿no ha de venir hoy el príncipe Eugen? Nos lo dijo el Sr. Dimmock.

—¡Escuche! —respondió el Príncipe levantándose e inclinándose sobre ella—. Voy a hacerle una confidencia. No sé por qué, pero voy a hacérsela.

—No traicione secretos de Estado —le advirtió ella sonriéndole a la cara.

Pero en ese instante la puerta se abrió sin ceremonia alguna.

—Aquí estoy —dijo una voz desabrida. Era Theodore Racksole. Entraron dos hombres, llevando a alguien postrado en una camilla, y Racksole iba tras ellos.

Nella se puso en pie. Racksole miró a su hija.

—No sabía que estabas aquí, Nella. Déjenlo aquí —les dijo a los dos hombres— y ya pueden marcharse.

—¡Vaya! —exclamó Nella mirando con temor a la persona en la camilla—. ¡Pero si es el Sr. Dimmock!

—En efecto —dijo el padre—. Está muerto —añadió lacónico—. Lo declaro de la forma más suave que conozco. Perdón, Príncipe.

Hubo una pausa.

—¡Dimmock muerto! —susurró el príncipe Aribert casi sin respiración y enseguida arrodillándose ante la camilla—. ¿Qué significa esto?

—El pobre hombre caminaba a través del cuadrángulo hacia el pórtico de entrada cuando cayó bruscamente al suelo. Un conserje que le vio dice que caminaba muy rápido. Al principio creí que era una insolación pero no podía ser, aunque realmente hace mucho calor. Puede haber sido un ataque de corazón. De cualquier modo, ha muerto. Hemos hecho lo que hemos podido. He enviado a por un doctor y a por la policía. Supongo que se abrirá una investigación.

Theodore Racksole se detuvo y en embarazoso y solemne silencio todos miraron hacia el joven fallecido. Sus rasgos aparecían ligeramente fruncidos y los ojos cerrados: eso era todo. Podía estar durmiendo.

—¡Mi pobre Dimmock! —exclamó el Príncipe con la voz quebrada—. ¡Y me había enfadado porque no se había encontrado conmigo en Charing Cross!

—¿Estás seguro de que ha muerto, papá? —dijo Nella.

—Mejor márchate, Nella —fue la única respuesta de Racksole; pero la chica permaneció inmóvil y empezó a llorar en silencio. La noche anterior se había divertido secretamente a costa de Reginald Dimmock. Le había querido sacar información con relación a un tema en que estaba especialmente interesada y lo había logrado, riéndose a la vez de sus juveniles imperfecciones: su vanidad, su razonar ingenuo, sus absurdos humos. No le gustaba, incluso desconfiaba de él y decidió que no era encantador. Pero ahora que yacía en la camilla lo olvidó todo. Hasta llegó a reprocharse su actitud respecto a él. Tal es el extraño poder que posee la muerte.

—Ayúdenme, por favor, a llevar a este pobre hombre a mi apartamento —dijo, con un gesto, el Príncipe a los servidores—. Ya es hora de que llegue el doctor.

Racksole se sintió de pronto un mero propietario de hotel con un embarazoso asunto entre manos. Por una fracción de segundo deseó no haber comprado el Gran Babylon. Un cuarto de hora más tarde, el príncipe Aribert, Theodore Racksole, un médico y un inspector de policía se hallaban en el apartamento del Príncipe. Acababan de estar en la antesala en la que yacían los restos mortales de Reginald Dimmock.

—¿Y bien? —dijo Racksole, mirando al doctor.

El doctor era un hombre grande, de aspecto juvenil y agudos e inquisitivos ojos.

—No es un ataque al corazón —dijo el médico.

—¿No lo es?

—No.

—¿Y qué ha sido entonces? —preguntó el Príncipe.

—No seré capaz de responderle hasta realizar la autopsia —dijo el doctor—. No puedo afirmar nada por el momento. En cierto modo, los síntomas son inusuales.

El inspector de policía empezó a escribir en su cuaderno.

Capítulo 6

En el salón dorado

Esa noche se daba en el hotel un gran baile en el Salón Dorado, una enorme sala anexa al hotel pero sin formar parte del edificio, y, ciertamente, menos exclusiva. Theodore Racksole no sabía nada del asunto excepto que era una fiesta organizada por el Sr. y la Sra. Sampson Levi para sus amistades. Quiénes debían ser esos Sr. y Sra. Sampson Levi no lo sabía, ni encontró a nadie que le dijera más que el Sr. Sampson Levi era un miembro prominente de ese sector de la Bolsa familiarmente llamado Circo Kaffir, que su mujer era una robusta mujer de nariz aguileña y con muchos diamantes, y que ambos eran muy ricos y hospitalarios. Theodore Racksole no quería ningún baile en su hotel esa noche, y un poco antes de la cena había incluso pensado en escribir una nota diciendo que el Salón Dorado iba a estar cerrado y, por tanto, el baile no tendría lugar y que el Sr. y la Sra. Sampson Levi pidiesen las reparaciones y compensaciones que quisiesen. Las razones de tal conducta eran triples: primero, se sentía deprimido e incómodo; segundo, no le gustaba el nombre de Sampson Levi; y tercero, quería mostrar a esos autoproclamados plutócratas que le traía sin cuidado su riqueza, que no iban a hacer lo que quisieran con Theodore Racksole, quien por cuatro chavos podía comprarles todo cuanto poseían y hasta el Circo Kaffir entero. Pero algo le alertó de que tan drástico proceder podía ser tolerado en América, tierra de la libertad, pero de ningún modo en Inglaterra. Sintió instintivamente que en Inglaterra hay cosas que no puedes hacer y que esta, en particular, era una de ellas. Así que el baile tuvo lugar y el Sr. y la Sra. Sampson Levi no llegaron a tener nunca la menor sospecha de que por los pelos habían estado de quedar en ridículo a ojos de los mil invitados al baile del Salón Dorado del Gran Babylon esa noche.

El Salón Dorado del Gran Babylon estaba hecho para bailes. Una balconada soportada por arcadas guarnecidas de dorados y lapislázuli lo recorría y, desde ese mirador, hombres, mujeres y carabinas que no podían o no querían bailar podían contemplar la escena. Todos sabían esto y muchos se aprovechaban. Lo que no todo el mundo sabía —nadie, realmente— era que más arriba de la balconada, al final de la pared, había una pequeña ventana con barrotes desde la que las autoridades del hotel podían observar el acontecimiento, no solo ver a quienes bailaban sino también a los ocupantes de la balconada.

Puede parecer increíble a los no iniciados que los huéspedes de un acontecimiento social que acaeciese en lugar tan suntuoso como el Salón Dorado del Gran Babylon precisasen de la observación de un ojo atento. Y sin embargo así era. Extraños asuntos e inesperados rostros habían sido descubiertos gracias a la pequeña ventana y más de un detective europeo había estado ante ella de guardia con resultados altamente satisfactorios.

A las once, Theodore Racksole, vejado en su espíritu, se encontró mirando ociosamente a través de la ventana con barrotes. Y Nella estaba a su lado.

Juntos, habían estado deambulando por los pasillos del hotel, que aún les era tan extraño, y fue por accidente que dieron con el pequeño recinto desde el que se podía ver a escondidas el baile del Sr. y Sra. Sampson Levi. Excepto por la luz procedente de la lámpara del Salón, el pequeño cubículo estaba a oscuras. Nella miró a través de la ventana con su padre a sus espaldas.

—Me pregunto quién es esa Sra. Sampson Levi —dijo Nella— y si hace honor a tal nombre. ¿No te gustaría llamarte así, papá, algo a lo que la gente pudiera asirse, en vez de Racksole?

El sonido de violines y un confuso murmullo de voces subían, afables, hasta ellos.

—¡Uf! —dijo Racksole—. ¡Maldigo a todos esos periódicos de la tarde! —añadió, inconsecuente pero sincero.

—Papá, estás muy tétrico esta noche. ¿Qué tienen que ver los periódicos de la tarde?

—Bien, joven señora. Saben nuestro nombre y ya estarán fabricando los correspondientes misterios. La muerte del joven Dimmock les ha llamado la atención.

—Bien, papá, no esperarás que no se hable de ti en los periódicos. Además, con relación a ellos, deberías alegrarte de no estar en Nueva York. Imagínate lo que el querido veterano *Herald* hubiera comentado de la pequeña transacción que se produjo la noche pasada.

—Es cierto —asintió Racksole—. Igualmente todo Nueva York lo comentará mañana por la mañana. Lo peor de todo es que Babylon se ha marchado, ya, a Suiza.

—¿Por qué?

—No lo sé. Un repentino capricho, imagino por nostalgia de su tierra natal.

—¿Y qué importa que no esté?

—Nada. Solo que siento cierta soledad. Siento que necesito a alguien en quien apoyarme para dirigir este hotel.

—Papá, si piensas así es que estás enfermando.

—Sí —suspiró—. Lo admito, es inusual en mí. Pero quizá no te has dado cuenta del hecho, Nella: estamos inmersos en un asunto bastante extraño.

—¿Te refieres al pobre Dimmock?

—En parte Dimmock y en parte a otras cosas. Ante todo, esa Srta. Spencer, o como se llame, que ha desaparecido misteriosamente. Luego esa piedra lanzada a tu ventana. Después, el bribón de Jules conspirando con Dimmock a las tres de la madrugada. Luego, tu precioso príncipe Aribert apareciendo aquí sin comitiva alguna, lo cual creo que es muy raro y malo para un príncipe. Y encima encuentro a mi hija en términos muy íntimos con dicho Príncipe. Después, el joven Dimmock va y se muere, lo que dará lugar a una investigación. Y luego está el príncipe Eugen y su séquito, que eran esperados a cenar y no aparecen.

—¿El príncipe Eugen aún no ha llegado?

—No; y el príncipe Aribert está fuera de sí telegrafiando a toda Europa. En conjunto, todo está muy revuelto.

—¿Realmente piensas, papá, que había algo entre Jules y el pobre Dimmock?

—¡Ya lo tengo! Te dije que vi a ese bribón hacerle un guiño a Dimmock la noche pasada durante la cena: ahí está la relación.

—Así que te diste cuenta.

—¿Tú también?

—Por supuesto, papá. Te lo iba a decir.

El millonario gruñó.

—Mira aquí, papá —susurró de pronto Nella, señalando hacia el balcón que estaba debajo de ellos—. ¿Quién es ese? —Y señaló a un hombre con una calva en la parte trasera de la cabeza y que, apoyado en la barandilla del balcón, contemplaba inmóvil el baile.

—Y bien. ¿Quién es?

—¿No es Jules?

—¡Santo Cielo! Por las barbas del profeta, ¡es él!

—Quizá haya sido invitado por el Sr. Sampson Levi.

—Invitado o no, debe salir de este hotel aunque tenga que echarle a empujones yo mismo.

Theodore Racksole desapareció sin más palabras y Nella le siguió. Pero cuando el millonario llego a la balconada, no había rastro de Jules ni ahí ni en el baile. Sin decir nada, solo musitando maldiciones, buscó por doquier en vano y, al final, tras subir escaleras y atravesar corredores, volvió a su anterior puesto de observación privilegiada. Para su sorpresa, al llegar allí, se encontró con alguien que se hallaba en el pequeño y oscuro cubículo contemplando el baile con la misma atención que él mismo unos minutos antes. Al oír pasos, el hombre se volvió con un sobresalto.

Era Jules. Los dos hombres se miraron un segundo a la escasa luz.

—Buenas noches, Sr. Racksole —dijo Jules con calma—. Debo explicarle por qué me encuentro aquí.

—La fuerza de la costumbre, supongo —dijo Theodore Racksole con sequedad.

—En efecto, señor.

—¿No le dije que tenía prohibida la entrada en el hotel?

—Creí que su orden solo afectaba a mi condición profesional. Y esta noche estoy aquí en calidad de invitado de los Sres. Sampson Levi.

—Su nueva tesitura de hombre ocioso, ¿no?

—Exacto.

—Pues no quiero aquí hombres ociosos, amigo mío.

—Me he disculpado por hallarme aquí.

—Pues tras disculparse, mejor márchese; es un consejo desinteresado que le hago.

—Buenas noches, señor.

—Y le digo una cosa, Jules: si el Sr. y la Sra. Sampson Levi u otros hebreos o cristianos le invitan de nuevo a mi hotel, decline la invitación. Será lo más seguro para usted.

—Buenas noches, señor.

Antes de la medianoche Theodore Racksole ya había averiguado que la lista de invitados del Sr. y la Sra. Sampson Levi, a pesar de lo extensa que era, no contenía la menor referencia a Jules.

Racksole se mantuvo en vela hasta tarde. Para ser precisos, estuvo en vela toda la noche. Era un hombre que, por estar entrenado en ello, podía mantenerse sin dormir cuando era preciso o cuando las circunstancias lo aconsejaban. Caminó de aquí a allá por su cuarto, y reflexionó como poca gente, además de Theodore Racksole, podía hacerlo. A las seis dio una vuelta por el hotel y supervisó la entrada de víveres procedentes del Covent Garden, de Smithfield, de Bullingsgate y de otros extraños lugares. Encontró los procedimientos de la sección de cocina muy interesantes y tomó nota mental de cosas que pensaba cambiar, de empleados cuyos sueldos pensaba aumentar y otros a los cuales se los reduciría. A las siete se encontró junto al ascensor de carga y contempló la bajada de enormes cantidades de equipaje y cómo las tragaba un furgón Carter Paterson.

—¿De quién es tanto equipaje? —preguntó tajantemente.

El encargado de los equipajes, con agraviada expresión, le explicó que no era el equipaje de nadie en particular, que pertenecía a varios huéspedes e iba en varias direcciones; que de hecho era equipaje urgente a despachar por adelantado y que cada día a

esta hora sucedía lo mismo.

Theodore Racksole se marchó y desayunó una taza de té y una tostada.

A las diez fue informado de que el inspector de policía deseaba verle. El inspector había venido, le dijo, a supervisar el traslado del cadáver de Reginald Dimmock hacia la Morgue, junto a la comisaría y, a tal efecto, el vehículo correspondiente se hallaba dispuesto ante el hotel.

El inspector traía también citaciones para él, el príncipe Aribert de Posen y el conserje.

—Pensaba que se llevarían los restos del Sr. Dimmock la noche pasada —dijo Racksole, con cansancio.

—No señor. El furgón tenía otros compromisos.

El inspector manifestó un atisbo de sonrisa profesional y Racksole, disgustado, le dijo cortante que fuera a realizar sus funciones.

En unos minutos llegó un mensaje del inspector solicitando que el Sr. Racksole tuviese la bondad de subir con él al primer piso. Racksole hizo lo que le decían. En la antesala donde había estado inicialmente el cuerpo de Reginald Dimmock, se hallaban el inspector, el príncipe Aribert y dos policías.

—¿Y bien? —dijo Racksole después de que él y el Príncipe hubieran intercambiado saludos. Luego vio un ataúd sobre dos sillas—. Ya veo que han traído el ataúd, perfecto. —Se acercó, entonces—. Está vacío —observó maquinalmente.

—Exacto —dijo el inspector—. El cuerpo del fallecido ha desaparecido. Y su Serena Majestad, el príncipe Aribert, me ha informado de que, aunque ocupaba la habitación de enfrente, al otro lado del pasillo, no puede aclararme nada.

—No puedo, de verdad —dijo el Príncipe que, aunque hablaba con calma y dignidad, se hallaba profundamente dolorido, incluso abrumado.

—Bien, estoy… —empezó a murmurar Racksole, y se detuvo.

Capítulo 7

Nella y el Príncipe

A Theodore Racksole le parecía imposible que algo tan embarazoso como un cadáver hubiese podido desaparecer de su hotel sin huella, traza ni pista alguna del instante o de la manera en que había tenido lugar. Tras el primer sentimiento de sorpresa, Racksole se puso furioso. Llegó a pensar en despedir a toda la plantilla del hotel. Él mismo interrogó a vigilantes nocturnos, doncellas, a cualquier empleado que pudiera o debiera saber algo del asunto. Pero no sacó nada en claro. El cuerpo de Reginald Dimmock se había esfumado, desaparecido cual espíritu incorpóreo.

Por supuesto que estaba la policía. Pero Theodore Racksole tenía a la policía en baja estima. Les dio a conocer los hechos y respondió a sus preguntas con paciente cansancio, sin esperar nada de ellos. También mantuvo varias entrevistas con el príncipe Aribert de Posen, pero aunque el Príncipe era la amabilidad en persona y estaba genuinamente tocado por la muerte de su asistente, a Racksole le parecía que ocultaba algo, que vacilaba en confesar cuanto sabía. Racksole, con perspicacia, decidió que la muerte de Reginald Dimmock era un asunto menor, la punta de un iceberg de un misterio más profundo. Sin embargo, decidió esperar con los ojos muy abiertos a que se produjese algo que arrojase luz sobre el asunto. Por el momento solo tomó una medida: se las arregló para que el robo del cuerpo de Dimmock no apareciera en los periódicos. Es asombroso lo bien que puede ser preservado un secreto cuando los poseedores del mismo son tratados con la apropiada mezcla de firmeza y persuasión. Racksole manejó esto con suma habilidad. Era un trabajo complicado, por lo que el éxito obtenido le complació mucho.

Al mismo tiempo fue consciente de verse momentáneamente derrotado por un desconocido grupo de conspiradores entre quienes se hallaba convencido de que Jules era una pieza importante. Apenas podía mirar a Nella a los ojos. La chica había esperado que desenmascarase la conspiración enseguida, con un simple toque de su varita mágica de millonario. Estaba acostumbrada, en su tierra natal, a verle alcanzar objetivos imposibles. Allí él era un «jefe»; los hombres temblaban ante su nombre; cuando quería que algo sucediera, pues bien: sucedía. Si deseaba saber algo, lo sabía. Pero aquí, en Londres, Theodore Racksole no era el mismo. Dominaba Nueva York, pero Londres, en su mayor parte, parecía tener mucho interés por él; y había varias personas en Londres que eran capaces de chasquear los dedos ante él, Theodore Racksole. Ni él ni su hija podían acostumbrarse a ello.

En cuanto a Nella, se interesó un poco por el trabajo habitual del despacho y observó las llegadas y salidas del príncipe Aribert con amable interés. Percibía lo que su padre no advertía: que su Alteza había asumido una actitud de reserva para ocultar la secreta angustia y preocupación que le consumía. Vio que el pobre hombre no tenía el menor plan en su cabeza y que estaba preocupado por algo que hasta ahora no había confiado a nadie. Se enteró de que cada mañana caminaba aquí y allá por el Embankment Victoria, solo y aparentemente sin objeto. La tercera mañana decidió que pasear un poco por el Embankment podía irle bien a su salud y ordenó un carruaje y fue en él, ataviada con un maravilloso vestido color azul. Cerca del puente Blackfriars se encontró con el Príncipe e hizo que el coche se detuviera junto al pavimento.

—Buenos días, Príncipe —le saludó—. ¿Prefiere esto a Hyde Park?

Él se inclinó y sonrió.

—Suelo venir aquí por las mañanas —dijo.

—Me sorprende —continuó ella—. Pensaba que era la única persona de Londres que prefería el Embankment, y esta vista del río, en vez de la monotonía de Hyde Park. No puedo imaginar que solo se pueda hacer ejercicio en ese ridículo parque. Al menos si fuera como el Central Park…

—Pienso que el Embankment es el mejor lugar de Londres —dijo él.

Nella sacó un poco el cuerpo del landó para acercarse a su cara.

—Creo que somos almas gemelas, usted y yo —murmuró, y luego dijo—: ¡*Au revoir*, Príncipe!

—Un momento, *Miss* Racksole —su tono rápido adoptó una pizca de súplica.

—Tengo un poco de prisa —mintió ella—. No estoy solo paseando. No sabe usted lo ocupada que estoy.

—¡Ah! Entonces no la molesto. Pero me voy del Gran Babylon esta noche.

—¿Ah, sí? —dijo Nella—. Entonces, ¿su Alteza me hará hoy el honor de comer conmigo en el apartamento privado de mi padre? Mi padre estará fuera, tiene que verse en la City con unos corredores de Bolsa.

—Me encantará —dijo el Príncipe, y su cara mostró que así lo sentía.

Nella se fue.

Si la comida fue un éxito, se debió en parte a Rocco y en parte a Nella. El Príncipe fue poco más allá de las ordinarias convenciones que demandaba el juego conversacional. Su anfitriona habló mucho y bien, pero no logró que su huésped se sincerara. Tras tomar el café, el Príncipe se despidió formalmente de ella.

—Adiós, Príncipe —dijo—, pero pienso… no, no lo hago. Adiós.

—Usted piensa que quiero comentar algo con usted. Y, en efecto, lo deseaba. Pero he decidido que no tengo derecho a preocuparla con mis asuntos.

—Bien, suponga que quiero preocuparme.

—Es porque es usted muy benévola.

—Siéntese —le dijo ella secamente—, y explíquemelo todo. Se lo ruego: explíquemelo todo. Adoro los secretos.

Antes que él mismo lo advirtiera, le estaba hablando rápida, ávidamente.

—¿Por qué debo cansarla con mis confidencias? —dijo—. No puedo decir nada. Pero siento que debo. Pienso que usted puede comprender mejor que nadie en el mundo. Pero ¿por qué habría de comprenderme? No lo sé. *Miss* Racksole, le voy a revelar lo que me pasa en una palabra. El príncipe Eugen, el heredero del Gran Ducado de Posen, ha desaparecido. Hace cuatro días que debíamos encontrarnos en Ostende. Él tenía unos asuntos en Londres y quería que le acompañara. Envié primero a Dimmock y esperé a Eugen. Pero no llegaba. Telegrafié a Colonia, su última etapa, y supe que ya se había marchado de acuerdo con su programa. Supe también que había pasado por Bruselas. Debe haber sido entre Bruselas y la estación de ferrocarriles de Ostende cuando se ha producido la desaparición. Eugen viajaba con un sirviente, que también ha desaparecido. No necesito explicarle, Srta. Racksole, que cuando alguien de la importancia de mi sobrino desaparece, se ha de andar con cautela. Quiero decir que uno no puede poner un anuncio en el *London Times*, por ejemplo. Una desaparición como esa debe mantenerse en secreto. La gente de Posen y Berlín piensa que Eugen está en Londres, en este hotel, o así lo creían. Pero esta mañana he recibido un telegrama cifrado de su Majestad el Emperador. Un telegrama muy

especial, preguntándome cuándo se suponía que Eugen iba a regresar a Posen, pidiendo que primero pasara por Berlín. Ese telegrama estaba dirigido a mí. Ahora bien, si el Emperador piensa que Eugen está aquí, ¿por qué me envía a mí el telegrama? He dudado tres días pero ya no puedo más: debo ir a buscar al Emperador y hacerle saber los hechos. Su Majestad es nuestro superior —dijo, tranquilo, Aribert.

—¿Por qué no se pone de inmediato a averiguar el paradero de su sobrino? —preguntó ella con sencillez: así de simple y directo le parecía el asunto.

—Pues porque pueden haber ocurrido dos cosas. O que Eugen ha sido raptado, para hablar claro, o que ha tenido razones para cambiar su programa y mantenerse fuera del alcance de telégrafos, correos y ferrocarriles.

—¿Qué tipo de razones?

—No me pregunte a mí. En la historia de toda familia hay episodios… —Se detuvo de pronto.

—¿Y a qué habría venido el príncipe Eugen a Londres?

Aribert vaciló.

—Dinero —dijo finalmente—. Nuestra familia es muy pobre… mucho más pobre de lo que en Berlín se sospecha.

—Príncipe Aribert —dijo Nella—, ¿le digo lo que pienso? —se reclinó, entonces, en la silla y le miró con ojos semientornados: el pálido y noble rostro sostuvo la mirada como bajo un hechizo. Nada podía refutar que este hombre fuera un Príncipe.

—Adelante —dijo.

—El príncipe Eugen es víctima de un complot.

—¿Cree eso?

—Estoy absolutamente segura.

—Pero ¿por qué? ¿Con qué objetivo?

—Sobre este punto debería saber usted más que yo —señaló, cortante.

—¡Ah! Quizá, quizá —dijo—. Pero, querida Srta. Racksole, ¿por qué está usted tan convencida?

—Por varias razones relacionadas con el Sr. Dimmock. ¿Ha sospechado alguna vez, Alteza, que ese pobre joven tal vez no fuera por completo leal?

—Sí que lo era —dijo el Príncipe con la más grave convicción.

—Mil perdones, pero no lo era.

—Srta. Racksole, si no fuera usted quien hiciese esa afirmación, yo podría… podría…

—Me encerraría en la más honda mazmorra de Posen, ¿no es así? —rio ella con desenfado—. Escuche… —Entonces Nella le contó el incidente ocurrido la víspera de su llegada al hotel.

—¿Quiere usted decir, *Miss* Racksole, que existía alguna alianza entre el pobre Dimmock y ese sujeto, Jules?

—La había.

—Imposible.

—Alteza: quien desea llegar a la raíz de un misterio jamás utiliza la palabra «imposible». Pero le he de decir lo siguiente sobre el joven Dimmock. Creo que se arrepintió y también creo como se arrepintió… murió tan de repente y por lo que su cuerpo ha desaparecido.

—¿Por qué nadie me ha dicho todo esto antes? —exclamó Aribert.

—A los príncipes rara vez se les cuenta la verdad —dijo Nella.

El Príncipe quedó asombrado por la sangre fría de la chica, por la firmeza de sus aseveraciones, por su aire de completo acuerdo con el mundo.

—Srta. Racksole —dijo—, si me permite decírselo, en mi vida he conocido a una mujer como usted. ¿Puedo confiar en su simpatía, en su apoyo?

—¿Mi apoyo, Príncipe? ¿Y cómo?

—No lo sé —replicó—. Pero si quiere puede ayudarme. Cuando una mujer tiene cerebro, tiene mucho más que un hombre.

—¡Ah! —dijo ella con tristeza—. No tengo tanto cerebro, pero creo que puedo ayudarle.

Qué fue lo que la llevó a tal afirmación ni ella misma lo hubiera podido determinar. Pero lo hizo. Y tuvo la sospecha —el presentimiento— de que podría materializarlo, aunque no sabía por qué medios o a través de qué suerte.

—Vaya a Berlín —le dijo—. Debe hacerlo, no tiene alternativa. En cuanto al resto, ya veremos. Algo ocurrirá. Yo estaré con usted y mi padre también. Debe contarnos entre sus amigos.

El Príncipe le besó la mano al marchar y, poco después, cuando estuvo sola, Nella besó una y otra vez el lugar donde él había puesto sus labios. Meditando sobre el asunto en la quietud de la soledad, todo le parecía extraño, irreal, incierto. ¿Todavía eran posibles las conspiraciones hoy en día? ¿Ocurrían cosas tan raras en Europa? ¿Y podían ocurrir en hoteles londinenses? Esa noche cenó con su padre.

—He oído que el príncipe Aribert se ha ido —dijo Theodore Racksole.

—Sí —afirmó ella, aunque no dijo una palabra de la entrevista mantenida.

Capítulo 8

Llegada y marcha de la baronesa

La siguiente mañana, tras la comida, una dama acompañada de una doncella y una considerable cantidad de equipaje, llegó al Gran Hotel Babylon. Era una mujer de edad, regordeta y pequeña, de cabello blanco y con un anticuado sombrero; una mujer que parecía sonreír extraña y estúpidamente ante cualquier cosa.

Sin embargo, daba la impresión de pertenecer a la aristocracia, aunque no a la aristocracia inglesa. La forma de dirigirse a su doncella, en un inglés deficiente —la chica parecía ser inglesa— era manifiestamente insolente, con esa calmada, inconsciente insolencia tan peculiar en cierta nobleza continental. El nombre que aparecía en su tarjeta era: «Baronesa Zerlinski». Quiso una habitación en el tercer piso. Nella se hallaba, ese momento, en el despacho.

—¿En la tercera planta, *madame*? —preguntó Nella del modo más oficial que supo.

—Sí, eso he dicho: en el tercer piso —dijo la regordeta y pequeña anciana.

—Tenemos una en el segundo piso.

—Quiero una habitación alta, con luz y sin polvo de la calle —explicó la baronesa.

—No tenemos *suites* en la tercera planta, *madame*.

—No importa, es igual. ¿Tiene dos habitaciones que se comuniquen?

Nella consultó en el registro con bastante molestia.

—La 122 y 123.

—¿No serán la 121 y 122? —señaló rápidamente la pequeña anciana aunque luego se mordió el labio.

—Discúlpeme: sí, son la 121 y 122.

Por un instante Nella consideró que le hubiera corregido los números de las habitaciones como una curiosidad accidental, pero luego, cuando la baronesa ya estaba en el ascensor, la cosa le pareció más y más extraña. Quizá la baronesa Zerlinski había estado anteriormente en el hotel. Había un archivo de clientes de los últimos treinta años y Nella lo examinó. Pero no halló el nombre Zerlinski. Luego, reconsideró la primera impresión que le había producido la baronesa y determinó que sus rasgos le eran remotamente familiares. No pensó que había visto esa cara antes sino que había visto una cara parecida en algún sitio y en alguna época. Nella consultó el *Almanaque Gotha* —inventario de toda la sangre azul del continente— pero no hacía la menor referencia a ninguna baronía Zerlinski. Se informó entonces de dónde iba a comer la baronesa y le informaron de que había reservado una mesa en el comedor. Nella también decidió comer allí. Sentada en un ángulo, medio escondida por una columna, podía observar a todos los huéspedes y ver quién entraba y salía. Al poco rato apareció la baronesa, vestida de negro y con un leve chal de punto pese al calor de junio: majestuosa, extraña, sonriendo gentilmente. Nella la observó con atención. La mujer comió con avidez, sin prisa pero sin pausa, el menú que le sirvieron. Nella advirtió que tenía unos bellos dientes blancos. Entonces ocurrió algo notable. Como postre se le sirvió a la baronesa un bollo de crema y Nella se sobresaltó al ver que la mujer removía la punta y, con la cuchara, extraía del bollo un papel doblado. Nadie que no tuviera vista de lince habría notado nada de inusual en el hecho; había 999 contra una posibilidades de que el suceso hubiese pasado inadvertido. Pero, por desgracia para la baronesa, se dio la

posibilidad 1000. Nella se levantó de pronto, fue hacia la baronesa y le dijo:

—Lamento que el pastel no esté en condiciones, señora mía.

—Gracias, pero está delicioso —dijo la baronesa con frialdad y ya sin sonreír—. ¿Quién es usted? Pensaba que era la responsable del despacho.

—Mi padre es el dueño de este hotel. Creo que en la tarta hay algo que no debería estar ahí.

Nella miró a la baronesa a la cara. El pedazo de papel doblado y manchado de crema se hallaba bajo el plato.

—No, gracias —la baronesa sonrió con sencillez.

Nella se fue. Había reparado en algo más, aparte del papel: que, cuando quería, la baronesa sabía pronunciar la «th» inglesa perfectamente.

Esa tarde, en su habitación, Nella se sentó a meditar un rato largo junto a la ventana hasta que se levantó de golpe con los ojos brillantes.

—¡Ya lo tengo! —exclamó con un aplauso—. ¡Es *Miss* Spencer disfrazada! ¿Por qué no habré caído antes? —Y sus pensamientos fueron enseguida hacia el príncipe Aribert—. Quizá pueda ayudarle —se dijo, emitiendo un leve suspiro.

Luego, bajó a la oficina y preguntó si la baronesa había dado instrucciones sobre la cena. Pensó que debía existir algún plan. Se propuso vigilar a Rocco, sacarle información. Ahora sabía que Rocco, el inimitable, formaba parte de la misteriosa conspiración.

—La baronesa Zerlinski se ha marchado del hotel hace un cuarto de hora —dijo el empleado.

—¡Pero si ha llegado esta misma mañana!

—La doncella de la baronesa me ha dicho que su señora ha recibido un telegrama y se ha visto obligada a partir enseguida. La baronesa ha pagado la cuenta y se ha ido en un coche.

—¿Hacia dónde?

—El equipaje estaba etiquetado para Ostende.

Tal vez fue algo instintivo, o quizá fuese el espíritu de aventura de Nella, pero esa noche tomó el vapor hacia Ostende que salía de Dover a las 11 p. m. No habló con nadie sobre sus intenciones, ni siquiera con su padre, que no estaba en el hotel cuando ella se marchó.

Le envió desde Dover una breve nota diciéndole que volvería en uno o dos días. El vapor era el *Marie Henriette,* una grande y lujosa nave, cuyos suntuosos camarotes sobre el puente querían emular a los magnificentes de los barcos *Cunard* y *White Star*. Uno de esos camarotes, el mejor, estaba evidentemente ocupado, pues tenía las cortinas cuidadosamente cerradas. Nella no esperaba que la baronesa estuviese a bordo; era muy posible que hubiese tomado el barco de las ocho, y también que no hubiese ido a Ostende sino a algún otro lugar en diferente dirección. Sin embargo, Nella tenía una vaga esperanza de que la mujer que decía llamarse Zerlinski pudiera estar en ese camarote con cortinas cerradas, y durante todo el viaje, a la luz de la luna, estuvo observando su puerta y ventanas.

El *Marie Henriette* llegó puntualmente al Puerto de Ostende a las dos de la madrugada. En el muelle se amontonó la habitual, heterogénea y gesticulante multitud.

Nella mantuvo guardia cerca de la puerta del camarote en cuestión, y, al final, vio con expectación cómo se abría la puerta. Una ojeada al interior le permitió ver que se había celebrado en ella una timba de cartas. No sería decir demasiado que se irritó considerablemente. Quiso que esa irritación fuese contra las circunstancias pero realmente se enfadó consigo misma. A las dos de la madrugada, sin equipaje, sin acompañante

alguno, sin un plan de acción, se encontró de pronto en un puerto extraño, un puerto de mala reputación, donde estaban algunos de los hoteles de peor fama de Europa. Caminó por el muelle unos minutos y vio el humo de otro vapor a lo lejos. Preguntó a un oficial cuál podía ser ese vapor y le dijeron que era el de las ocho procedente de Dover, que se había averiado y detenido en Calais para ser reparado y que llegaba a destino con cuatro horas de retraso. Su alma mudable se excitó nuevamente. Un minuto antes se veía como una tonta en una cacería de patos. Ahora sentía que, después de todo, había sido sagaz y aguda. Estaba segura de que la baronesa Zerlinski venía en ese segundo vapor y se atribuyó todo el mérito a sí misma. Así es la naturaleza humana.

El vapor resultó insoportablemente lento acercándose al puerto. Nella deambuló por el dique unos minutos a fin de poder ver mejor el buque. La ciudad estaba en silencio y casi desierta, con un aspecto falso y siniestro. Recordó relatos que había oído de este rutilante lugar que durante la temporada reúne a más bribones que cualquier otro paraje de Europa, salvo quizá Montecarlo. Recordó que las doradas contingencias de todas las naciones del mundo se cocían aquí, entre el negocio y el placer, y que algunos de los mayores crímenes del último medio siglo habían sido planeados y madurados en este antro de iniquidad cosmopolita.

Cuando llegó el segundo vapor, Nella estaba al final de la pasarela, cerca del control de billetes. La primera persona en desembarcar fue, no la baronesa Zerlinski, sino ¡la Srta. Spencer en persona! Nella se ocultó de inmediato, escondiendo su cara mientras *Miss* Spencer, con un pequeño bolso, se apresuraba hacia la Aduana. Parecía conocer bien el puerto de Ostende. La luz de la luna brillaba intensamente, por lo que Nella pudo observar adecuadamente a su presa. Podía advertir ahora que la baronesa Zerlinski era, sin duda, Spencer disfrazada. El mismo modo de andar, el mismo movimiento de cabeza y caderas. El cabello blanco era una peluca y las arrugas, maquillaje. La Srta. Spencer, cuyo cabello volvía ahora a ser rubio, pasó la Aduana sin dificultad y Nella la vio llamar a un coche y decirle algo al conductor. El vehículo partió. Nella corrió hacia el siguiente coche que llegó.

—Siga a ese vehículo —dijo, escuetamente, en francés, al conductor.

—¡Bien, *madame*! —El cochero fustigó a su caballo y el animal dio un brinco hacia delante martilleando los guijarros del suelo. Parecía como si el cochero estuviese habituado a perseguir coches.

—Ya estoy tras la buena pista —se dijo Nella con vacilante sonrisa y con el corazón latiéndole con intensidad.

Durante un buen rato el vehículo perseguido se mantuvo netamente visible, cruzando la población casi de una punta a la otra hasta penetrar en un laberinto de callejas en el lado sur del Kursaal. Poco a poco el vehículo de Nella fue alcanzándole. De pronto, el coche perseguido se detuvo bruscamente ante una alta y oscura casa y la Sra. Spencer salió de él. Nella le dijo al cochero que se detuviese; pero él, entusiasmado con su cometido, siguió azuzando a su caballo, ignorando las órdenes de Nella, hasta que se detuvo triunfalmente frente al elevado inmueble en el instante en que *Miss* Spencer desaparecía en su interior. El coche del que se había bajado se fue. Nella, no sabiendo qué hacer, descendió del vehículo y pagó al cochero. En ese instante, un individuo volvió a abrir la puerta de la casa acabada de cerrar por la Srta. Spencer.

—Quiero ver a la Srta. Spencer —le dijo Nella, impulsivamente. No se le ocurrió otra cosa que decir—. Sí, la Srta. Spencer. Acaba de llegar.

—Muy bien, adelante —dijo el hombre.

—Gracias —dijo Nella, y fue tras el sujeto hacia el interior de la casa. Se asombraba de su propia audacia.

La Srta. Spencer se disponía a entrar en un cuarto que daba al estrecho pasillo. Nella entró junto a ella en el recinto, pobremente amueblado, al estilo belga.

—Bien, *Miss* Spencer —dijo, saludando a la poco antes baronesa Zerlinski—. Imagino que le sorprende verme aquí. Ha abandonado usted nuestro hotel muy deprisa, sin permanecer los días previstos. He querido, pues, conocer el motivo.

Si hemos de hacerle justicia, la Srta. Spencer se mantuvo impávida pese a la sorprendente situación. No vaciló un segundo, no delató la menor emoción. El único signo anómalo fue su respiración apresurada.

—Ha dejado de ser usted la baronesa Zerlinski —prosiguió Nella—. ¿Puedo sentarme?

—Por supuesto, puede hacerlo —dijo la Srta. Spencer, imitando el tono de la otra—. Es usted una joven muy despierta, he de decirlo. ¿Qué desea? ¿Acaso he dejado algo a deber?

—No, no ha dejado nada a deber. No he venido por eso. Vengo por la muerte de Reginald Dimmock, por la desaparición de su cadáver y por la desaparición del príncipe Eugen de Pose. Pienso que puede usted ayudarme en las averiguaciones que estoy llevando a cabo.

Los ojos de la Srta. Spencer brillaron. Levantándose, se dirigió rápidamente a la chimenea.

—Será usted americana, pero está loca —dijo, cogiendo la campanilla.

—No toque eso si estima su vida —le dijo Nella.

—¿Si estimo qué?

—Si estima su vida —dijo Nella con calma, sacando el pequeño revólver que llevaba en el bolsillo.

Capítulo 9

Dos mujeres y un revólver

—Usted solo quiere asustarme —balbuceó la Srta. Spencer en voz baja y vacilante.

—¿Ah sí? —replicó Nella tan firmemente como pudo, aunque la mano le temblaba de excitación, sin que la Srta. Spencer reparase en ello—. ¿Lo hago para asustarla? Acaba de decir que soy una americana loca. Bien, soy una yanqui, en efecto; y en mi país, si bien no se enseña a disparar en las escuelas, hay una buena porción de mujeres que saben manejar el revólver. Y sucede que soy una de ellas. Le digo que si toca esa campanilla le pasará algo.

Se trataba de un mera fanfarronada y Nella agitó la mano para que la Srta. Spencer no lo percibiera. Pero afortunadamente para ella, *Miss* Spencer pertenecía a ese tipo de mujeres que poseen toda suerte de coraje menos el físico. La Srta. Spencer podía haber resistido con éxito cualquier desafío, excepto el que implicase riesgo de muerte. Nella adivinó eso en el acto y procedió a ese efecto, ocultando la extrañeza de sus propias sensaciones tanto como pudo.

—Mejor siéntese —dijo Nella—. Le voy a hacer algunas preguntas.

La Srta. Spencer se sentó obedientemente. Estaba bastante pálida. Trataba de esbozar una sonrisa.

—¿Por qué ha abandonado tan pronto el Gran Babylon? —Nella empezó su interrogatorio, poniendo una expresión dura, judicial.

—Siguiendo órdenes, Srta. Racksole.

—¿Órdenes de quién?

—Bien, yo… yo… el hecho es que soy una mujer casada. Han sido órdenes de mi marido.

—¿Y quién es su marido?

—Tom Jackson, Jules, ya sabe, el camarero jefe del Gran Babylon.

—Así que el nombre real de Jules es Tom Jackson… ¿Por qué ha querido que se fuese del hotel sin avisar?

—No lo sé, Srta. Racksole. Le juro que no lo sé. Es mi marido y, por tanto, hago lo que me manda, igual que un día usted hará lo que le mande el suyo. ¡El cielo quiera que tenga un mejor marido que el mío!

Los ojos de la Srta. Spencer se humedecieron.

Nella blandió el revólver, amartillándolo.

—Vuelvo a preguntarle: ¿por qué se fue usted del hotel?

Estaba tremendamente sorprendida de su propia frialdad y complacida por ella, asimismo.

—No puedo decírselo, no puedo decírselo.

—Claro que me lo va a decir —dijo Nella en un tono duro, sin reticencia.

—Él… deseaba que viniera a Ostende. Algo ha ido mal. ¡Oh, es un tipo temible ese Tom! Si yo le dijera que él…

—¿Ha ido algo mal en el hotel, o aquí?

—En ambos sitios.

—¿Con relación al príncipe Eugen de Pose?

—No lo sé… es decir, sí, creo que sí.

—¿Qué tiene que ver su marido con el príncipe Eugen?

—Creo que tiene algún tipo de negocio con él.

—¿Y en ese negocio estaba el Sr. Dimmock?

—Creo que sí, Sra. Racksole. Le estoy diciendo todo lo que sé, se lo juro.

—¿Tuvieron su marido y el Sr. Dimmock una pelea, esa noche, en la habitación 111?

—Tuvieron algunas diferencias.

—¿Y por eso debía usted ir enseguida a Ostende?

—Sí, supongo que sí.

—¿Y qué iban a hacer a Ostende? ¿Cuáles eran las instrucciones de su marido?

La Srta. Spencer había puesto los brazos sobre la mesa que la separaba de Nella. Se puso, entonces, a sollozar con fuerza.

—Tenga piedad de mí —murmuró—. No le puedo decir nada más.

—¿Por qué?

—Él me mataría si llega a enterarse.

—Se está apartando del tema —observó Nella con frialdad—. Es la última vez que le advierto. Déjeme decirle con claridad que tengo las mejores razones para estar desesperada y que si algo le ocurre puedo decir que lo hice en defensa propia. Dígame, pues: ¿qué iban a hacer en Ostende?

—Esto me costará la vida —se quejó la Srta. Spencer y luego, con bastante desesperación, dijo—: Debía vigilar al príncipe Eugen.

—¿Dónde? ¿En esta casa?

La Srta. Spencer afirmó con la cabeza y cuando levantó la mirada, Nella pudo ver huellas de lágrimas en su rostro.

—¿Entonces, tienen retenido al príncipe Eugen? ¿Alguien lo ha raptado bajo instigación de Jules?

—Sí, puede decirse que sí.

—¿Por qué era preciso que usted viniese a Ostende?

—Oh, Tom confía en mí. Conozco bien Ostende. Antes de ingresar en el Gran Babylon yo había viajado por toda Europa. Tom sabía que conozco bien Ostende.

—¿Por qué vino ayer al Gran Babylon?

—Porque Tom me lo dijo. Me dijo que podía serle útil.

—¿Es su marido un anarquista o algo así, Srta. Spencer?

—No lo sé. Se lo diría si lo supiera. Pero él es muy reservado.

—¿Sabe si ha cometido algún crimen?

—¡Eso nunca! —dijo la Srta. Spencer, repudiando rotundamente la idea.

—Pero el Sr. Dimmock ha sido asesinado, envenenado. Si no fue envenenado, ¿por qué robaron su cuerpo? Se lo han llevado para evitar la investigación, para ocultar las huellas. Háble me de eso.

—Se lo juro por mi vida —dijo la Srta. Spencer, puesta en pie, a cierta distancia de la mesa—. Le juro que no sabía que el Sr. Dimmock había muerto. Me enteré por la prensa.

—¿Jura no saber nada de ello?

—Lo juro, no sabía nada.

Nella se sintió inclinada a creer lo que le decía. La mujer y la chica se miraron mutuamente a la luz intensa, turbia, de la lámpara de la estancia. La Srta. Spencer se arregló, de modo nervioso, el cabello rubio y gradualmente fue recobrando la compostura y

la ecuanimidad. El asunto, en conjunto, le parecía a Nella un sueño, una inquietante y siniestra pesadilla. No supo muy bien qué decir. Pensó que aún no había obtenido la información que quería.

—¿Dónde está ahora el príncipe Eugen? —preguntó, finalmente.

—No lo sé, señorita.

—¿Está en esta casa?

—No, señorita.

—¡Ah! Ya veremos.

—Se lo han llevado, Srta. Racksole.

—¿Quién se lo ha llevado? ¿Alguno de los amigos de su marido?

—Algunas de sus amistades.

—Entonces forman ustedes una banda.

—¡Una banda! No sé qué quiere decir —dijo temblando la Srta. Spencer.

—Claro que lo sabe —sonrió Nella con calma—. No puede ser usted tan inocente, Sra. de Tom Jackson. No puede engañarme. Recuerde que soy americana. Hay algo que averiguaré en los próximos cinco minutos y es cómo su encantador marido ha raptado al príncipe Eugen y por qué lo ha hecho. Empecemos con la segunda cuestión. Y no trate de esquivarla de nuevo.

La Srta. Spencer miró a Nella a la cara y luego hacia el suelo. Sus dedos golpeaban nerviosamente sobre la mesa.

—¿Cómo puedo decírselo —dijo— si no lo sé? Alza usted el látigo contra mí y me atormenta para su disfrute.

Puso una expresión de inocencia perseguida.

—¿Trató el Sr. Tom Jackson de obtener dinero del príncipe Eugen?

—¿Dinero? ¡En absoluto! A Tom nunca le falta dinero.

—Quiero decir un montón de dinero, decenas de miles, cientos de miles.

—Tom nunca le ha sacado dinero a nadie —dijo la mujer con obstinación.

—Entonces, ¿tiene su marido alguna razón para querer que el príncipe Eugen no vaya a Londres?

—Tal vez la tenga. No lo sé. Aunque me mate, le digo que no lo sé.

Nella dejó de reflexionar y levantó el revólver. Fue una acción mecánica, sin intención; ciertamente, no pretendía usar el arma, pero, extraño es decirlo, la Srta. Spencer pareció de nuevo muy acobardada ante la misma. Nella incluso se preguntó si alguien como la Srta. Spencer podía ser tan estúpida como para pensar que iba a usar el revólver. Sin padecer de la menor cobardía, Nella tenía gran dificultad para imaginar que nadie pudiese estar tan a merced de un miedo corporal. Pero aun así reconoció la ventaja de su posición y se sirvió de ella sin escrúpulos y del modo más teatral que pudo. Alzó el revólver hasta que estuvo frente a la cara de la Srta. Spencer. Pero de pronto un nuevo y raro sentimiento se apoderó de ella. Sintió que podía usar el arma si la miserable mujer que estaba ante ella llegaba a exasperarla. Sintió, entonces, miedo, miedo de sí misma; se veía presa de un salvaje y primitivo instinto. Como en un fogonazo, vio a la Srta. Spencer muerta a sus pies, la policía, la corte de justicia, el patíbulo. Fue algo horrible.

—Hable —dijo groseramente. La cara de la Srta. Spencer se volvió aún más pálida.

—Tom dijo —la mujer susurró rápida, temerosamente— que si el príncipe Eugen venía a Londres, su plan se echaría a perder.

—¿Qué plan? ¿Qué plan? Contésteme ahora mismo.

—El cielo me ayude, no lo sé —la Srta. Spencer se hundió en la silla—. Dijo que el

Sr. Dimmock le había defraudado y debía ajustar cuentas con él. Entonces, Rocco…

—¡Rocco! ¿Qué pasa con Rocco? —Nella apenas podía oírse a sí misma, sujetando el revólver con más fuerza.

Los ojos de la Srta. Spencer se abrieron desmesuradamente y contempló a Nella con mirada vidriosa.

—No me pregunte más. ¡Será mi fin! —Y sus ojos quedaron fijos, como horrorizados.

—Lo será —dijo Nella, y el sonido de su voz le pareció que surgía de los labios de otra persona.

—El fin… —repitió la Srta. Spencer, y gradualmente su cabeza y espalda cayeron hacia atrás hasta quedar, el cuerpo de la mujer, desmadejado en la silla. Nella asumió que la mujer debía haberse desmayado. Dejando, pues, el revólver, dio la vuelta a la mesa a toda prisa. De nuevo se comportó de modo femenino y simpático, la querida Nella, y se sintió inmensamente aliviada de que el hecho se hubiera producido. Pero en ese mismo instante, la Srta. Spencer saltó de la silla como un gato, tomó el revólver y, con un violento movimiento del brazo, lo arrojó contra la ventana, rompiéndose el cristal. Acto seguido se produjo un tenso silencio.

—Le dije que era una loca —señaló la Srta. Spencer, tranquila— por haber venido aquí como una especie de Jack Sheppard femenino tratando de sonsacarme. Ahora ya estamos en igualdad de condiciones. Usted me ha tenido atemorizada pero soy más hábil y ello hace que al final siempre se acabe venciendo. Ahora es mi turno.

Confundida y dominada por el miserable sentido de las palabras de la Srta. Spencer, Nella permaneció inmóvil. La idea de su colosal estupidez le invadió como un torrente. Se sintió casi avergonzada. Pero incluso en ese instante no tuvo miedo. Se encaró bravamente con la mujer, su mente trabajó en busca de un plan. Solo se le ocurrió sobornarla… mediante un enorme soborno.

—Admito que ha vencido —dijo—. Pero aún no me he rendido del todo. Escuche.

La Srta. Spencer cruzó los brazos y miró hacia la puerta mientras sonreía amargamente.

—Usted sabe que mi padre es millonario y tal vez sepa también que es uno de los hombres más ricos del mundo. Si le doy mi palabra de honor de no revelar nada de lo que me ha dicho, ¿me dejará libre?

—¿Qué cantidad sugiere? —preguntó la Srta. Spencer bruscamente.

—Veinte mil libras —dijo Nella enseguida. Comenzaba a ver el asunto como una operación de negocios.

Los labios de la Srta. Spencer se fruncieron.

—Cien mil.

Los labios de la Srta. Spencer se fruncieron de nuevo.

—Bien, pues que sea un millón. Puedo confiar en mi padre, y también lo debe hacer usted.

—¿Piensa usted que vale para él un millón?

—Por supuesto —dijo Nella.

—¿Y usted cree que puedo confiar que se me pagará?

—Claro que puede.

—¿Y que no nos pasará nada después?

—Le puedo dar mi palabra y la de mi padre.

—¡Bah! —exclamó la Srta. Spencer—. ¿Y por qué supone que la voy a dejar libre

sin cobrar por adelantado? Es usted una irreflexiva y estúpida muchacha.

—Ya sabía que no iba a querer. Puedo leerle los pensamientos.

—Tiene razón —replicó la Srta. Spencer con calma—. No pensaba dejarle libre ni por todos los dólares de América.

Nella sintió un escalofrío en la espina dorsal y se sentó de nuevo en la silla. Una corriente de aire procedente de la ventana rota incidió en su rostro. De pronto se oyeron pasos en el corredor; la puerta se abrió. Nella no se volvió. No podía apartar los ojos de la Srta. Spencer. Oyó un ruido líquido junto a sus oídos. Acto seguido perdió la conciencia y cayó de modo brusco al suelo.

Capítulo 10

En el mar

A Nella le pareció que estaba siendo agradablemente mecida en una gran cuna que se balanceaba con un movimiento a la vez lento y potente. Tal sensación continuó por algún tiempo y a ello se añadió el sonido de un rápido, calmo, confuso golpear. Una suave y excitante brisa la mecía hacia delante a su pesar y, sin embargo, se sentía imbuida de una deliciosa tranquilidad. Se preguntó si su madre se hallaba arrodillada a su lado, susurrándole alguna canción de cuna en sus oídos infantiles. Extraños colores flotaron antes sus ojos, sus párpados vibraron y, finalmente, despertó. Por unos instantes su mirada se detuvo aquí y allá buscando en vano alguna pista sobre el lugar donde se hallaba, pero sin llegar a conclusión alguna. Sentía alivio de que cierta poderosa y fatal lucha hubiera concluido; no le importaba si había sido vencida en esa lucha de su alma con otra alma; aunque lo hubiera sido, la conciencia de que esa lucha hubiese concluido la satisfacía y contentaba. Gradualmente, su cerebro, recuperándose de sus obsesiones, empezó a advertir dónde estaba, y vio que se encontraba en un yate y que este se movía. El movimiento de cuna era el suave balanceo del barco; el golpeteo provenía de la hélice; los extraños colores los producía el sol al salir por una distante playa de la que se alejaba el yate. La canción de cuna de su madre era el canturreo del hombre que estaba al timón. A través de su vida Nella había tenido diversas experiencias en embarcaciones. Desde las aguas del río Hudson a las del mar Mediterráneo, había navegado en todas las estaciones del año, en todos los tiempos. Amaba el agua y le parecía deliciosamente apropiado hallarse ahora de nuevo sobre el agua. Alzó la cabeza para mirar alrededor y luego la dejó caer: estaba fatigada, nerviosa: solo quería soledad y calma; no tenía preocupaciones, ansiedades, ni responsabilidades: podían haber pasado cien años desde la entrevista con la Srta. Spencer, y la memoria de ese encuentro parecía perdida en los rincones más remotos de su cerebro.

Era un yate pequeño, y su ojo experto determinó que pertenecía a la más alta aristocracia del gremio marítimo. Reclinada en la silla del puente (no le preocupaba en ese instante quién la había llevado ahí), examinó todos los detalles visibles de la embarcación. El puente era blanco y suave como su propia mano, y las junturas se extendían como venas azules. Todo el metal, desde la cinta alrededor de la chimenea hasta la cóncava superficie de la bitácora, brillaba como el sol.

Los afilados mástiles se erguían gallardamente y el aparejo parecía de seda. Las velas no estaban izadas; el yate emitía vapor y debía de ir a siete u ocho nudos. Juzgó que sería una embarcación de cien toneladas o así, probablemente de construcción Royal Clyde y de no más de dos o tres años de antigüedad.

No se veía a nadie en el puente excepto al hombre que iba al timón. Este llevaba un jersey azul, pero no había nombre alguno ni inicial en la prenda ni había un nombre en las blancas boyas atadas al cabo principal, ni en el bruñido bote que colgaba de las guardas de estribor. Llamó al hombre varias veces con débil voz, pero el del timón no reparó en ella y continuó canturreando tranquilamente como si no existiera en el universo otra cosa que el yate, el mar, el sol y él mismo.

Luego sus ojos se fijaron en la línea de tierra de la que se alejaban velozmente, y pudo distinguir un faro y una grande e irregular cúpula, que reconoció como el Kursaal de

Ostende, el suntuoso rival del Palacio del Juego de Montecarlo. Así que abandonaban Ostende. Los rayos del sol le dieron de lleno, obrando en ella como un reconstituyente. El agua, a su alrededor, viraba del gris y azul oscuros a un maravilloso rosa y unos traslúcidos y sobrenaturales verdes; el mágico caleidoscopio del alba avanzaba a su habitual manera, obviando las vicisitudes de los mortales.

Aquí y allá, en la distancia, descubría una vela, la vela marrón de algún barco de pesca de Ostende que volvía a casa tras pasar la noche pescando con lancha. Luego oyó los golpes de las paletas, y un vapor pasó traqueteando junto al yate, moviéndose torpemente entre las olas como una tortuga. Era la «golondrina» de Londres. Pudo ver a algunos pasajeros inclinándose curiosos sobre la barandilla. Una chica con un impermeable señaló hacia Nella y esta, de modo mecánico, contestó al saludo con el brazo. El oficial de puente de la golondrina saludó al yate, pero el hombre al timón no respondió. En un minuto la golondrina no fue sino un punto en la distancia.

Nella trató de sentarse derecha en la silla del puente, pero se vio imposibilitada de hacerlo. Apartando la manta que la cubría, descubrió que se encontraba atada a la silla con una gruesa correa. Al instante se sintió alerta, despierta, irritada: supo que sus peligros no habían terminado y que posiblemente ni siquiera habían empezado. Su vago contento, su soñador deseo de paz y reposo, desaparecieron y empezó a plantearse cómo afrontar los peligros de una grave y difícil situación.

Justo en ese instante apareció un hombre procedente de abajo. Tendría unos cuarenta años, iba vestido en irreprochable azul y llevaba una gorra de marinero con punta. La levantó cortésmente.

—Buenos días —dijo—. Bonito amanecer, ¿verdad?

La hábil y calculada insolencia del tono le sentó a Nella como un latigazo, ya que estaba atada a la silla. Como todo el mundo que ha vivido fáciles y alegres vidas en plácidas regiones donde el oro suaviza toda arruga y la Ley impide duramente el desorden, a Nella le era difícil darse cuenta de que había otras regiones donde el oro de nada servía y la Ley no tenía poder. Veinticuatro horas antes le hubiera parecido imposible que una experiencia como la que estaba sufriendo le pudiera ocurrir a alguien; hubiera alabado alegremente la civilización y el siglo XIX, el progreso y la policía. Pero la actual experiencia le mostraba que la naturaleza humana siempre es igual y que, bajo la fina corteza de seguridad sobre la que existimos nosotros, buenos ciudadanos, oscuras y secretas fuerzas criminales continúan obrando como en los días en que no se podía ir de Cheapside a Chelsea sin ser asaltado por los ladrones. Su experiencia, en buena medida, le iba a enseñar la lección de mejor manera que si la hubiese aprendido en el despacho del jefe de policía de París, Londres o San Petersburgo.

—Buenos días —repitió el hombre y ella le miró de modo hosco e irritado.

—¡Usted! —exclamó Nella—. ¡Tomas Jackson, si se llama así! Suélteme de inmediato: quiero hablar con usted.

Sus ojos brillaron mientras hablaba y el desprecio que expresaron incrementó su belleza. Tomas Jackson, o Jules, el antiguo camarero jefe del Gran Hotel Babylon, se consideraba un experto de la belleza femenina y la contemplación de la hermosa Racksole le produjo una exquisita impresión.

—Con mucho gusto —replicó—. Había olvidado que para evitar que cayese de la silla la he tenido que sujetar a la misma —y, con un rápido movimiento, soltó la cuerda. Nella se puso en pie, temblando de rabia y rencor.

—Y ahora —dijo encarándose con él—, ¿qué significa esto?

—Usted se desmayó —replicó el otro, imperturbable—. Quizá no lo recuerde.

El hombre le ofreció una silla con un gesto. Nella debió reconocer, a su pesar, que el tipo tenía distinción, clase. Nadie hubiera dicho que había sido camarero de hotel veinte años. Su alta, delgada figura y su porte parecían los de un aristócrata, y su voz era tranquila, contenida, con autoridad.

—Eso no implica que deba encontrarme en este yate con usted.

—No es mi yate —dijo—. Pero esto es un detalle sin importancia. En cuanto a lo que importa, perdóneme si le recuerdo que solo hace unas horas estaba usted amenazando a la Srta. Spencer con un revólver en mi propia casa.

—¿Era su casa?

—¿Por qué no iba a serlo? ¿No puedo tener una casa? —Sonrió.

—Le exijo que regresemos a tierra de inmediato —dijo con firmeza.

—¡Ah! —dijo—. Siento que sea imposible. No me he puesto a navegar con la intención de regresar enseguida —en sus últimas palabras imitó débilmente el tono de ella.

—Cuando esté de vuelta —dijo—, cuando mi padre sepa de este asunto, lo va a pagar caro, Sr. Jackson.

—Imagine que su padre no llega a enterarse…

—¿Qué dice?

—Que supongamos que usted no regresa nunca.

—Quiere decir que se propone asesinarme.

—Hablando de asesinato —dijo—, estuvo usted muy cerca de matar a mi amiga, la Srta. Spencer. Al menos así me lo ha contado ella.

—¿Está la Srta. Spencer a bordo? —preguntó Nella, viendo una leve esperanza en la presencia de una mujer en el yate.

—La Srta. Spencer no está a bordo. No hay nadie a bordo excepto usted, yo y una pequeña tripulación, muy discreta, debo añadir.

—No tengo más que decirle. Haga lo que se haya propuesto.

—Gracias por el permiso —dijo—. Le serviré un desayuno.

Fue hasta las escaleras del salón, silbó y apareció un negro con una bandeja con chocolate. Nella la tomó y sin la menor vacilación la arrojó por la borda. Jackson caminó unos pasos y luego regresó.

—Tiene carácter —dijo—. Y yo admiro a la gente con carácter. Es una cualidad que no abunda. —Nella no respondió—. ¿Por qué se mezcla en mis asuntos? —continuó él.

De nuevo Nella no respondió, pero la cuestión la dejó pensativa. ¿Por qué, en efecto, se había mezclado en tan misterioso asunto? Contradecía altamente los usuales procedimientos de su alegre y frugal vida el mezclarse con estos asuntos tan serios. ¿Había actuado por un deseo de ver impartida justicia y el delito castigado? ¿O era un mero deseo de aventura? ¿O quizá era el anhelo de servir a su Serena Majestad el príncipe Aribert? No es culpa mía que se haya usted metido en este aprieto —continuó Jules—. No he sido yo quien la ha involucrado. Usted y su padre han actuado con excesiva celeridad.

—Esto aún ha de verse.

—Por supuesto —admitió él—. Y repito que no puedo dejar de admirarla aunque haya interferido en mis asuntos privados. Es un proceder que no le tolero a nadie, ya sea un millonario o una mujer bella. —Jules se inclinó hacia ella—. Le propongo esto: escoltarla a un sitio seguro y mantenerla allí hasta que mis operaciones hayan concluido y no haya posibilidad de que interfiera en ellas. Ha hablado de asesinato. ¡Qué truculento! Solo asesinan los aficionados.

—¿Y qué me dice de Reginald Dimmock? —dijo ella rápidamente.

Jules hizo una pausa con rostro grave.

—¿Reginald Dimmock? —repitió—. Pensaba que se trataba de un caso de ataque al corazón. Le voy a traer más chocolate. Estoy seguro de que tiene hambre.

—Antes moriría de hambre que tocar su comida —dijo.

—¡Valiente criatura! —murmuró, y sus ojos recorrieron la cara de Nella. Su soberbia y arrogante belleza le subyugaba—. ¡Ah! —dijo—. ¡Qué mujer sería usted para mí! —Se acercó a ella—. Usted y yo, Srta. Racksole, su belleza y su salud, junto a mi cerebro, conquistaríamos el mundo. Pocos hombres la merecen y yo soy de esos pocos. ¡Escuche! Puede hacer otra cosa peor: cásese conmigo. Soy un gran hombre y aún lo seré más. La adoro. Cásese conmigo y le salvaré la vida. Todo irá bien. Empezaré de nuevo. El pasado será como si no hubiera existido.

—Todo esto es muy precipitado… Jules —dijo ella con vivo desdén.

—¿Esperaba que fuese un hombre convencional? —replicó él—. La deseo…

—Pues muy bien —dijo, siguiendo su argumento—. ¿Y qué hacemos entonces con su actual mujer?

—¿Mi actual mujer?

—Sí, la Srta. Spencer, como la llaman.

—¿Ella le dijo que era mi mujer?

—Me lo vino a decir.

—Pues no lo es.

—Quizá no lo sea, pero aun así creo que no me casaré con usted. —Nella se mantuvo como una desdeñosa estatua frente a él. Pero Jules se le acercó.

—Deme un beso. Un solo beso, no pido más. Un beso de esos labios, y será usted libre. Hay hombres que se han perdido por un beso. Yo lo quiero.

—¡Cobarde! —exclamó Nella.

—¿Cobarde? —repitió él—. ¿Cobarde yo? Pues seré un cobarde, pero usted me besará lo quiera o no.

Puso la mano en la espalda de ella y, cuando Nella dio un paso atrás huyendo de los ávidos ojos de Jules con un grito involuntario, una figura surgió del bote que había unos pasos atrás y, de un simple puñetazo dirigido al oído de Jackson, este cayó sin sentido sobre el puente. El príncipe Aribert de Posen saltó, entonces, sobre el hombre, revólver en mano. Fue, posiblemente, la mayor sorpresa de su vida para Jackson.

—No se asuste —dijo el Príncipe a Nella—: estoy aquí por el motivo más simple del mundo y se lo voy a explicar tan pronto como reduzca a este sujeto.

Nella no era capaz de decir nada pero se fijó en el revólver en la mano del Príncipe.

—¡Ese es mi revolver! —señaló.

—Lo es —dijo Aribert—. También le explicaré eso.

El hombre al timón no prestó la menor atención a lo que sucedía.

Capítulo 11

El prestamista de la corte

—El Sr. Sampson Levi desea verle, señor.

Estas palabras, dichas por un sirviente de Theodore Racksole, sacaron al millonario de una ensoñación que era todo lo contrario de placentera. El hecho era, y es necesario insistir en ello, que Racksole, propietario del Hotel Gran Babylon, de ningún modo se hallaba satisfecho de sí mismo. Un misterio le tenía atrapado en este hotel y, con toda su agudeza y conocimiento de las cosas en general, se veía incapaz de resolverlo. Se reía del infructífero esfuerzo de la policía, pero no podía decir que sus propios esfuerzos hubieran sido menos infructuosos. La gente hablaba, porque después de todo, la desaparición del cuerpo del pobre Dimmock había sido publicitada bajo cuerda y a Theodore Racksole no le gustaba la idea de que su impecable hotel fuera objeto de todo tipo de rumores. Se preguntaba, con espanto, qué diría la gente y los periódicos dominicales si supieran realmente todo lo que había sucedido, lo que aún no se había divulgado, es decir, la desaparición de la Srta. Spencer, las extrañas visitas de Jules y el que no llegase el príncipe Eugen de Pose. Theodore Racksole se había estrujado el cerebro sin resultado. La policía decía tener una pista; pero Racksole pensaba que era obligación de la policía tener alguna pista, pero que rara vez tenían algo más que una simple pista, la cual, sin secuela alguna, resultaba un estúpido sinsentido. Lo único cierto del asunto en su conjunto era que una nube empañaba su hotel, su bello juguete nuevo, el mejor de su clase. La nube no interfería con el negocio pero no dejaba de ser una nube, y sentía su siniestra presencia. Quizá fuera más correcto decir que sentía fatalmente su incapacidad para disiparla.

—El Sr. Sampson Levi desea verle, señor —repitió el criado, tras parecerle que su amo no le había oído.

—Te he escuchado —dijo Racksole—. ¿Quiere verme personalmente?

—Pregunta por usted, señor.

—¿Quizá sea a Rocco a quien quiera ver, sobre algún menú o algo así?

—Se lo preguntaré, señor —dijo el sirviente alejándose.

—Espera —le ordenó de pronto Racksole—. Pídele al Sr. Sampson Levi que entre.

El gran corredor de bolsa del Circo Kaffir entró con un aire apenas pretencioso. Era bastante bajo, vigoroso, vestido como un típico financiero judío, con cadena de reloj demasiado larga y chaquetón demasiado corto. En su rechoncha mano sostenía un bastón con empuñadura dorada y un sombrero de seda recién comprado, pues era viernes y el Sr. Sampson Levi compraba un sombrero cada viernes de su vida menos en vacaciones. Respiraba pesadamente y el aire entraba sonoramente por su nariz como si hubiera realizado algún esfuerzo hercúleo. Miró al millonario americano con una expresión en la que se hubiese podido detectar cierta molestia aunque, asimismo, su redonda y rubicunda cara transmitía franca admiración y cordialidad.

—El Sr. Racksole, supongo, Theodore Racksole. Encantado de conocerle, señor.

Tales fueron las primeras palabras de Sampson Levi. En apariencia fue un saludo como de deshollinador de tercera categoría, pero, extrañamente, a Theodore Racksole le gustó el tono. Se dijo, precisamente porque no esperaba que se lo pareciese, que era un hombre honrado.

—Buenos días —dijo Racksole con brevedad—. ¿A qué debo el placer…?

—Imagino que no dispone de mucho tiempo —respondió Sampson Levi—. Yo tampoco dispongo de mucho, así que iré directamente al grano Sr. Racksole. No pretendo ser un caballero ni nada parecido. Soy un corredor de Bolsa, eso soy, y no me importa que se sepa. La otra noche organicé un baile en este hotel. Me costó un par de miles de libras. Por cierto, que he hecho el cheque para pagar la factura esta misma mañana. No me gustan los bailes pero me son útiles y a mi mujer le gustan y por eso lo organizamos. No tengo nada que decir en contra del hotel en cuanto a la organización del baile: estuvo realizado con corrección, mucha corrección. Pero quiero que me conteste a esto: ¿por qué puso a un detective privado entre mis invitados?

—¿Un detective privado? —exclamó Racksole, sorprendido por la acusación.

—Sí —dijo con firmeza Sampson Levi, abanicándose en su asiento y mirando hacia Theodore Racksole con la expresión adusta de quien ha sido agraviado—. Sí: un detective privado. Ya sé que es algo de poca importancia, y hasta diría que, como organizador del espectáculo, tiene derecho a hacer cuanto le venga en gana. Pero he venido a decirle que no me ha gustado que lo haya hecho. Vengo a decírselo por principios. No estoy enfadado. Pero, por principios, no me ha gustado.

—Querido Sr. Sampson Levi —dijo Racksole—, le aseguro que tras ceder el Salón Dorado a un particular para un entretenimiento privado jamás se me ocurriría hacer lo que usted me está sugiriendo.

—¿De verdad? —preguntó Sampson Levi, sirviéndose de su pintoresco lenguaje.

—De verdad —dijo Racksole sonriendo.

—Pues en el baile había gente a la que no invité. Tengo una gran memoria para las caras, alardeo de ello. Varios amigos me preguntaron, luego, quién era ese hombre. Alguien me dijo que era uno de sus camareros, pero no le creí. No conozco el Gran Babylon; no es mi estilo de hospedaje, pero no creo que usted enviara a uno de sus camareros a vigilar a mis invitados a menos que, por supuesto, lo enviara como camarero, y ese hombre no prestó servicio alguno, aunque sí que bebió algo.

—Quizá puedo arrojar alguna luz sobre tal misterio —dijo Racksole—. Debo decirle que supe que ese hombre estaba en el baile sin ser invitado.

—¿Lo sabía, pues?

—Por pura casualidad, Sr. Sampson Levi, sin indagar. Ese hombre era un antiguo camarero del hotel, de hecho el camarero jefe, Jules. Sin duda habrá oído hablar de él.

—Pues no —dijo el Sr. Sampson Levi con franqueza.

—¡Ah! —dijo Racksole—. Me habían dicho que todo el mundo conocía a Jules pero parece ser que no. Bien, sea como sea, la noche antes del baile despedí al tal Jules ordenándole que no volviera por el hotel. Pero esa noche me topé con él, no en el Salón Dorado sino en el hotel. Le pregunté qué hacía en el establecimiento y él me contestó que usted le había invitado. Eso es cuanto sé sobre el asunto, Sr. Sampson Levi, y lamento profundamente que me haya creído capaz de la enormidad de situar a un detective privado entre sus invitados.

—Quedo satisfecho con lo que me ha dicho —dijo Sampson Levi tras una pausa—. Solo quería una explicación y usted me la ha dado. Mis amigos de la City me habían dicho que podía confiar en usted si iba directo al asunto y me alegro de que haya sido cierto. En cuanto a ese tipo, ese tal Jules, haré averiguaciones sobre él. ¿Le puedo preguntar por qué lo despidió?

—No lo sé.

—¿Qué no lo sabe? ¡Venga, hombre! Solo se lo pregunto para tener alguna idea de por qué se metió en mi baile sin ser invitado. Lamento ser tan inquisitivo.

—En absoluto, Sr. Sampson Levi; pero es que realmente no lo sé. Sentí que no era alguien de fiar. Algo instintivo. ¿Qué le parece?

Sin contestar a la pregunta, Sampson Levi hizo otra:

—Si ese Jules es alguien tan conocido, ¿cómo esperaba moverse por mi baile sin que le reconocieran?

—Tampoco lo sé —dijo Racksole al instante.

—Bien, empezaré a hacer indagaciones —fue lo siguiente que dijo el Sr. Sampson Levi—. Buenos días y gracias. ¿Supongo que no quiere nada de Kaffir?

El Sr. Racksole sonrió moviendo negativamente la cabeza.

—Ya lo imaginaba —dijo Sampson Levi—. Bien, no toco el asunto de ferrocarriles americanos, por lo que imagino que no coincidiremos. Buenos días.

—Buenos días —dijo Racksole amablemente, acompañando al Sr. Sampson Levi hasta la puerta.

Con la mano ya en el pomo de la misma, el Sr. Sampson Levi se detuvo y, mirando a Theodore Racksole con una ladina y enigmática expresión, señaló:

—Qué cosas más extrañas han sucedido últimamente, ¿verdad?

Los dos hombres se miraron intensamente varios segundos.

—Sí —afirmó Racksole—. ¿Sabe usted algo de eso?

—Bien… no, no exactamente —dijo el Sr. Sampson Levi—. Pero pienso que ayudarnos mutuamente podría sernos provechoso; estoy convencido de ello.

—Vuelva y siéntese, Sr. Sampson Levi —dijo Racksole, atraído por la sinceridad del tono del otro—. ¿Y cómo podemos ayudarnos mutuamente? Me jacto de conocer bien los caracteres, especialmente los financieros, por lo que le digo que si pone sus cartas sobre la mesa yo haré lo mismo con las mías.

—De acuerdo —dijo Sampson Levi—. Empezaré por explicarle mi interés por su hotel. Estaba esperando que me llamase cierto príncipe Eugen de Pose, pero tal llamada no se ha producido. Parece que ese príncipe no ha llegado a Londres. Sin embargo, tengo razones para creer que pudo haber estado aquí ayer.

—¿Cómo se ha enterado?

—Pregunta por pregunta —dijo Sampson Levi—. Aclaremos primero los fundamentos, Sr. Racksole. ¿Por qué compró usted este hotel? Sus camaradas de la City están desconcertados al respecto. ¿Por qué compró usted el Gran Babylon? ¿Y cuál será el siguiente paso?

—No habrá siguiente paso —respondió Racksole con candidez—. Y le diré por qué compré el hotel; no hay ningún secreto al respecto. Lo compré por capricho.

Acto seguido, Theodore Racksole le dio al pequeño judío, a quien empezaba a respetar, una relación fidedigna de la transacción llevada a cabo con Felix Babylon.

—Supongo —añadió— que tendrá dificultad para apreciar mi estado mental cuando tomé esa decisión.

—En absoluto —dijo el Sr. Sampson Levi—. Una vez yo compré una embarcación eléctrica por el Támesis de una forma parecida, y resultó una de las más satisfactorias compras que he hecho nunca. Entonces, ¿es por simple accidente que usted posee este hotel en la actualidad?

—Simple accidente… debido a un bistec y a una botella de cerveza.

—¡Um! —Gruñó el Sr. Sampson Levi, golpeándose la papada.

—Para volver al príncipe Eugen —dijo Racksole—. Aguardaba a su Alteza aquí. La *Suite* Principal estaba preparada para él. Esa misma tarde murió el joven Dimmock. Pero el Príncipe nunca llego y no sé a qué se debió; ni he visto su nombre en la prensa. A lo que venía a Londres, tampoco lo sé.

—Yo se lo diré —dijo el Sr. Sampson Levi—. Venía a solicitar un préstamo.

—¿Un préstamo oficial?

—No, un préstamo privado.

—¿A quién?

—A mí, a Sampson Levi. Parece usted sorprendido. Si hubiera vivido más tiempo en Londres sabría que yo soy la persona a la que el Príncipe se veía obligado a acudir. Tal vez no sepa que en Throgmorton Street se me llama «El Prestamista de la Corte», puesto que concedo créditos a monarquías de segunda clase de Europa. Soy un corredor de Bolsa pero mi auténtico negocio reside en financiar a pequeñas Cortes de Europa. Puedo, pues, decirle que el Príncipe heredero de Posen solicitaba un millón, y lo solicitaba para cierta fecha, y él sabía que si no se concretaba la operación antes de determinado día no podría tener el dinero para cuando lo precisara. Por eso me sorprende que no esté en Londres.

—¿Para qué necesitaba el millón?

—Deudas —respondió el Sr. Sampson Levi, lacónico.

—¿Propias?

—En efecto.

—Pero si tiene treinta años.

—¿Y qué? No es el único príncipe europeo que en doce años ha acumulado deudas por valor de un millón. Para un príncipe eso es tan normal como comerse un bocadillo.

—¿Y por qué ha tomado tan repentina resolución para liquidar la deuda?

—¡Porque el emperador y su esposa, sus padres, no le dejan casarse hasta que lo haga! Y de modo drástico, además. Si no muestra un historial limpio, la princesa Anna de Eckstein-Schwartzburg nunca será princesa de Posen. El Emperador no tiene idea de cuánto debe el Príncipe. ¡Si lo supiera!

—¿El Emperador no conoce el importe de ese crédito?

—No por ahora. Ya llegará el momento —el Sr. Sampson Levi se rio—. Tengo experiencia en estos asuntos. Tras el matrimonio ya se podrá divulgar. Y usted sabe, la fortuna de la princesa Anna es considerable. Y ahora, Sr. Racksole —añadió cambiando bruscamente de tono—, ¿dónde supone que puede estar el Príncipe desaparecido? Si hoy no aparece, no tendrá ese millón. Hoy es el último día. Mañana ese dinero se destinará a otra cosa. Por supuesto, no estoy solo en el negocio. Mis amigos tienen algo que decir.

—¿Me pregunta que dónde pienso que puede estar el príncipe Eugen?

—Sí.

—¿Cree que ha desaparecido?

El Sr. Sampson Levi afirmó con la cabeza.

—Sí, si sumo dos y dos —dijo—. El asunto Dimmock es muy peculiar… realmente muy peculiar. La relación con Dimmock estaba mal vista por la familia Posen. Ajá. Nadie sabe eso excepto yo. Le hicieron secretario y compañero del príncipe Aribert, para que todo quedara dentro de la familia. Su madre era irlandesa, y su desgracia fue ser demasiado guapa. Ajá (el Sr. Sampson Levi usaba siempre esta expresión cuando quería ser muy comunicativo). Creo que la muerte de Dimmock tiene que ver con la desaparición del príncipe Eugen. Lo único que ignoro es: ¿por qué alguien ha querido que el príncipe Eugen desapareciera? El pobre no tiene enemigos en el mundo. Si alguien lo tiene «retenido»,

como algunos dicen, ¿a qué se debe? No hacen bien a nadie.

—¿Seguro que no? —dijo Racksole como surgiéndole una repentina idea.

—¿Qué quiere decir? —preguntó el Sr. Sampson Levi.

—Quiero decir esto: suponga que hay otro príncipe pobre que desea casarse con la princesa Anna y su fortuna. ¿No podría ser que ese príncipe tratase de impedir que el príncipe Eugen obtuviera su préstamo? ¿No estaría interesado en que el príncipe desapareciera durante un tiempo, como fuese?

Sampson Levi caviló intensamente unos momentos.

—Sr. Racksole —dijo finalmente—. Creo que puede haber dado en el clavo.

Capítulo 12

Rocco y la habitación 111

La tarde del mismo día —la entrevista referida había tenido lugar por la mañana—. Racksole tuvo otra idea y lamentó que no se le hubiera ocurrido antes. La conversación con Sampson Levi había durado mucho rato y los dos hombres habían intercambiado diversas ideas y acordado verse de nuevo, pero la teoría de que Reginald Dimmock hubiese sido un traidor, un traidor cuyo arrepentimiento pudiese ser la causa de su muerte, no fue analizada a fondo: la conversación había tratado esencialmente de política continental, en un intento de determinar qué familia principesca podía tener interés en la momentánea desaparición del príncipe Eugen. Ahora, mientras Racksole analizaba en detalle el específico asunto de la muerte de Reginald Dimmock, se detuvo en un punto concreto: ¿por qué Dimmock y Jules habían decidido que Nella se fuese de la habitación 111 esa primera noche? Que lo hubieran acordado y que se hubiera roto el cristal de la ventana no eran meras casualidades, Racksole estaba seguro, aunque no conseguía averiguar el motivo. Estaba claro que había algo de extraordinaria y particular importancia en torno a la habitación 111. Tras el desayuno, fue tranquilamente escaleras arriba a examinar la habitación. Estaba ocupada, aunque el huésped iba a marcharse esa misma noche. Pensó que no tenía sentido quedarse contemplando la habitación por fuera, pero lo hizo; luego bajó de nuevo con rapidez al piso de abajo y, al avanzar por el pasillo de la planta, se detuvo y con un gesto involuntario golpeó con el pie el suelo.

—¡Santo cielo! —dijo—. ¡Claro! La número 111 está exactamente encima de la *Suite* Principal.

Enseguida fue al despacho y dio instrucciones de que no se le diera la habitación 111 a nadie hasta nueva orden. Allí mismo le fue entregada la nota de Nella, que decía: «Querido papá. Estaré fuera uno o dos días para cobrar una deuda. Si no regreso en tres días pregunta por mí en Ostende. Hasta entonces no hagas nada. Tu sagaz hija, Nella».

Esas pocas palabras, escritas a mano por Nella, ocupaban una cara del papel. Abajo se decía que continuaba detrás. Dio la vuelta al papel y leyó esta frase subrayada: «PD: No pierdas de vista a Rocco».

«Me pregunto en qué estará metida esta criatura», murmuró mientras rompía el papel en pequeños trozos y los lanzaba a la papelera.

Luego, cogió el ascensor hasta la planta baja para ver a Rocco y su ámbito de acción. Le costaba creer que tan delicado y altivo caballero, entusiasta de la gastronomía, estuviese envuelto en las maquinaciones de Jules y otros canallas. Pero, siguiendo su costumbre, obedeció a su hija, fiándose de su perspicacia y habilidad.

Las cocinas del Gran Hotel Babylon eran una de las maravillas de Europa.

Solo tres años antes de estos acontecimientos, Felix Babylon las había reformado, enriqueciéndolas con los artilugios más sofisticados que el ingenio de los dos continentes había combinado. Abarcaban un espacio de casi cuarenta áreas. Paredes y suelos estaban enteramente recubiertos de mármol y baldosas que cada mañana se limpiaban a fondo como si se tratara de la cubierta de un crucero.

A los visitantes se les solía enseñar la máquina de pelar patatas, el secaplatos patentado, el asador Babylon (un invento del propio Felix Babylon), la parrilla de plata, el

sistema de ollas conectadas y otras sorprendentes curiosidades que ofrecía el lugar. A veces, si se tenía suerte, se podía ver al artista que esculpía en hielo las figuras de hombres y animales que adornaban las mesas, o el primer doblaservilletas de Londres, o al artesano que diariamente ideaba los pasteles y postres. Doce chefs trabajaban en esas cocinas ayudados por noventa asistentes y un ejército de pinches. Allí reinaba Rocco, supremo e irreprochable. En la mitad del extenso ámbito, Rocco tenía sus apartamentos privados, donde ideaba las magníficas combinaciones, las maravillosas y originales suculencias que tanta fama le habían dado. Los visitantes nunca veían a Rocco en las cocinas aunque, a veces, sobre todo en ciertas noches especiales, el hombre deambulaba tranquilamente por el comedor, gran personaje que era, para recibir las felicitaciones de los habituales del hotel, gente con gusto y que apreciaba sus genialidades.

La repentina e inhabitual aparición de Theodore Racksole en la cocina causó un pequeño revuelo. Saludó con la cabeza a algunos de los chefs pero no les dijo nada, limitándose a caminar entre el laberinto de utensilios de cobre y trabajadores con gorro blanco. A lo lejos vio a Rocco rodeado de varios chefs que parecían rendirle pleitesía. Rocco se hallaba inclinado sobre una perdiz acabada de asar, depositada en un plato azul. Hundiendo un gran tenedor en la espalda del ave, lo blandió en el aire con la mano izquierda. En la derecha sujetaba un largo y reluciente cuchillo. Se hallaba impartiendo una de sus famosas lecciones de arte cisoria[3]. Con cuatro suaves, infalibles, delicados, perfectos movimientos, separó las patas de la codorniz. Fue algo maravilloso de contemplar, algo que, si no se era un hábil trinchador, no se podía apreciar en toda su dimensión. Los chefs manifestaron su admiración y Rocco, alto, delgado y elegante, se retiró, acto seguido, a sus aposentos. Racksole fue tras él. Tras sentarse en una silla y con una mano puesta sobre los ojos, Rocco no advirtió la presencia de Racksole.

—¿Qué hace usted, Rocco? —preguntó el millonario, sonriendo.

—¡Ah! —exclamó Rocco, sobresaltándose—. ¡Perdón! Estaba ideando una nueva mayonesa que necesitaré para cierto menú la semana que viene.

—Inventa cosas de memoria, sin los ingredientes a mano, ¿eh? —preguntó Racksole.

—Sí. Todo está en mi cabeza. Solo tengo que pensar. ¿Para qué necesito los ingredientes? Conozco los aromas. Pienso, pienso, y me sale. Entonces, lo anoto y entrego la receta a mi mejor chef. No necesito probarla. Sé el gusto que tendrá. Es como componer música. Los grandes compositores componen de memoria, no al piano.

—Ya veo —dijo Racksole.

—Por trabajar así es por lo que usted me paga tres mil al año —añadió Rocco con gravedad y con ese extraño acento suyo.

—¿Sabe algo de Jules? —preguntó Racksole de repente.

—¿Jules?

—Sí. Ha sido arrestado en Ostende —continuó el millonario, mintiendo hábilmente para ver si el otro soltaba prenda—. Se dice que él y otros se hallan implicados en un asunto criminal, el asesinato de Reginald Dimmock.

—¿Ah sí? —dijo Rocco escondiendo un bostezo. Su indiferencia era tan olímpica que Racksole supo al instante que la tenía preparada para la ocasión.

—Parece que la policía va tras la verdadera pista. Es la primera vez que les veo obtener algo. Mañana tendrá lugar una exhaustiva inspección del hotel —continuó Racksole—. Se lo menciono para avisarle de que, en lo que a usted respecta, la inspección será algo meramente rutinario. ¿No le importará que la policía examine sus apartamentos,

verdad?

—En absoluto —dijo Rocco encogiéndose de hombros.

—Le ruego que no comente esto con nadie —le dijo Racksole—. La detención de Jules es un secreto que me ha sido comunicado privadamente. Los periódicos aún no lo saben, ¿comprende?

Rocco sonrió con su habitual altivez y Racksole marchó.

Racksole se quedó muy satisfecho por la conversación. Quizá era peligroso mentirle a un tipo hábil como Rocco, y el millonario se preguntó qué le diría si, al final, tenía que explicarle que sus sospechas y las de su hija eran infundadas. Sin embargo, la actitud de Rocco, cierta mirada evasiva en sus ojos, le había convencido de que estaba implicado en las maquinaciones de Jules y probablemente en la muerte de Reginald Dimmock y en la desaparición del príncipe Eugen de Pose.

Esa noche, o mejor, a media madrugada, cuando los últimos ruidos de la vida del hotel se iban apagando, Racksole se dirigió a la habitación 111 del segundo piso. Cerrando la puerta desde dentro, procedió a examinar el lugar palmo a palmo. De tanto en tanto algún crujido le sobresaltaba y se quedaba escuchando unos segundos. La habitación estaba decorada en el espléndido estilo del Gran Hotel Babylon, y en ese aspecto nada había digno de ser notado. Lo que más interesaba a Racksole era el suelo. Levantó, así, la espesa alfombra Oriental y escrutó cada milímetro del piso aunque sin descubrir nada particular.

Luego fue al tocador y, finalmente, al cuarto de baño, ambos espacios dando a la estancia principal. Pero en ninguno de esos dos breves recintos encontró algo más que en la habitación. Finalmente, entró en la bañera, cerrada entre paneles de madera barnizada, según es costumbre. Algunos de estos espacios tienen un armario bajo los grifos, pero en este no había. Golpeó los paneles pero ninguno de ellos manifestó un sonido hueco que hiciera pensar que encubriese algún escondrijo. Abrió el grifo del agua fría y el líquido empezó a caer. Cerró entonces el grifo y abrió el tapón del desagüe y, mientras lo hacía, su rodilla, al presionar en el panel, provocó que este se deslizase hacia delante. El panel presionado cedió dejando ver, en el espacio abierto, otro panel colgado de este y sujeto con un cierre. Así que existía un amplio espacio en el interior de los paneles… Antes de hacer nada más, Racksole trató de repetir lo que había hecho con el tapón del desagüe pero no sirvió de nada; no parecía haber conexión entre ese tapón y el cierre del panel. Racksole no podía ver bien dentro de la cavidad entre los paneles, pues la luz eléctrica era débil y no podía moverla como una linterna. Busco en sus bolsillos y, afortunadamente, encontró una caja de cerillas. Encendida una, miró dentro de la cavidad y no vio nada. Nada, excepto un agujero bastante ancho al final de la misma, a unos tres pies. Con dificultad, se introdujo por el agujero arrodillándose y acurrucándose dentro. Encendió otra cerilla y tuvo la mala suerte de que, al hacerlo, el resto de la caja se encendió, casi ahogándose con la eclosión de fósforo que se produjo. Una cerilla, sin embargo, quedo ardiendo en el suelo del agujero. Frotándose los ojos, Racksole la cogió y miró hacia el fondo del orificio. Parecía no tener fin y medía unas dieciocho pulgadas cuadradas. Lo curioso era que de él colgaba una escalera de cuerda. Cuando la vio, Racksole sonrió con felicidad. La cerilla se apagó. ¿Debía ir a buscar más o trataba de bajar por la escalera en la oscuridad? Decidió esto último y, a medida que iba bajando, fue distinguiendo una débil, muy débil luz al fondo del agujero.

Con infinito cuidado se deslizó, comprimiendo el cuerpo, por el pozo, mediante la escalera. Finalmente llegó al fondo, sudando mucho pero ileso y muy nervioso. Vio ahora que la luz provenía de un pequeño orificio en la pared. Puso en él el ojo y vio que daba al

baño de la *Suite* Principal, y, a través de la puerta del baño, a la habitación. Junto a la maciza bañera de mármol había un hombre inclinado sobre un objeto en el interior de la misma.

¡Era Rocco!

Capítulo 13

En la suite principal

Quedó claro para Racksole que el peculiar pasadizo que, con bastante incomodidad física, había descubierto entre el baño de la habitación 111 y la *Suite* Principal había sido creado para poder observar ominosamente a los ocupantes de la *Suite* en cuestión: un medio de comunicación simple e ingenioso a la vez. En ese instante no estaba muy seguro del método que se empleaba, pero sospechó que el hueco para los conductos de agua era usado como pasadizo mientras que los verdaderos conductos se extendían por el interior de los gruesos muros del Hotel. La mirilla a través la que contemplaba la estancia era muy pequeña y probablemente no se percibía desde el exterior. Advirtió algo curioso: que había sido pensada para un hombre más alto que él; Racksole debió ponerse de puntillas para poder ver a través de la misma. Recordó que Jules y Rocco tenían una talla por encima de la media y que eran delgados: ambos podrían bajar por el pozo con relativa comodidad, al contrario de él. Theodore Racksole, en efecto, aunque no era grueso, era un hombre de poderosa osamenta.

Tales cosas pasaron por su mente mientras miraba, absorto, los misteriosos movimientos de Rocco. La puerta entre el baño y la habitación se hallaba completamente abierta y la posición de Racksole era tal que veía la mayor parte de la estancia, incluyendo la enorme y lujosamente acolchada cama, pero no así las paredes de mármol del baño. Solo podía ver la mitad del mismo y, así, por momentos perdía de vista a Rocco mientras este manipulaba con sus pequeñas manos el objeto sobre el que estaba inclinado. Al principio no supo de qué se trataba, pero luego, a medida que sus ojos se fueron habituando a la luz, descubrió lo que era.

Se trataba del cuerpo de un hombre. O mejor, Racksole descubrió las piernas de un hombre sobre la porción que podía distinguir de la mesa. No pudo evitar un escalofrío: Rocco tenía a alguien inconsciente sobre la fría plataforma de mármol. Alguien con las piernas inmóviles. La criatura dormía, estaba anestesiada o, lo que podía ser peor, estaría muerta.

Racksole quiso pedir ayuda, detener la siniestra actividad nocturna que tenía lugar ante sus atónitos ojos. Pero afortunadamente se contuvo.

En el lavabo pudo ver ciertos extraños utensilios e instrumentos que Rocco usaba de vez en cuando. A Racksole le pareció que la operación duró horas, pero al final Rocco se detuvo, hizo un gesto de satisfacción, musitó algunos aires de la *Cavalleria Rusticana*[4] y fue al lavabo, donde, cogiendo su chaqueta, se lavó tranquilamente las manos. El lugar en que se lavó cuidadosamente los largos dedos se hallaba a un metro de donde estaba Racksole, por lo que el escondido millonario tembló reteniendo el aliento, no fuera que Rocco detectara su presencia tras la pared de madera. Pero nada sucedió y Rocco regresó a la habitación sin sospechar nada. Racksole vio entonces cómo Rocco ponía sobre la forma que yacía sobre la plataforma una especie de cubierta de franela blanca, trasladando, luego, el cuerpo cubierto a la gran cama, donde quedó pavorosamente inmóvil. El acechador estuvo seguro ahora de que el cuerpo sobre el que Rocco había efectuado sus misteriosas y siniestras operaciones era un cadáver.

Pero ¿de quién? ¿Y qué es lo que le hacía? ¿Podía estar sucediendo en un hotel del

West End, en su propio hotel, en el corazón de Londres, la ciudad mejor vigilada del mundo? Parecía increíble, imposible; sin embargo, así era. Una vez más recordó lo que Felix Babylon le había dicho. Sí, era cierto: el propietario de un establecimiento tan grande y complicado como el Gran Babylon apenas sabía de los extraordinarios y raros sucesos que sucedían diariamente bajo su techo; la atmósfera de un albergue tan gigantesco necesariamente tenía que ser una atmósfera de misterio y problemas en apariencia inexplicables. Sin embargo, Racksole pensó que el destino estaba llevando las cosas demasiado lejos si permitía que su chef dedicase las horas de la madrugada a manipular un cadáver en la *Suite* Principal, sagrado apartamento que se suponía solo podía ser ocupado por individuos de sangre real. Racksole no habría objetado a cierta cantidad de misterio, pero pensaba que empezaba a haber demasiado misterio para su gusto. Caviló que incluso Felix Babylon se habría sorprendido de cuanto estaba ocurriendo.

La lámpara eléctrica del centro del techo no estaba encendida; solo las dos luces a cada lado del baño estaban abiertas y no iluminaban suficientemente las facciones del hombre sobre la cama como para permitir que Racksole viera con claridad de quién se trataba. En vano el millonario frunció los ojos: solo pudo percibir que el cuerpo parecía ser el de un hombre joven. Se hallaba preguntándose qué hacer después cuando vio a Rocco con una caja negra y cuadrada en la mano. Rocco cerró las dos luces y la *Suite* Principal quedó a oscuras. En la oscuridad, Racksole oyó a Rocco saltar sobre el lecho. Tras unos momentos de suspense, se produjo un cegador destello blanco que duró unos segundos y que mostró a Rocco cual un mal espíritu sobre el cadáver, la caja negra en una mano y una vara luminosa de aluminio en la otra. El aluminio se apagó y la oscuridad volvió a ser más espesa que antes.

Rocco había fotografiado al cadáver con ayuda de un *flash*.

Pero el relámpago que había permitido mostrar las facciones del muerto a los insensibles lentes de la cámara había también posibilitado que las viera, asimismo, Theodore Racksole. ¡El muerto era Reginald Dimmock!

Incitado por este descubrimiento, Racksole trató de encontrar la salida del escondrijo. Estaba seguro de que había alguna salida hacia el baño de la *Suite*, pero busco en vano tanteando con manos y pies. Entonces decidió subir por la escalera de cuerda, apresurarse por el pasillo del primer piso y sorprender a Rocco cuando abandonase la *Suite* Principal. Era difícil y doloroso subir por la delgada y floja escalera en tan estrecho espacio, pero Racksole supo hacerlo bien y, casi había llegado arriba cuando, por un capricho del destino, la escalera se rompió bajo su peso y el millonario cayó al fondo del cubículo de madera. Musitando una comprensible maldición, Racksole se acuclilló confundido. Pero en ese instante vio que el golpe de su caída había, de algún modo, abierto una trampilla bajo sus pies. Se deslizó por ella, abrió otra delgada puerta, y, en un segundo, se hallaba en el baño de la *Suite* Principal. Estaba despeinado, sudoroso y bastante aturdido: pero por fin había entrado. En un segundo se sintió de nuevo poseedor de todas sus facultades.

Raro es decirlo, se había movido tan discretamente que Rocco, en apariencia, no le había oído. Caminó, pues, sigilosamente hacia la puerta entre el baño y el lavabo y permaneció allí en silencio. Rocco había vuelto a encender las luces del baño y manipulaba sus utensilios.

Deliberadamente, Racksole tosió.

Capítulo 14

Rocco contesta algunas preguntas

Rocco se volvió con la rapidez de un tigre sorprendido, dirigiendo a Theodore Racksole una larga y penetrante mirada.

—¡Diablos! —dijo Rocco con acento genuinamente anglosajón y un tono como el de Racksole.

Lo más extraordinario de la situación fue que en ese instante Theodore Racksole no supo qué decir. Estaba tan asombrado por lo que sucedía, en especial por la absoluta y sublime calma de Rocco, que el habla y el pensamiento le fallaron.

—Me doy por vencido —dijo Rocco—. Desde el momento en que entró usted en este maldito hotel, me puse nervioso. Se lo dije a Jules. Ya sabía que habría problemas con alguien de su temple y estaba en lo cierto. Insisto: me doy por vencido. Sé distinguir cuándo he perdido. No tengo revólver ni armas. Me rindo. Obre usted como quiera.

Y tras esto, Rocco se sentó en una silla. Se comportó admirablemente. Solo un verdadero gran hombre podía haber obrado así. Rocco sabía mantener la dignidad.

Por respuesta, Racksole entró lentamente en el gran apartamento, tomó una silla y, acercándose a la silla de Rocco, se sentó frente a él, cara a cara, con las rodillas casi tocándose, ambos con sus buenos trajes. A mano derecha de Rocco estaba la cama con el cadáver de Reginald Dimmock. A la derecha de Racksole, un poco por detrás de él, estaba el baño de mármol, con los instrumentos de Rocco esparcidos. La luz eléctrica brillaba en la mejilla izquierda de Rocco, dejando el otro lado de la cara en penumbra. Racksole le golpeó suavemente en la rodilla dos veces.

—Así que usted es un inglés que simula ser extranjero en mi hotel —indicó Racksole, iniciando el interrogatorio.

—No soy inglés —dijo Rocco con calma—. Soy ciudadano de los Estados Unidos.

—¡Es usted americano! —exclamó Racksole.

—Sí. Nací en West Orange, New Jersey, en el Estado de Nueva York. Me hago pasar por italiano porque fue en Italia donde me hice un nombre como chef: en Roma. Es mejor para un gran chef como yo ser extranjero. Imagínese un gran chef que se llamase Elihu P. Rucker. Resulta imposible imaginarlo. He cambiado de nacionalidad por la misma razón que mi hermano y colega Jules, que se llama Jackson, ha cambiado la suya.

—Así que Jules es su amigo y colega, vaya.

—Lo era, pero ya no. Desde hace una semana desapruebo su proceder, y esa desaprobación será efectiva a partir de ahora.

—¿Lo será? —dijo Racksole—. Creo que no, Sr. Elihu P. Rucker, ciudadano de los Estados Unidos. Dentro de muy poco estará usted en las amables manos de la policía y sus actividades, sean las que sean, terminarán abruptamente.

—Es posible —suspiró Rocco.

—Entretanto le haré una o dos preguntas para mi interés privado. Usted sabe que el juego ha terminado, por lo que me las podrá contestar con toda franqueza. ¿De acuerdo?

—De acuerdo —replicó Rocco, tranquilo—. Pero me temo no le podré contestar a todo. Haré lo que pueda.

—Bien —dijo Racksole aclarándose la garganta—. ¿Cuál es el objetivo de toda esta

maquinación? Dígamelo en una palabra.

—Ni en una ni en mil palabras. No la he ideado yo, usted lo sabe.

—¿Por qué fue envenenado el pobre Dimmock? —La voz del millonario se suavizó mientras miraba por un instante el cadáver del infortunado joven.

—No lo sé —dijo Rocco—. No me importa informarle que me opuse a esa parte del asunto. No supe nada hasta que se produjo y me irritó considerablemente.

—¿Quiere decir que no sabe por qué murió Dimmock?

—Quiero decir que no conozco el motivo. Por supuesto que él… murió porque trató de descolgarse del plan, tras haberse comprometido al mismo. No me importa afirmarlo, aunque usted tenga una opinión formada. Pero declaro solemnemente que me opuse a ese asesinato.

—Así que fue un asesinato.

—Una especie de asesinato —admitió Rocco.

—¿Quién lo cometió?

—Desagradable pregunta —dijo Rocco.

—¿Quién está en la trama además de Jules y usted?

—No lo sé, por mi honor.

—Bien, entonces dígame esto: ¿qué estaba usted haciendo con el cuerpo de Dimmock?

—¿Cuánto rato lleva usted en el lavabo? —dijo Rocco escabulléndose de la pregunta con sublime aplomo.

—No me pregunte, Sr. Rucker —dijo Theodore Racksole—. Estoy empezando a tener ganas de romperle la espalda con la rodilla. Le aconsejo que no me provoque. ¿Qué le estaba usted haciendo al cuerpo de Dimmock?

—Lo embalsamaba.

—¿Lo embalsamaba?

—En efecto; el sistema de inyección de líquido arterial mejorado por mí. Usted no conoce que entre mis saberes está el arte de embalsamar, pero así es.

—Pero ¿por qué? —preguntó Racksole, más confuso que nunca—. ¿Para qué embalsamar el cadáver de ese pobre tipo?

—¿No lo sabe? Se ha de tener cuidado con ese cadáver. Contiene, o mejor contenía, serias evidencias que afectan a personas desconocidas para la policía. Es preciso, por tanto, trasladarlo de un sitio a otro. Un cadáver no puede esconderse durante mucho tiempo: traiciona fácilmente. Si es arrojado al Támesis, en doce horas lo encuentran. Puede ser enterrado, pero no es seguro. Se le ha de mantener, pues, disponible, transportable, preparado para emergencias. No necesito decirle que sin embalsamarlo no se puede mantener un cadáver en condiciones más de cuatro o cinco días. No se puede esconder. Así que me sugirieron que lo embalsamara y así hice. Entiéndame: me opongo al asesinato pero ya no voy a la escuela. ¿Comprende? Bien, ya se lo he explicado todo.

Rocco se arrellanó en la silla como si hubiera dicho cuanto debía decir y cerró los ojos para indicar que, en lo que a él concernía, la conversación se daba por terminada. Theodore Racksole se levantó.

—Espero —dijo Rocco abriendo los ojos de golpe—. Espero que llame a la policía sin tardanza. Se está haciendo tarde y no me gustaría no poder dormir esta noche.

—¿Y dónde supone que dormirá usted esta noche? —preguntó Racksole.

—En el calabozo, por supuesto. Ya le he dicho que sé distinguir cuándo he perdido. No soy tan ciego como para no advertir que hay un caso de primera instancia contra mí.

Espero salir tras los uno o dos años de cárcel reglamentarios. En cualquier caso, estoy en disposición de probar que no estoy implicado en el asesinato de ese infortunado majadero —señaló, con un extraño y burlón gesto de su codo, hacia la cama—. ¿Nos vamos ya? Todos duermen, pero algún policía habrá al que pueda llamar el conserje de la puerta principal. Estoy a su servicio: bajemos juntos, Sr. Racksole. Le doy mi palabra de no intentar nada.

—Espere un momento —dijo Theodore Racksole con sequedad—. No hay prisa. No quiero privarle de ninguna hora de sueño, especialmente ahora que no tiene nada que hacer mañana. Pero quiero formularle una o dos preguntas más.

—¿Y bien? —murmuró Rocco con aire de resignación cansada, como si dijera: «Lo que ha de ser, ha de ser».

—¿Dónde estaba el cadáver de Dimmock durante los tres o cuatro días siguientes a su muerte?

—¡Oh! —contestó Rocco aparentemente sorprendido por la simplicidad de la pregunta—. En mi habitación. Y, una noche, en el tejado. Una de las veces salió del hotel como equipaje pero volvió al día siguiente en un cajón de azúcar Demerara. No recuerdo dónde más ha estado. Pero, eso sí, en todo momento ha sido bien tratado y guardado.

—¿Y quién maquinaba todas estas maniobras? —preguntó Racksole con tanta tranquilidad como pudo.

—Yo. Es decir, yo las planeaba y encargaba que las realizaran. Ya ve, las sospechas de su policía me obligaron a ser particularmente mañoso.

—¿Y quién lo llevaba a cabo?

—¡Ah! Sería largo de explicar. Pero no me importa asegurarle que mis cómplices eran inocentes. Para alguien como yo es absurdamente fácil hacer lo que quiera con mis subordinados, absurdamente fácil.

—¿Qué pretendían hacer con el cadáver, al final? —prosiguió Racksole con impertérrita compostura.

—¿Quién sabe? —dijo Rocco, retorciendo su bello mostacho—. Dependía de varias cosas: de su policía, por ejemplo. Pero, probablemente, al final hubiésemos devuelto ese barro mortal —de nuevo sacudió el codo— a sus afligidos parientes.

—¿Sabe quiénes son?

—Por supuesto. ¿Usted no? Si no lo sabe, le insinuaré que Dimmock tiene a un príncipe por padre.

—Me parece —dijo Racksole con frío sarcasmo— que se ha comportado con mucha torpeza eligiendo esta habitación como escenario de sus operaciones.

—No lo crea —dijo Rocco—. No había otro apartamento más adecuado en todo el hotel. ¿Quién hubiera pensado que algo pudiese ocurrir aquí? Era el lugar más seguro para mí.

—Eso imagino —dijo Racksole sintéticamente.

—Sí, se lo imagina, Sr. Racksole. Pero no contaba con usted. Es usted el más listo de todo este tinglado. Usted es americano y no contaba con que me las habría de ver con alguien de esa nacionalidad.

—Me pareció que había logrado asustarle este mediodía.

—En lo más mínimo.

—¿No le asustaba un registro?

—Sabía que no se llevaría a cabo. Sabía que usted solo quería asustarme. Debe otorgarme algo de sagacidad y perspicacia, Sr. Racksole. Cuando me habló usted en la

cocina, esta tarde, supe que estaba tras la pista. Pero no me asusté. Simplemente decidí que no había tiempo que perder, que debía actuar enseguida. Y así lo hice, pero, supongo que no con la necesaria celeridad. Le concedo que fue usted más rápido que yo. Pero bajemos ya, se lo ruego.

Rocco se levantó y fue a la puerta. Instintivamente, Racksole corrió hacia él y le tomó por el hombro.

—¡Ningún truco! —le advirtió Racksole—. Está usted bajo mi custodia, no lo olvide.

Rocco dirigió a su jefe una mirada de gentil y digna ironía.

—¿No le he dicho que no intentaría nada?

Racksole sintió vergüenza por un segundo. Se le ocurrió que un hombre de altura, la posee está en el crimen.

—¡Qué insensato es usted! —dijo Racksole deteniéndole en el umbral—. Con su talento, con su gran talento y va y se mezcla en un chanchullo con este sujeto. Esta acabado. ¡Por Júpiter! Con lo grande que era en su oficio.

—Sr. Racksole —dijo Rocco muy deprisa—. Es lo más cierto que ha dicho esta noche. Era un gran hombre en mi oficio. Sí, soy un insensato inefable, ¡ay! —Y dejo caer los brazos de golpe.

—¿Y por qué se ha involucrado, pues?

—Estaba fascinado… fascinado por Jules. Él también es alguien grande. Teníamos grandes oportunidades aquí, en el Gran Babylon. Era una gran jugada, valía la pena. El importe era enorme. Lo admitiría usted si conociera los hechos al detalle. Quizá algún día llegue a conocerlos porque es usted listo para averiguar la raíz de los problemas. Sí, me vi cegado, hipnotizado.

—Y ahora está usted acabado.

—No del todo. En pocos años me recuperaré. Un hombre de genio como yo nunca está acabado mientras no haya muerto. El genio se perdona. Seré perdonado. Suponga que me envían a la cárcel. Cuando salga no seré un exdelincuente. Seré Rocco, el gran Rocco. Y la mitad de los hoteles de Europa me reclamarán.

—Déjeme decirle, de hombre a hombre, que se ha degradado usted por completo. No tiene excusa.

—Lo sé —dijo Rocco—. Pero bajemos ya.

Racksole estaba notablemente impresionado por este hombre, por este espíritu superior a quien le pagaba tres mil libras al año. Llegó a sentir pena por él. Y así, codo con codo, el captor y el capturado avanzaron por el largo y desierto corredor del hotel.

Rocco se detuvo ante la verja del ascensor.

—Estará cerrado —dijo Racksole—. Tendremos que ir por las escaleras.

—Tengo una llave. Siempre llevo una encima —dijo Rocco, sacando una del bolsillo y abriendo con ella la reja. Racksole sonrió ante su prontitud y aplomo.

—Después de usted —dijo Rocco con una elegante inclinación, y Racksole entró en el ascensor.

Con la rapidez de un relámpago, Rocco empujó la reja, que se cerró automáticamente. Theodore Racksole quedó prisionero dentro del ascensor mientras Rocco quedaba libre en el corredor.

—Adiós, Sr. Racksole —le dijo con afabilidad, inclinándose de nuevo, más pronunciadamente que antes—. Adiós: odio obrar de esta manera, pero reconocerá que ha sido usted muy incauto. Es astuto, como le he dicho, pero hasta cierto punto. Por encima de

ese punto es cuando brilla mi habilidad. De nuevo, adiós. Después de todo, no voy a dormir esta noche, pero será mejor que dormir en una celda de la policía. Si hace mucho ruido tal vez se despierte alguien y le saquen del ascensor. Pero yo le aconsejaría que esperara hasta mañana. Resultará más digno. Por tercera vez, adiós.

Y tras esto, Rocco, sin prisa, se marchó por el corredor hasta perderse de vista.

Racksole no dijo una palabra. Estaba demasiado irritado consigo mismo para hablar. Apretó los puños y los dientes y retuvo el aliento. En el silencio ambiental podía oír los pasos de Rocco alejándose por la tupida alfombra.

Era la mayor jugada que le habían hecho a Racksole en su vida.

A la mañana siguiente, entre los distinguidos huéspedes del Gran Babylon, corrió el rumor de que, por accidente, el millonario propietario del hotel se había quedado toda la noche encerrado en el ascensor. También se comentó que Rocco se había peleado con el nuevo dueño y se había ido del lugar. Una duquesa dijo que la marcha de Rocco podía representar la ruina del hotel, a lo que su marido le advirtió que no dijese tonterías.

En cuanto a Racksole, envió un mensaje al policía encargado del asunto Dimmock y le explicó con decisión lo sucedido la noche anterior.

Para alguien del temperamento de Racksole, la historia aparecía como una auténtica odisea.

—¡Extraña historia! —comentó el detective Marshall sin poder disimular una sonrisa—. Lo sucedido ha sido lamentable pero nos proporciona buenas pistas.

Racksole no dijo nada.

—Precisamente tengo un indicio —dijo el detective—. Cuando me llegó su mensaje, me disponía a visitarle. Quiero que me acompañe a cierto lugar no lejos de aquí. ¿Quiere venir ahora mismo?

—Con placer —dijo Racksole.

En ese instante un botones entró con un telegrama. Racksole lo abrió y lo leyó: «Por favor, ven de inmediato. Nella. Hotel Wellington. Ostende».

Racksole miró su reloj.

—No puedo ir con usted —le dijo al detective—. He de ir a Ostende ahora mismo.

—¿A Ostende?

—Sí, a toda prisa.

—Pero, Sr. Racksole —protestó el detective—. Mi asunto es urgente.

—También el mío —dijo Racksole.

Diez minutos más tarde se hallaba camino de la estación Victoria.

Capítulo 15

Final de la aventura en el yate

Debemos ahora volver a Nella Racksole y al príncipe Aribert de Posen a bordo del yate sin nombre. El primer trabajo del Príncipe fue poner a buen recaudo a Jules, o Tom Jackson, atándole con cuerdas. Aunque Jackson estaba completamente inconsciente, con una fuerte contusión bajo la oreja, no se sabía si podía volver en sí y actuar con gran violencia. Le ataron, pues, de brazos y piernas en un poste.

—Espero que no se muera —dijo Nella—. Le veo muy pálido.

—Los místeres Jackson de este mundo —dijo el príncipe Aribert, sentencioso— no mueren hasta que son ahorcados. Por cierto, me pregunto a qué se debe que nadie haya intervenido. Tal vez se hallen discretamente prevenidos por mi revólver, o su revólver, quiero decir.

Ambos, él y Nella, miraron hacia el imperturbable timonel, que mantenía el yate en la debida dirección. Por entonces estaban a un par de millas de la costa belga.

Hablándole en francés, el Príncipe ordenó al marinero que cambiara de rumbo y que se dirigiera al puerto de Ostende. Pero el sujeto no hizo el menor caso a lo que se le decía. El Príncipe levantó, entonces, el revólver con la idea de atemorizarle, y entonces el hombre empezó a hablar con rapidez en una mezcla de francés y flamenco. Dijo que había recibido de Jules órdenes estrictas de no interferir de ningún modo, sucediera lo que sucediese en la cubierta del yate. Él era el capitán de la nave y debía dirigirse a cierto puerto inglés, el nombre del cual no podía decir. Las órdenes eran mantener el barco a todo vapor bajo cualquier circunstancia. Parecía un tipo duro y obstinado, a lo que el Príncipe no supo cómo reaccionar. Preguntó algunas más cosas, pero lo único que logró fue que el hombre se pusiera triste y malhumorado.

En vano el príncipe Aribert le explicó que Nella Racksole, hija del millonario Theodore Racksole, había sido raptada por Tom Jackson. En vano blandió el revólver amenazadoramente: el desabrido pero corajudo capitán le dijo que de nada serviría; tenía instrucciones y las llevaría a cabo como fuese. Sarcásticamente, pidió a su interlocutor que recordara que él era el capitán de la nave.

—No voy a dispararle, creo —dijo el Príncipe a Nella—. Solo le heriré en la pierna o algo por el estilo.

—Sería bastante arriesgado y excesivo con este pobre capitán con sentido del deber tan acentuado —dijo Nella—. Y además, la tripulación se nos podría echar encima. No, debemos pensar otra cosa.

—Me pregunto dónde estará la tripulación —dijo el príncipe.

En ese momento, Jackson, postrado y atado en el puente, mostró signos de recuperarse de su desmayo. Sus ojos se abrieron, mirando con aturdimiento a su alrededor. Finalmente se fijó en el Príncipe, que se aproximaba con el revólver.

—¿Es usted? —murmuró fatigosamente—. ¿Qué hace a bordo? ¿Quién me ha atado así?

—¡Escuche! —replicó el Príncipe—. No quiero dar explicaciones. Este yate debe regresar de inmediato a Ostende, en donde le entregaré a las autoridades.

—¿De veras? —Gruñó Tom Jackson—. Está bien —entonces habló en francés al

timonel—: ¡Eh, André! Que estas dos personas regresen en el bote.

Fue una situación peculiar. Solo seguro de poseer la pistola, el Príncipe no supo si adoptar medidas contundentes o bien aceptar la situación con toda la dignidad que posibilitaban las circunstancias.

—Tomemos el bote —dijo Nella—. En una hora remando, llegaremos a la costa.

Al Príncipe le pareció una decisión acertada. Desde luego, abandonar el yate de esa manera parecía un poco deshonroso y, además, implicaba que ese decidido canalla, Thomas Jackson, escaparía impune. Pero ¿qué otra cosa podían hacer? El príncipe y Nella constituían una mera banda en el yate; conocían sus propias fuerzas, pero no las de sus oponentes. Tenían al capitoste sujeto y cautivo, pero todavía era capaz de dar órdenes, y amordazarlo no les iba a ser de ayuda si el capitán del yate persistía en su obstinada actitud. Además, había una clara objeción a ponerse a disparar indiscriminadamente; no se sabía cuándo podría acabar.

—Está bien: tomaremos el bote —dijo con rapidez el Príncipe al capitán.

Sonó una campanilla abajo y un marinero y el chico negro aparecieron en el puente. El giro de la hélice devino más lento. El yate se detuvo. El bote fue bajado al gua. Cuando el Príncipe y Nella se disponían a bajar a la pequeña embarcación, Jackson se dirigió a Nella, atado como estaba.

—Adiós —dijo—. No tema, nos veremos nuevo.

En un instante estuvieron en el bote y este se puso en marcha. La hélice del yate golpeó de nuevo las aguas y la hermosa nave se alejó de ellos. Una figura apareció entonces en proa. Era Tomas Jackson.

Sus hombres le habían liberado. Sujetaba un pañuelo blanco en el oído y exhibió su tranquila y enigmática sonrisa a los dos desamparados pero victoriosos ocupantes del bote. Jules había sido derrotado por primera vez en su vida, o quizá sería más justo decir que había sido superado por una estrategia mejor. Era característico de su suerte que, en un momento en que había sido cogido con las manos en la masa en un serio crimen contra la sociedad, había logrado escapar indemne, sin dejar pista alguna tras él.

El mar estaba completamente calmo y azul bajo el sol matutino. El bote osciló perezosamente en la estala del yate que se alejaba. A medida que la neblina se aclaraba, se veía con más claridad la línea de la costa y parecía que Ostende estuviera a doscientos metros. La blanca cúpula del gran Kursaal brillaba bajo el pálido cielo azul turquesa, y se distinguía claramente el humo de los vapores en el puerto. En alta mar se veían una multitud de lugres de pesca, de velamen marrón, regresando con las capturas de la noche. Las multicolores casetas de baño se distinguían en la lejana playa. Todo parecía perfectamente normal. Era difícil para Nella o su compañero asumir que algo extraordinario había sucedido en la última hora. Y sin embargo allí estaba el yate, ya a una milla de distancia, para probarles que algo extraordinario había, en efecto, sucedido hacía bien poco. El yate dejó de estar a la vista, así como la siniestra figura que lo timoneaba.

—Supongo que Jules estaba demasiado sorprendido y demasiado débil para preguntarse cómo es que yo estaba en el yate —dijo el Príncipe mientras remaba.

—¡Es verdad! ¿Cómo estabas ahí? —preguntó Nella con el rostro iluminado de pronto—. Había olvidado ese aspecto.

—Debo empezar por el principio, y eso me tomará un tiempo —respondió el Príncipe—. Aunque creo que será mejor retrasar el relato hasta que estemos en tierra.

—Yo puedo remar mientras me cuentas —dijo Nella—. Quiero saberlo todo.

Él le sonrió feliz, aunque declinó, con afabilidad, dejarle los remos.Tj 2re3(i)-2 a [(9c)4

vio a dos veteranos jugadores apostar su dinero, perderlo e irse tranquilamente del lugar; vio a la banca ganar cincuenta mil francos en una sola vuelta.

—Esto es bastante divertido —dijo finalmente—, pero las apuestas son demasiado pequeñas para que el asunto sea realmente excitante. Estoy dispuesto a ganar.

—¿Por qué? —preguntó el Príncipe.

—Porque siempre lo hago, en los juegos de azar —respondió Racksole en alegre confidencia—. Es mi destino. Esta noche, debe usted recordarlo, seré un ganador, conocerá usted lo que se llama la suerte del novato.

En diez minutos, en efecto, el crupier de la mesa debió suspender las operaciones a la espera de que le trajeran más efectivo.

—¿Qué le dije? —comentó Racksole mientras iba hacia otra mesa de la sala. Un centenar de curiosos fueron tras él. Una mujer mayor, cuyo vistoso atavío sugería una falsa juventud, le pidió en francés que apostara una pieza de cinco francos por ella y le entregó la moneda. Él la cogió y le dio un pagaré de cien francos a cambio. Ella agarró la crujiente hoja y, con rapidez histérica, volvió a su mesa.

En la segunda mesa había un aire de considerable excitación. Destacaba entre los jugadores una mujer con vestido de noche de seda negra y un amplio sombrero rojo. Debía tener unos veintiocho años; ojos negros, labios gruesos y una nariz claramente judaica. Era hermosa, pero su belleza era del tipo temible y siniestro que atribuye a la diosa Juno. Esa mujer era el centro de atención. Los asistentes decían que había ganado ciento sesenta mil francos ese día.

—Tenía usted razón —susurró el príncipe Aribert a Theodore Racksole—: es la mujer de Berlín.

—Claro que lo es. ¿Le ha visto? ¿Le conoce?

—Probablemente me conozca pero aún no me ha visto.

—Póngase tras ella. Voy a entretener un poco a esa mujer.

Mediante pura y cuidadosamente ejercida diplomacia, Racksole logró sentarse en un lugar frente a la mujer del sombrero rojo. La fama de su éxito en la otra mesa le acompañaba y la gente le miraba como a un serio y formidable jugador. En la primera vuelta, la mujer puso mil francos en el doble cero; Racksole puso cien en el diecinueve y mil en impares.

Ganó el diecinueve. Racksole recibió cuatro mil francos a cambio de cien. Nueve veces seguidas Racksole jugó al diecinueve e impares y nueve; la mujer jugó al doble cero. Nueve veces ganó Racksole y nueve perdió la dama. Los otros jugadores, percibiendo que el asunto se resolvía en un duelo, se apartaron, en su mayor parte, y miraron el juego de los dos rivales. El Príncipe no se movió de detrás del sombrero rojo. El juego continuó. Racksole perdía pequeñas cantidades de vez en cuando, pero el noventa y nueve por ciento de la suerte estuvo de su parte. Como señaló un espectador inglés del juego: «Es imposible que pierda». Cuando fue medianoche, la mujer del sombrero rojo ya no poseía más de mil francos. Luego tuvo una vena de suerte que duró media hora, pero a la una sus recursos se habían agotado. De los ciento sesenta mil francos que se suponía poseía al principiar la noche, Racksole tenía en su poder noventa mil y, la banca, el resto.

Una absoluta calamidad, pues, para la Juno del sombrero rojo. Levantándose de golpe, estampó el pie en el suelo y se fue a toda prisa de la sala. A una distancia discreta, Racksole y el Príncipe la siguieron.

—Tal vez podamos averiguar algo siguiéndola —dijo Racksole.

En el exterior, a la luz de las grandes luces de arco y con el ruido de las olas

batiendo el pie del Kursaal, la Juno del sombrero rojo llamo a un carruaje y se fue rápidamente. Racksole y el Príncipe tomaron otro descubierto y fueron tras ella. No habían avanzado más de media milla cuando el príncipe Aribert detuvo el coche y, rogando a Racksole que se bajara, pagó al cochero despidiéndole.

—Estoy seguro de saber adónde va —explicó—. Lo mejor será que la sigamos a pie.

—¿Quiere usted decir que se dirige al lugar de los hechos de la noche pasada? —dijo Racksole.

—Exacto. Haremos lo que se dice de matar dos pájaros de un tiro.

La suposición del príncipe Aribert era cierta. El coche de la mujer se había detenido frente a la casa donde Nella Racksole y la Srta. Spencer se habían entrevistado la noche anterior. La mujer desapareció en el interior del inmueble justo cuando los dos hombres aparecían al final de la calle. En vez de avanzar a lo largo de la misma, el Príncipe llevó a Racksole al sendero que conducía a la parte trasera de las casas y fue contándolas mientras avanzaba. En pocos minutos habían trepado furtivamente el muro y se movían con infinito sigilo por el terreno, a medias asfaltado y ajardinado, hasta que se agazaparon bajo una ventana con cortinas y medio abierta.

—Escuche —dijo el Príncipe con un levísimo susurro—: están hablando.

—¿Quiénes?

—La mujer de Berlín y la Srta. Spencer. Estoy seguro que es la voz de la Srta. Spencer.

Racksole empujó con audacia la ventana hasta abrirla un poco más y puso el oído en la abertura a través de la cual se veía un rayo de luz amarilla.

—Ocupe mi lugar —le susurró al Príncipe—. Están hablando en alemán. Usted entenderá mejor.

Silenciosamente, intercambiaron sus lugares bajo la ventana y el Príncipe se puso a escuchar con atención.

—¿Entonces rehúsa usted? —le decía la visitante de la Srta. Spencer a esta.

No hubo respuesta por parte de la Srta. Spencer.

—¿Ni siquiera mil francos? Ya le he dicho que he perdido los veinticinco mil en su totalidad.

De nuevo no hubo respuesta.

—Entonces iré a contarlo todo —continuó la mujer con voz airada—. He hecho lo que le prometí. Le seduje y le traje aquí. Usted le tiene ahora en su sótano, al pobre. Y no puede darme ni mil míseros francos.

—Ya se le pagó en su momento —las palabras eran de la Srta. Spencer y sonaron frías y tranquilas en la noche.

—Quiero otros mil.

—No los tengo.

—Entonces ya verá.

El príncipe Aribert oyó un crujido de faldas volantes y luego otro movimiento: una puerta cerrándose y el rayo de luz que salía por la ventana desapareció de pronto. El Príncipe abrió la ventana del todo. La habitación estaba a oscuras y, en apariencia, vacía.

—Deme la linterna —dijo, ansioso, a Theodore Racksole después de traducirle la conversación entre las dos mujeres. Racksole le entregó la linterna, tras sacarla del hondo bolsillo de su polvoriento chaquetón y la dirigió a la estancia. El rayo incidió en el suelo.

—¿Qué es? —exclamó el príncipe Aribert con un breve grito, señalando al piso. La

linterna iluminaba una rejilla a sus pies, a través de la que se veía una celda. Ambos hombres se arrodillaron y observaron ese reducto subterráneo. En una silla rota, estaba sentado un hombre joven con los ojos cerrados, la cabeza colgada sobre el pecho.

A la débil luz de la linterna tenía la lívida y fantasmal apariencia de un cadáver.

—¿Quién puede ser? —dijo Racksole.

—Eugen —fue la respuesta del Príncipe en voz baja.

Capítulo 17

La liberación del príncipe Eugen

—¡Eugen! —le llamó sigilosamente el príncipe Aribert. Al oír su nombre, el joven de la celda levantó lentamente la cabeza y miró hacia la reja que le separaba de sus dos liberadores. Pero pareció que no los reconocía. Miró de manera vaga, por unos segundos, los ojos parpadeando al resplandor de la linterna, para, finalmente, su cabeza caer lentamente de nuevo sobre el pecho. Iba vestido con un traje oscuro de viaje y Racksole observó que una manga, la izquierda, estaba rasgada por la parte superior del puño y que había manchas de suciedad en el hombro izquierdo. Un cuello de lino sucio, blando y sin abotonar rodeaba en parte su garganta y sus botas marrones tenían los cordones sueltos. Por el suelo había una gorra, un pañuelo, un trozo de cadena de reloj y unas monedas de oro. Racksole dirigió la linterna hacia los ángulos de la celda, pero no halló otro mobiliario excepto la silla donde se hallaba sentado el Príncipe heredero de Posen y una pequeña mesa donde había un plato y una copa.

—Eugen —gritó el príncipe Aribert una vez más, pero esta vez su sobrino no respondió, a lo que Aribert añadió en voz baja a Racksole—: Quizá no puede vernos con claridad.

—Pero seguramente reconocerá su voz —dijo Racksole en un áspero y lúgubre tono. Hubo una pausa y los dos hombres se miraron dudosamente. Ambos sabían que debían entrar en la celda y sacar de ella al príncipe Eugen, pero ambos temían dar el siguiente paso.

—¡Gracias a Dios que no está muerto! —dijo Aribert.

—Puede que esté peor que muerto —replicó Racksole.

—¿Peor que eso? ¿Qué quiere usted decir?

—Pues que puede que haya perdido la razón.

—¡Vamos! —Casi gritó Aribert con un súbito acceso de energía que le impulsaba a actuar. Arrebatándole la linterna a Racksole, penetró en la oscura habitación donde había oído la conversación de la Srta. Spencer y la dama del sombrero rojo. Racksole se quedó inmóvil junto a la ventana.

—¡Vamos! —insistió el Príncipe y su solicitud sonó imperiosa—. ¿De qué tiene miedo?

—No lo sé —dijo Racksole sintiéndose estúpido y extraño—. No lo sé.

Acto seguido entró con el Príncipe en la habitación. Sobre la repisa de la chimenea había un par de candelabros acabados de apagar y, de modo mecánico, sin pensar, Racksole los encendió y los dos hombres miraron por toda la estancia. No presentaba nada especial; era una habitación corriente, bastante pequeña, bastante sórdida, con un feo empapelado y feas pinturas en feos marcos. Tirada sobre una silla había una chaqueta de traje de hombre. La puerta estaba cerrada. El Príncipe giró el pomo pero no logró abrirla.

—Está cerrada —dijo—. Evidentemente, saben que estamos aquí.

—Absurdo —dijo Racksole con brusquedad—. ¿Cómo lo van a saber? —Y sujetando el pomo, agitó con fuerza la puerta y esta se abrió—. Ya le dije que no estaba cerrada —añadió, y este pequeño éxito al abrir la puerta pareció darle aplomo. Era un curioso efecto psicológico: el miedo (pues parecía serlo) de dos valerosos adultos ante la

presencia de una desvalida criatura en una celda. Gradualmente se fueron recobrando. Enseguida se hallaban en el pasillo que llevaba a la puerta principal de la casa. Estaba abierta. Miraron hacia la calle, arriba y abajo, pero no había nada a la vista. La calle, iluminada por las farolas, parecía extrañamente siniestra y misteriosa.

—Se ha ido, está claro —dijo Racksole, refiriéndose a la mujer del sombrero rojo.

—¿Y cree que la Srta. Spencer se ha ido con ella? —preguntó Aribert.

—No. Ella se habrá quedado. No se atreverá a salir. Busquemos la escalera que baja a la celda.

Los peldaños no fueron difíciles de encontrar: al dar un paso hacia atrás, el Príncipe casi se cayó por ellos. La linterna mostró que estaban construidos en curva.

Silenciosamente Racksole tomó la linterna y bajó primero, con el Príncipe detrás de él. Al pie, había un corto pasadizo y, en este pasillo, estaba agazapada la figura de una mujer. Sus ojos se apartaron ante la luz de la linterna como los de un gato a medianoche. Cuando los hombres se acercaron vieron que era la Srta. Spencer. Estaba medio arrodillada sobre una baldosa del suelo y en una mano llevaba lo que parecía una daga pero que en realidad era algo tan poco romántico como un cuchillo de cortar pan.

—Les he oído, les he oído —exclamó—. Márchense. No deben estar aquí.

Había una expresión de desesperación y peligro en su cara y temblaba con pasional energía que no podía controlar.

—Mire, Srta. Spencer —dijo Racksole con calma—. Ya está bien de todo este escándalo. Levántese y salga o tendremos que sacarla nosotros.

Y acto seguido fue tranquilamente hacia ella, linterna en mano. Sin más palabras, le arrebató el cuchillo de la mano y la linterna cayó al suelo y se apagó. Racksole dio un grito, más de irritada sorpresa que de dolor, y retrocedió unos pasos. En la oscuridad, los dos hombres aún podían ver el brillo de los ojos de la mujer.

—Le he dicho que no debe estar aquí —insistió la mujer—. Márchese.

Racksole rio de buena gana con una risa extraña que no pudo evitar. La idea de esta mujer, su antigua empleada, tratando de detenerles a él y al Príncipe mediante un cuchillo de cortar pan le parecía irresistiblemente cómica. Encendió una cerilla, y de nuevo la lámpara, y se enfrentó a la Srta. Spencer una vez más.

—Voy a hacerlo de nuevo —dijo la mujer con resolución.

—¡Oh, no, usted no hará nada, amiga mía! —dijo Racksole; y sacando el revólver, lo preparó y apuntó a la Srta. Spencer.

—Tire al suelo ese juguete —dijo con firmeza.

—No —respondió ella.

—Voy a disparar —insistió él—. A la una, a las dos, a las tres.

¡Bang, bang! Racksole falló intencionadamente los dos disparos. Pero la Srta. Spencer no retrocedió. Racksole se quedó tremendamente sorprendido y aún lo hubiese estado mucho más si hubiese visto la conducta de la mujer, el día antes, frente a la amenaza de Nella.

—Tiene usted carácter —dijo—. Pero de nada le servirá. ¿Por qué no nos deja pasar?

De hecho, carácter era lo que en realidad no tenía; simplemente subordinaba un terror a otro. Estaba sumamente atemorizada por el revólver de Racksole, pero aún lo estaba más de otra cosa.

—¿Por qué no nos deja pasar?

—No puedo —dijo, en tono quejumbroso—. Tom me lo ha ordenado.

No dijo más. Los hombres pudieron ver las lágrimas cayendo por las arrugadas mejillas. Theodore Racksole empezó a quitarse el chaquetón.

—Está visto que tendré que quitarme la chaqueta —dijo, casi sonriendo. Y entonces, con un rápido movimiento, arrojó la chaqueta a la cara de la Srta. Spencer, abalanzándose sobre la mujer, sujetándola por ambos brazos con la ayuda del príncipe Aribert.

La pelea acabó enseguida: la Srta. Spencer fue vencida de inmediato.

—Perfecto —dijo Racksole—. Jamás hubiera disparado, por supuesto.

Se llevaron a la mujer —que no opuso resistencia— escaleras arriba y en el piso superior la encerraron en un cuarto. Allí se quedó, tendida en la cama, exhausta.

—Vayamos ahora por mi pobre Eugen —dijo el Príncipe.

—¿No sería mejor registrar la casa? —sugirió Racksole—. Sería más seguro para conocer nuestra situación. No podemos permitirnos que alguien nos sorprenda y ataque, ya sabe.

El Príncipe estuvo de acuerdo y se pusieron a registrar la casa de arriba abajo. Pero no encontraron a nadie. Después, tras cerrar la puerta de la calle y la ventana de la habitación, volvieron a la celda.

Aquí se encontraron con un nuevo obstáculo. La puerta de la celda estaba, por supuesto, cerrada. No había señal de llave alguna y la puerta parecía muy sólida. Debieron regresar a donde habían encerrado a la Srta. Spencer para pedirle la llave de la celda. Encontraron a la mujer inmóvil sobre la cama.

—La tiene Tom —respondió débilmente a la pregunta—. Se lo juro, la tiene él. Se la quedó para mayor seguridad.

—Entonces, ¿cómo alimenta usted al prisionero? —preguntó Racksole con aspereza.

—A través de la reja —respondió.

Ambos hombres se estremecieron. Se convencieron de que decía la verdad. Por tercera vez fueron a la puerta de la celda. En vano empujó Racksole; solo pudo sacudirla un poco.

—Intentémoslo los dos a la vez —dijo el Príncipe—. ¡Ahora! —Se oyó un crujido.

—¡Otra vez! —dijo el Príncipe. Hubo otro crujido y entonces la bisagra superior cedió. El resto fue fácil. Con la puerta en el suelo, ambos entraron en la celda.

El cautivo todavía estaba sentado en la silla. El tremendo ruido que hizo la puerta al caer no parecía haberle despertado de su letargo, pero cuando el Príncipe le habló en alemán, miró a su tío.

—¿Vendrás con nosotros, Eugen? —le dijo el Príncipe—. Ya estás libre.

—Dejadme solo —fue la extraña respuesta—. Dejadme en paz. ¿Qué queréis de mí?

—Estamos aquí para sacarte de este lío —dijo Aribert con amabilidad, con Racksole junto a él.

—¿Quién es ese tipo? —dijo Eugen, áspero.

—Mi amigo Racksole, un inglés; o, mejor, un americano a quien le debo mucho. Vamos a cenar, Eugen.

—No quiero —respondió el cautivo obstinado—. La estoy esperando. ¿No pensaréis que alguien me retiene aquí en contra de mi voluntad? La estaba esperando, simplemente. Me dijo que volvería.

—¿De quién hablas? —preguntó Aribert con delicadeza.

—¡De ella! ¡Ya sabes! Había olvidado que no lo entenderías, claro. No deberías

preguntar. No te entrometas, tío Aribert. Lleva un sombrero rojo.

—Te llevaré hasta ella, querido Eugen —y Aribert le puso la mano en el hombro, pero el sobrino la rechazó con violencia, se puso en pie y luego se sentó de nuevo.

Aribert miró a Racksole y ambos miraron al príncipe Eugen. La cara de este estaba roja y Racksole observó que la pupila izquierda la tenía más dilatada que la derecha. El hombre se sobresaltó, musitando extraños y fragmentados trozos de frase, refunfuñando y lamentándose.

—Tiene la mente desquiciada —susurró Racksole en inglés.

—¡Silencio! —dijo Aribert—. Entiende el inglés —pero el príncipe Eugen pareció no escuchar el breve coloquio.

—Mejor que lo llevemos arriba de algún modo —dijo Racksole.

—Sí —asintió Aribert—. Eugen, la señora del sombrero rojo que esperabas está arriba. Nos ha encargado que te pidamos que subas a verla. ¿Quieres venir?

—¡*Himmel*![5] —exclamó en alemán el pobre sujeto, un poco enfadado—. ¿Por qué no me lo habéis dicho antes?

Se levantó, fue tambaleándose hacia Aribert y cayó redondo al suelo. Se había desmayado. Los dos hombres lo levantaron, lo subieron por los escalones y lo dejaron con infinito cuidado sobre un sofá. Quedó allí, respirando extrañamente por las ventanas de la nariz, los ojos cerrados, los dedos contraídos: de vez en cuando, una convulsión le recorría el cuerpo.

—Uno de los dos debe ir a buscar al doctor —dijo Aribert.

—Yo iré —dijo Racksole. En ese instante se oyó un rápido y breve golpe en la ventana y ambos hombres se sobresaltaron. A través del cristal vieron una cara de mujer pegada a él. Era Nella.

Racksole abrió la ventana y la muchacha entró.

—Os he encontrado —dijo con entusiasmo—. Me lo tendríais que haber dicho. No podía dormir. Pregunté a la gente del hotel si habíais ido a dormir y me dijeron que no, así que fui en vuestra busca sospechando adónde habríais ido.

Racksole la interrumpió para preguntarle qué pretendía viniendo aquí, pero ella le detuvo con un gesto brusco.

—¿Qué es eso? —Y señaló a la figura que yacía en el sofá.

—Mi sobrino, el príncipe Eugen —dijo Aribert.

—¿Está herido? —preguntó con frialdad—. Espero que no.

—Está enfermo —dijo Racksole—. Tiene la mente alterada.

Nella empezó a examinar al Príncipe inconsciente con los movimientos seguros de una mujer con brillantes estudios de enfermera realizados en el mejor hospital de Nueva York.

—Tiene fiebre —dijo—. Eso es todo, aunque es mucho. ¿Sabéis si hay alguna cama en esta santa casa?

Capítulo 18

Por la noche

—Bajo ningún concepto deben moverlo —dijo, con mucha seguridad, el oscuro y pequeño doctor belga cuyos ojos parecían mirar burlonamente a través de las gafas.

Tal afirmación acabó con los planes de ambos. Fue un triunfo profesional de Nella que, antes de que llegase el doctor, les había dicho lo mismo. Antes de que viniese el médico se había debatido a fondo. El príncipe Aribert quería que el asunto quedase en secreto entre los tres. Racksole asintió, pero sugirió que debían transportar enseguida el paciente a Inglaterra, por arriesgado que fuese. Racksole tenía la idea de que estaría a salvo en el hotel de su propiedad y mejor capacitado para enfrentarse a cualquier situación que pudiese sobrevenir. Nella se había burlado de la idea. En su calidad de enfermera aficionada, les aseguró que el Príncipe estaba mucho peor de lo que ambos sospechaban y les urgió a que tomaran posesión de la casa hasta que el príncipe Eugen se recuperara.

—¿Y qué hacemos con la Srta. Spencer? —dijo Racksole.

—La mantendremos retenida. Y no dejaremos que entre nadie en la casa. Si Jules se presenta, simplemente le impediremos que lo haga. Eso es todo.

—Sois dos, por lo que podéis vigilar que no vuelvan los antiguos inquilinos y también a la Srta. Spencer, mientras yo cuido del paciente. Pero ante todo, debéis ir a por un médico.

—¡Un médico! —dijo Aribert, alarmado—. ¿No será preciso dar una muy embarazosa explicación de lo sucedido?

—En absoluto —replicó Nella—. ¿Para qué? En un lugar como Ostende los médicos son demasiado discretos como para hacer preguntas: están habituados a no ser curiosos. Además, ¿quiere que su sobrino muera?

Ambos hombres se sintieron subordinados a la sagaz muchacha que tomaba el mando de la situación. Le dijo a su padre que fuera en busca de un médico, y así hizo. También dio a Aribert ciertas órdenes, que este ejecutó sin falta.

Al anochecer del siguiente día, todo iba sobre ruedas. El médico vino y se marchó varias veces. Trajo medicinas y pareció optimista sobre el proceso de la enfermedad. Una mujer mayor fue encargada de cocinar y limpiar. La Srta. Spencer permaneció retenida, oculta en el piso más alto, hasta que se decidiera qué hacer con ella. Y nadie fuera de la casa hizo preguntas. Los habitantes de esa peculiar calle debían estar acostumbrados a extrañas conductas por parte de los vecinos: continuas apariciones y desapariciones, extrañas partidas y llegadas. El decidido trío, Racksole, Nella y Aribert, podían ser los legales y habituales propietarios de la casa, porque nada lo desmentía.

Por la tarde del tercer día, el príncipe Eugen empeoró. Nella estuvo junto a él día y noche.

Su padre había ido por la mañana al hotel y Aribert hacía guardia en la casa. Los dos hombres nunca estaban ausentes del inmueble al mismo tiempo y uno de ellos hacía de centinela por la noche. Esa tarde, Aribert y Nella se sentaron juntos en la habitación del enfermo. El doctor acababa de marcharse. Racksole se hallaba en el piso de abajo leyendo el *New York Herald*. El Príncipe y Nella estaban cerca de la ventana que daba al jardín trasero.

Era una estancia extrañamente sórdida y pequeña para albergar el augusto cuerpo de un noble europeo como el príncipe Eugen. Curiosamente, ambos, Nella y su padre, ardientes demócratas, estaban impresionados por la realeza e importancia del Príncipe enfermo, les impresionaba cómo no lo había hecho Aribert. Sentían que aquí, bajo su cuidado, tenían a un tipo de individuo nuevo para ellos, diferente de cuantos habían tratado antes. Hasta los gestos y tonos de su delirio tenían un aire de abrupta y condescendiente autoridad, una imponente mezcla de delicadeza y majestad. En cuanto a Nella, lo que primero le había sorprendido era la bella «E» sobre una corona que llevaba en las mangas de su camisa y también el anillo con sello de su pálida y demacrada mano. Esos pequeños signos resultaban tan efectivos como otros de más profunda pero menos inoportuna significación. Los Racksole, asimismo, observaron la actitud de Aribert hacia su sobrino: a la vez paternal y reverencial, indicando con claridad que el príncipe Aribert continuaba, pese a todo, considerando a su sobrino como su soberano y señor, aureolado de una natural e inevitable pompa y temor reverencial. Tal actitud, al principio les pareció falsa e irreal a los americanos, artificiosa, pero gradualmente se dieron cuenta de que estaban equivocados y que aunque América se había librado de la superstición monárquica, tal superstición había sobrevivido firmemente en otra parte del mundo.

—Usted y el Sr. Racksole han sido extraordinariamente amables conmigo —dijo con calma Aribert, después de estar, ambos, un rato en silencio.

—¿Por qué? ¿Cómo? —Simuló no darle importancia Nella—. Estamos interesados en este asunto, usted lo sabe. Empezó en nuestro hotel, no debe olvidar esto, Príncipe.

—No lo hago —dijo el otro—. No olvido nada. Pero no puedo evitar sentir que les he metido en un extraño embrollo. ¿Cómo es que usted y su padre se encuentran aquí, si se supone que se están de vacaciones? Pero aquí están, en una extraña casa de un país extranjero, sujetos a todo tipo de molestias y de riesgos simplemente porque ansío evitar un escándalo, evitar las habladurías con relación a mi insensato sobrino… A ustedes no les va ni les viene que el heredero de la corona de Posen se vea víctima de una desgracia pública. ¿Qué les importa si el trono de Posen acaba por ser el hazmerreír de Europa?

—Francamente no lo sé, Príncipe —sonrió socarronamente Nella—. Pero los americanos tenemos la costumbre de acabar lo que empezamos.

—¡Ah! —dijo él—. ¿Y quién sabe cómo acabará esto? Todos nuestros problemas, angustias, nuestras vigilancias, pueden no conducir a nada. Le he dicho que cuando vi aquí a Eugen y supe que no iba a averiguar lo que había sucedido hasta que se recuperase, casi me vuelvo loco. Podríamos empezar a hacer algo, a agilizar las cosas, a prepararnos para un futuro si supiéramos lo que tiene que contarnos. Le digo que estoy a punto de enloquecer. Si algo le pasa a usted, Srta. Racksole, me mataría.

—¿Y por qué habría usted de hacer nada si me pasase algo? —le preguntó Nella.

—Porque yo la he arrastrado a esto —replicó el otro mirándola fijamente—. Usted nada tiene que ver con el asunto. Se ha limitado a ser amable.

—¿Y por qué piensa que no tiene nada que ver conmigo, Príncipe? —preguntó ella enseguida.

Justo entonces el enfermo hizo un movimiento convulsivo y Nella corrió a la cama a calmarlo. Desde la cabecera del lecho miró al príncipe Aribert y él le devolvió una idéntica, brillante y excitada mirada. Nella llevaba su vestido de viaje, con un amplio delantal belga blanco atado sobre él. Amplios círculos oscuros de fatiga y sueño rodeaban sus ojos, y las mejillas las tenía hundidas y delgadas, el cabello cayéndole sobre las sienes y casi cubriéndole los oídos. Aribert no respondió a la pregunta, se limitó a mirar a Nella con

melancólica intensidad.

—Creo que iré a descansar —dijo ella finalmente—. Ya sabe cómo cuidar al paciente.

—Que duerma bien —dijo él, abriendo con delicadeza la puerta para que saliera. Luego, se quedó a solas con Eugen. Le tocaba a él hacer guardia esa noche, pues aún aguardaban alguna extraña y repentina visita, o algún ataque o movimiento de cualquier tipo por parte de Jules. Racksole dormía en el piso de abajo, en la sala de estar.

Nella estaba en la habitación principal del primer piso y la Srta. Spencer se hallaba encerrada en el ático. La mujer había estado particularmente tranquila e indiferente, aceptando la comida que le traía Nella sin hacer preguntas; la mujer que les hacía las tareas se iba por las noches a su casa, en las cercanías del puerto. Hora tras hora, el príncipe Aribert estuvo sentado junto al lecho de su sobrino, atendiendo de inmediato a cualquier solicitud, de tanto en tanto mirando a la angustiada e inexpresiva cara, como tratando de arrancarle el secreto que escondía. A Aribert le torturaba la idea respecto a que, si pudiera tener media hora o un cuarto de hora de charla racional con el príncipe Eugen todo podía aclarase y solucionarse y que, sin embargo, esa charla era absolutamente imposible por parte de Eugen hasta que la fiebre le hubiese abandonado. Mientras los minutos avanzaban en la medianoche, el guardia, nervioso por la intensa y eléctrica atmósfera que siempre parece rodear a alguien peligrosamente enfermo, se vio más y más presa de terribles aprensiones. Su mente derivaba histéricamente a través de las más fatales posibilidades.

Se preguntaba qué podría ocurrir si la mala suerte hacía que Eugen muriese en esa cama: cómo explicaría el asunto en Posen y al Emperador, cómo se lo podría justificar a sí mismo. Se imaginó juzgado por asesinato, sentenciado (él, un príncipe de sangre), llevado al patíbulo… ¡una escena sin parangón en Europa en todo un siglo!… Luego miró de nuevo al enfermo y creyó ver la muerte en cada rasgo de esa cara agonizante. Tuvo ganas de gritar. De pronto sus oídos oyeron un sonido resonante. Experimentó un sobresalto, pero no era más que el reloj de la ciudad tocando las doce. Pero hubo otro sonido: una leve y misteriosa agitación en la puerta. Escuchó y se levantó de golpe. ¡Nada! ¡No era nada! Pero aun así fue a la puerta y después de lo que le pareció un interminable intervalo, la abrió, con el corazón latiéndole violentamente. Era Nella, que yacía junto al marco de la puerta. Se hallaba vestida y, en apariencia, inconsciente. Sujetó el delgado cuerpo, lo alzó y lo llevó a la silla junto al fuego, dejándolo allí. Se había olvidado por completo de Eugen.

—¿Qué te ha ocurrido, ángel mío? —susurró y luego la besó; la besó dos veces. No podía dejar de mirarla sin saber qué hacer para ayudarla.

Al final, Nella abrió los ojos y suspiró.

—¿Dónde estoy? —preguntó vagamente, con tono tembloroso, al reconocerle—. ¿Es usted? ¿He hecho alguna tontería? ¿Me he desmayado?

—¿Qué le ha pasado? ¿Se encuentra mal? —le preguntó ansioso, arrodillado junto a ella y sosteniendo su mano con fuerza.

—He visto a Jules junto a mi cama —murmuró—. Estoy segura de que lo he visto —y rio—. Aún no me había desvestido. Me levanté, asustada, y entonces él ha desaparecido. Luego, he bajado las escaleras para venir a verle.

—Estaba usted soñando —la tranquilizó él.

—¿De veras?

—Así ha debido ser. No he oído el menor ruido. Nadie puede haber entrado. Si me permite, iré a despertar al Sr. Racksole.

—Tal vez soñaba —admitió—. ¡Qué tontería!

—Está usted agotada —le dijo él sujetando inconscientemente su mano. Se miraron el uno al otro. Ella le sonrió.

—Me ha besado usted —dijo Nella de pronto, poniéndose colorada y levantándose—. ¿Por qué me ha besado?

—¡Ah! Srta. Racksole —murmuró Aribert deprisa—. Perdóneme. Ha sido imperdonable: perdóneme. Me han dominado los sentimientos. No sabía lo que hacía.

—¿Por qué me ha besado usted? —repitió ella.

—Porque… Nella, ¡la quiero! Y no tengo derecho a decirlo.

—¿Y por qué no tiene derecho?

—Si Eugen muere, me veré obligado con Pose, deberé gobernar.

—Pues bien —dijo ella con calma y adorablemente confidencial—. Papá tiene cuarenta millones. ¿No abdicará usted?

—¡Ah! —dijo con un grito débil—. ¿Me forzará usted a hacer tal cosa? No puedo eludir mi deber hacia Posen, y el príncipe reinante solo se puede casar con una princesa.

—Pero el príncipe Eugen vivirá —dijo ella con énfasis—. Y si vive…

—Entonces seré libre. Renunciaré a todos mis derechos para hacerla a usted mía si…

—¿Si qué, Príncipe?

—Si usted acepta mi mano.

—¿Soy lo bastante rica?

—¡Nella! —dijo inclinándose ante la muchacha.

En ese momento se produjo un estrépito de cristales rotos. Aribert fue a la ventana y la abrió. A la luz de la luna vio que había una escalera puesta contra el muro de la casa. Creo oír pasos al final del jardín.

—Es Jules —le dijo a Nella, y sin más palabras subió corriendo al ático. Este estaba vacío. La Srta. Spencer había desaparecido misteriosamente.

Capítulo 19

Realeza en el Gran Babylon

Los Apartamentos Reales del Gran Babylon son famosos en el mundo hotelero y por doquier por no tener parangón. Algunos palacios en Alemania, y en particular los del loco Luis de Baviera, pueden poseer habitaciones y salas que les sobrepasan en lujo esplendoroso y en extravagancias de la riqueza; pero nada hay en ninguna parte, incluso en la Octava Avenida de Nueva York que pueda ser más perfecto, más completo, más seductor o, lo que no es menos importante: más confortable.

La *Suite* consiste en seis habitaciones: antesala, sala de audiencias, comedor, sala amarilla para recibir visitas, la biblioteca y la *Suite* Principal o de Estado, que ya hemos descrito. La más importante e impresionante de todas ellas es, por supuesto, la sala de audiencias, un apartamento de cincuenta pies de la largo por cuarenta de ancho con una soberbia vista sobre el Támesis, la Torre y las señales más elevadas del Ferrocarril del Sudoeste. La decoración de esta sala es de tipo alemán, ya que cuatro de cada seis huéspedes reales tienen sangre alemana; pero su principal gloria es el techo francés, una obra maestra de Fragonard, inspirada íntegramente en cierto palacio del Loire. Las paredes están enmaderadas de roble, con ocho pies de friso de tela de Arrás imitada de ejemplares exclusivos del continente. La alfombra de una pieza es un antiguo espécimen del más fino tipo turco y fue obtenida por Felix Babylon de un príncipe rumano que no le pudo pagar. Los candelabros de plata, ahora con luz eléctrica, provienen del Rhin, y cada uno tenía una historia diferente. La silla real —no era de buen tono llamarla Trono, aunque lo fuese— procede del saqueo de Napoleón de una ciudad austríaca y fue comprada por Felix Babylon en la sala de un coleccionista francés. En cada ángulo del recinto hay un gigantesco y grotesco florero de fayencia germana del siglo XVII. Se lo regaló Guillermo I de Alemania a Felix Babylon al finalizar su primer viaje de incógnito a Londres relacionado con la crisis con Francia de 1875.

Solo hay una pintura en la sala de audiencias. Es un retrato del infortunado pero noble don Pedro, emperador del Brasil. Regalado a Felix Babylon por el mismo don Pedro, cuelga ahí, solitario y sublime, para recordar a reyes y príncipes que los imperios pasan y la grandeza se acaba. Cierto príncipe que ocupo esos apartamentos durante el Jubileo de 1887, cuando el Gran Babylon albergó a siete personas de sangre real bajo su techo, envió un breve mensaje a Felix para que quitara el cuadro. Felix, respetuosamente, declinó hacerlo y el Príncipe se fue a otro hotel, donde, por cierto, le robaron dos mil libras en joyas. La Sala para audiencias reales del Gran Babylon es uno de los monumentos desconocidos de Londres; pero nunca es mostrado, y si preguntáis a los empleados del hotel sobre sus maravillas, solo os hablarán de cosas sin importancia, como que limpiar la alfombra turca cuesta cincuenta libras y que uno de los grandes floreros tiene el pedestal roto debido a una turbulenta «gallina ciega» a la que jugaron una noche cuatro jóvenes princesas, un rey balcánico y sus asistentes.

Junto a una de las ventanas de este magnífico apartamento se hallaba, cierta tarde de finales de julio, el príncipe Aribert de Posen. Estaba impecablemente vestido con la convencional levita inglesa, la gardenia en el ojal y la indispensable raya en los pantalones. Parecía esperar a alguien porque a frecuentes intervalos miraba sobre su hombro, con gesto

rápido, en dirección a la puerta tras la silla real. Finalmente, un anciano arrugado, pequeño y encorvado y con una evidente impronta germana, apareció por la puerta y dejó unos papeles sobre una pequeña mesa junto a la silla.

—¡Ah, Hans, mi viejo amigo! —dijo Aribert, acercándose—. Quiero hablar de un par de cosas contigo. ¿Cómo has encontrado a su Alteza Real?

El anciano saludó al modo militar.

—No muy bien, Alteza —respondió—. He sido sirviente de su sobrino desde su mayoría de edad y anteriormente fui sirviente de su padre, pero nunca he visto… —Y se detuvo, alzando sus arrugadas manos exasperado.

—¿Nunca ha visto qué? —Le sonrió Aribert con afecto; se podía advertir enseguida que esas dos personas, tan diferentes en rango, habían sido íntimos en el pasado, y podía ser que lo continuasen siendo.

—Usted lo sabe, Príncipe —dijo el anciano—. Vamos a recibir a ese financiero, Sampson Levi, ¿es ese su nombre?, en la Sala de Audiencias. Si se me permite humildemente sugerirlo, recibirle en la librería hubiera sido suficiente para ese financiero.

—Podía haber sido así —coincidió el Príncipe—, pero tal vez tu señor tenga una especial razón para ello. Dime —continuó, cambiando rápidamente de tema—, ¿cómo es que dejaste a mi sobrino, el Príncipe, en Ostende y regresaste a Posen?

—Fueron órdenes del Príncipe, señor —y entonces el viejo Hans, que tenía una amplia experiencia en asuntos reales y conocía la mitad de los secretos de todas las cortes de Europa, dirigió a Aribert una mirada que lo decía todo—. Me envió de regreso con… un recado, Alteza.

—¿Y habías de reencontrarte con él aquí?

—Sí, Alteza. Y así lo hice; si bien, a decir verdad, empezaba a temer no verlo ya de nuevo.

—El Príncipe ha estado muy enfermo en Ostende, Hans.

—Eso me han dicho —respondió Hans con sequedad, frotando con lentitud las manos—. Y aún no está totalmente recuperado.

—Todavía no. Temíamos por su vida, Hans. Pero gracias a su excelente constitución ha logrado sobrevivir a la odisea.

—Debemos cuidarle, Alteza.

—Ciertamente —dijo Aribert con solemnidad—. Su vida es preciosa para Posen.

En ese instante, Eugen, príncipe heredero de Posen, entró en la sala de audiencia. Aparecía pálido y lánguido y se encontraba incómodo en su uniforme. El cabello le había sido ligeramente peinado y tenía una expresión de intranquilidad, casi de alarmante desasosiego en sus bellos ojos oscuros. Era como un hombre que teme mirar tras de sí para no ver lo que no debiera estar allí. Pero al mismo tiempo en él había, sin duda, realeza. Nada podía ser más llamativo que el contraste entre Eugen, enfermo en la sórdida habitación de Ostende, y este príncipe Eugen de los Apartamentos Reales del Gran Hotel Babylon, rodeado de todo el lujo y pompa que la moderna civilización pueden ofrecer a los nacidos en altas cunas. El desesperado episodio de Ostende se hallaba, ahora, enteramente escondido, ignorado. Se suponía que nunca había ocurrido. Solo existía como una secreta vergüenza en los corazones de quienes habían sido testigos. El príncipe Eugen se había recuperado; de algún modo, se hallaba convaleciente y había sido transportado a Londres, donde recuperaba el hilo roto de su principesca vida. La mujer del sombrero rojo, la incorruptible y agreste Srta. Spencer, el inescrupuloso y brillante Jules, la oscura, húmeda celda, la horrible habitación, todo esto se había acabado. Gracias al príncipe Aribert y a los

Racksole, se le había logrado rescatar de todo eso y se hallaba, ahora, seguro. Era capaz de reasumir su carrera privada y pública. El Emperador había sido informado de su llegada, sano y salvo, a Londres tras una inevitable demora en Ostende. Su nombre volvía a figurar en la crónica cortesana de los periódicos. En suma, todo había sido debidamente ocultado. Solo que Jules, Rocco y la Srta. Spencer estaban aún libres, el cuerpo de Reginald Dimmock yacía enterrado en el mausoleo doméstico del palacio de Posen y el príncipe Eugen todavía tenía que entrevistarse con el Sr. Sampson Levi.

Estos diversos aspectos pesaban, sin duda, todavía, en la mente del príncipe Eugen, que parecía como recluido en sí mismo. Pese a la extraordinaria experiencia por la que había pasado, unos eventos que pedían a gritos las convenientes explicaciones y confidencias entre sobrino y tío, apenas le había dicho una palabra al príncipe Aribert. Cualquier alusión, incluso directa, a los días en Ostende, eran ignorados por Eugen con más o menos ingenuidad, y el príncipe Aribert no estaba más cerca de la solución del misterio de la maquinación de Jules de lo que lo había estado en la noche en que, con Racksole, había visitado las mesas de juego de Ostende. Eugen se daba cuenta de que había sido raptado a causa de la mujer del sombrero rojo, pero, avergonzado por haber caído en la trampa, no quería aclarar el asunto.

—¿Le recibirás en esta sala, Eugen? —le preguntó Aribert.

—Sí —fue la malhumorada respuesta—. ¿Por qué no? Aunque no disponga del séquito adecuado, no hay razón para que no reciba a alguien del modo apropiado… Hans, márchate —y el viejo sirviente desapareció de inmediato.

—Aribert —continuó el Príncipe heredero cuando estuvieron solos en la estancia—: pensarás que estoy loco.

—Mi querido Eugen —dijo Aribert, algo sorprendido—. No seas absurdo.

—Te digo que debes creer que estoy loco. Piensas que el ataque de fiebre ha dejado huella en mi cerebro. Bien, quizá esté loco. ¿Quién lo podría decir? Dios sabe que últimamente muchas cosas lo han propiciado.

Aribert no respondió. De hecho, la idea de que el cerebro de Eugen no se hallaba del todo recuperado había cruzado por su mente. Lo que le decía su sobrino, sin embargo, tuvo el efecto de devolverle la creencia en su recuperación definitiva. Se sintió convencido de que, si pudiera recobrar la confianza de su sobrino, la antigua fraternal confidencialidad que siempre había existido, desde que jugaban juntos de niños, todo podría ir bien. Pero en ese momento parecía no haber signos de que Eugen quisiera confiarse a nadie.

El joven Príncipe había salido del valle de sombras de la muerte, pero alguna sombra aún pesaba sobre él y parecía incapaz de disiparla.

—Por cierto —dijo Eugen de pronto—. Debo recompensar a esos Racksole, supongo. Les estoy francamente agradecido. Si le regalo a la chica un brazalete y al padre mil guineas, ¿crees que será apropiado?

—¡Mi querido Eugen! —exclamó Aribert atónito—. ¡Mil guineas! Has de saber que Theodore Racksole podría comprar Pose por entero sin empobrecerse lo más mínimo. ¡Mil guineas! Mejor que le des seis peniques.

—¿Qué puedo ofrecerle, pues?

—Nada excepto las gracias. Cualquier otra cosa representaría un insulto. No son hoteleros habituales.

—¿No le puedo regalar un brazalete a la chica? —rio siniestramente Eugen.

Aribert le miró con firmeza.

—No —dijo.

—¿Por qué la besaste… esa noche? —preguntó Eugen sin reticencia alguna.

—¿Besé a quién? —dijo Aribert, enrojeciendo e irritándose a pesar de sus decididos esfuerzos por permanecer tranquilo e indiferente.

—A la Racksole.

—¿Cuándo?

—Esa noche en Ostende, cuando estaba enfermo —dijo el príncipe Eugen—. Pensaste que deliraba. Y tal vez lo hacía. Pero ese hecho concreto lo recuerdo a la perfección. Recuerdo haber elevado la cabeza un segundo y en ese instante te vi besándola. ¡Oh, tío Aribert!

—Escucha, Eugen, por amor de Dios. Amo a Nella Racksole. Y me quiero casar con ella.

—¡Tú! —Hubo una larga pausa tras la que Eugen rio—. ¡Ah! —dijo—. Todos decimos esto al principio. También yo lo he dicho, querido tío; suena bien, pero no significa nada.

—En este caso significa todo, Eugen —dijo Aribert con calma. El acento de determinación en el último tono hizo que Eugen se pusiera serio.

—No puedes casarte con ella —dijo—. El Emperador no va a permitir un matrimonio morganático.

—El Emperador nada tiene que hacer con el asunto. Renunciará a mis derechos y me convertiré en un ciudadano corriente.

—En cuyo caso quedarás desheredado.

—Pero mi mujer es rica. Conociendo el sacrificio que haré para casarme con ella no dudará en poner su dinero en mis manos para uso mutuo —dijo Aribert, algo mustio.

—Decididamente serás rico —musito Eugen, mientras meditaba sobre el dinero de Theodore Racksole—. Pero ¿has pensado que yo no estoy casado y que puedo morir en cualquier momento y que entonces tú heredaras el trono, tú, Aribert? —preguntó, y sus dulces ojos brillaron de nuevo en una especie de locura.

—Yo nunca heredaré el trono, Eugen —dijo Aribert con dulzura—, porque tú vivirás. Ya estás recuperándote. Nada tienes que temer.

—Son los próximos siete días lo que más temo —dijo Eugen.

—¿Los siete próximos días? ¿Por qué?

—No lo sé. Pero los temo. Si puedo sobrevivir a ellos…

—El Sr. Sampson Levi, señor —anunció Hans en voz alta.

Capítulo 20

El Sr. Sampson Levi saluda al príncipe Eugen

El príncipe Eugen se sobresaltó.

—Que pase —dijo con un gesto a Hans, que le indicaba que lo hiciera pasar de inmediato.

—Un instante, por favor —dijo Aribert, poniendo con dulzura una mano sobre el brazo de su sobrino y dirigiendo al viejo Hans una mirada que tuvo la virtud de hacer que, sin tener que decir nada, el admirablemente adiestrado sirviente saliera de inmediato de la estancia.

—¿Qué pasa? —preguntó el príncipe Eugen de mal humor—. ¿A qué esa repentina seriedad? No olvides que tengo una cita con Sampson Levi y no debo hacerle esperar. Alguien ha dicho que la puntualidad es la cortesía de los príncipes.

—Eugen —dijo Aribert—. Deseo que adoptes la misma seriedad que yo. ¿Por qué no podemos confiar el uno en el otro? Quiero ayudarte. Tú eres mi soberano titular; y por otra parte tengo el honor de ser tu tío, de tener tu misma edad y haber sido tu compañero desde niño. Dame tu confianza. Pensaba que seguías confiando en mí pero últimamente veo que me escondes secretos. Sobre todo desde tu enfermedad.

—¿Qué quieres decir, Aribert? —dijo Eugen en un tono que podía ser falso o amistoso—. ¿Qué quieres decir?

—En primer lugar quiero decir que no lograrás nada con el estimable Sr. Sampson Levi.

—¿Qué no? —dijo Eugen de modo espontáneo—. ¿Cómo sabes de mi negocio con él?

—Simplemente lo sé. Nunca lograrás que te dé ese millón de libras.

El príncipe Eugen se quedó con la boca abierta y luego tragó saliva.

—¿De qué hablas? ¿Qué millón? —Sus ojos vagaron, inquietos, por la habitación—. ¡Ah! —dijo, pretendiendo reír—. Ya veo. He dicho cosas durante mi delirio. No debes hacer caso, Aribert. Cuando se tiene fiebre las ideas se tornan grotescas, fantásticas…

—No hablaste durante tu delirio —replicó Aribert—, al menos no sobre ti mismo. Sabía lo del préstamo que pedías antes de verte en Ostende.

—¿Quién te lo ha dicho? —preguntó Eugen furioso.

—Entonces admites que quieres pedir un préstamo.

—No admito nada. ¿Quién te lo ha dicho?

—Theodore Racksole, el millonario. Los ricos no tienen secretos entre ellos. Forman una hermandad aún más estrecha que la nuestra, Eugen, y mucho más poderosa. Hablan entre ellos y, hablando, dominan el mundo, esos millonarios. Ellos son los verdaderos reyes.

—¡Malditos sean! —dijo Eugen.

—Sí, tal vez. Pero volvamos a tu caso. Imagina mi vergüenza, mi disgusto, cuando supe que Racksole sabía más de tus asuntos que yo mismo. Por suerte es un buen amigo y se puede confiar en él; de otro modo hubiera estado tentado a hacer algo desesperado cuando supe que conocía tu asunto privado. Eugen, vayamos al grano: ¿para qué quieres

ese millón? ¿Es cierto que tienes que cubrir una deuda tan grande? No voy a echarte nada en cara. Solo pregunto.

—¿Y qué pasa si debo un millón? —dijo el Príncipe, envalentonándose.

—Nada, mi querido Eugen, nada. Solo que es una suma muy grande para ser gastada en diez años. ¿Qué hiciste?

—No me preguntes, Aribert. He sido un estúpido. Pero te juro que la mujer que llamas «la dama del sombrero rojo» ha sido la última de mis locuras. Voy a casarme y seré un príncipe respetable a partir de ahora.

—¿Entonces estás decidido a casarte con la princesa Anna?

—Sí. Tan pronto como negocie con Sampson Levi, todo irá bien. Aribert: quiero a Anna para el trono imperial. Es una pura y buena mujer y la amo como se puede amar a un ángel.

—Y podrías decepcionarla si se enterase de tus deudas, ¿no?

—No a ella, sino sus absurdos parientes, y quizá al Emperador. Han oído rumores que debo disipar presentándome ante ellos como una hoja en blanco.

—Me gusta que hayas sido franco conmigo, Eugen —dijo Aribert—. Pero también yo lo seré contigo. Nunca te casarás con la princesa Anna.

—¿Y por qué? —dijo Eugen, de nuevo arrogante.

—Porque sus parientes no se lo permitirán. Porque no serás capaz de presentarte como una hoja en blanco. Porque ese Sampson Levi nunca te prestará ese millón.

—Explícate.

—Te propongo esto. Tú has sido raptado… horrible palabra, pero que debemos utilizar… en Ostende.

—Cierto.

—¿Sabes por qué?

—Supongo que porque esa vil mujer del sombrero rojo y sus cómplices querían sacarme dinero. Afortunadamente, gracias ti, no lo lograron.

—No —dijo Aribert—, no querían sacarte dinero. Sabían que no lo tenías. Sabían que eras un cero a la izquierda entre los príncipes europeos, sin sentido de la responsabilidad ni de los deberes hacia tu reino. ¿Sabes por qué te han raptado?

—No me ataques tanto, querido tío.

—Te raptaron para tenerte fuera de Inglaterra unos días, para que no acudieras a tu cita con Sampson Levi. Y en este sentido, lo lograron. Pues, si no obtienes el dinero de Sampson Levi, ¿hay otro financiero en toda Europa al que se lo puedas pedir, dada las escasas garantías que ofreces?

—Posiblemente no lo haya —dijo Eugen con calma—. Pero estoy seguro de que Sampson Levi me prestará el dinero. Me lo prometió, y sé por otras fuentes que es hombre de palabra. Me dijo que el importe, sujeto a ciertas formalidades, podría estar disponible hasta…

—¿Hasta?

—Hasta finales de junio.

—Pero ahora estamos a finales de julio.

—Muy bien: un mero mes más tarde. Pero él está ansioso por prestarme el dinero por los excelentes intereses que obtendrá. ¿De dónde has sacado esa idea de un complot contra mí? Suena ridículo. ¿Un complot contra mí? ¿Por qué?

—¿Has pensado alguna vez en Bosnia? —preguntó Aribert con frialdad.

—¿Y qué pasa con Bosnia?

—No he de decirte que el rey de Bosnia tiene obligaciones con Austria, a quien pertenece su corona. Pues bien, Austria está ansiosa de que celebre una influyente boda.

—Bien, que así sea.

—Y va a hacerla. Se va a casar con la princesa Anna.

—No mientras yo viva. Lo intentó tres años atrás y fue rechazado.

—Sí, pero lo va a intentar de nuevo y esta vez no se verá rechazado. ¡Oh Eugen! ¿No ves que este complot contra ti ha sido planeado por personas que conocen tus asuntos y cuya finalidad es impedir te cases con la princesa Anna? Solo hay alguien en Europa que tenga motivos para no querer que te cases con la princesa Anna y es porque es él quien quiere casarse con ella.

Eugen palideció.

—Entonces, Aribert, ¿quieres decir que lo que me pasó en Ostende es obra de agentes al servicio del rey de Bosnia?

—En efecto.

—¿Para impedir que negociara con Sampson Levi y así acabar con la posibilidad de que me pudiera casar con Anna?

Aribert asintió con la cabeza.

—Eres un buen amigo, Aribert. Y tienes buenas intenciones. Pero estás equivocado. No es cierto lo que piensas.

—¿Recuerdas a Reginald Dimmock?

—Recuerdo que me dijiste que había muerto.

—No. No te dije eso. Te dije que le habían asesinado. A causa del complot del que te hablo, mi pobre Eugen.

—¡Bah! —dijo Eugen—. No creo que fuera asesinado. Y en cuanto a Sampson Levi, me juego mil marcos a que me dará ese crédito esta mañana y el dinero estará en mi poder antes de que me marche a Londres.

Aribert agitó la cabeza.

—Pareces muy seguro de la actitud del Sr. Sampson Levi. ¿Habías tratado antes con él?

—Bien. —Eugen vaciló un segundo—. Un poco. ¿Qué joven de mi posición no ha tenido que ver con Sampson Levi en un momento u otro?

—Yo no he tenido nunca que ver.

—¡Tú! Tú eres un fósil. —Eugen tocó la campanilla de plata—. ¡Hans! Que entre el Sr. Sampson Levi.

Aribert se marchó con discreción y el príncipe Eugen se sentó en la gran silla de terciopelo y comenzó a examinar los papeles que Hans había dejado sobre la mesa.

—Buenos días, Alteza —dijo Sampson Levi con una inclinación—. Espero que su Alteza se encuentre restablecido.

—Medianamente, gracias.

A pesar de haber tratado abundantemente con la gente de sangre azul de Europa, Sampson Levi no había logrado encontrarse nunca cómodo ante esos exaltados sujetos durante los primeros minutos de las entrevistas. Poco a poco iba tomando posesión de sí mismo, pero al principio siempre se sentía confundido, ruborizado, sudaba.

—Vayamos a lo que nos ocupa —dijo el príncipe Eugen—. ¿Quiere usted sentarse, Sr. Sampson Levi?

—Se lo agradezco, Alteza.

—Ya hemos concretado la cifra del préstamo, un millón creo que era —dijo el

Príncipe pomposamente.

—Un millón, sí —afirmó Sampson Levi mientras jugaba con la cadena de su reloj.

—Todo está, pues, en orden. Aquí están los papeles. El asunto puede quedar listo en el acto.

—Exacto Alteza, pero…

—Pero ¿qué? Meses atrás me manifestó su satisfacción por las garantías, aunque debo admitir que son de inusual naturaleza. Y estuvo usted de acuerdo en el interés. No abundan, Sr. Sampson Levi, quienes pueden prestar un millón al 5,5 por ciento. Una suma a pagar en diez años. Creo que… le informé de que la fortuna de la princesa Anna, que va a aceptar mi mano, asciende a algo así como cincuenta millones de marcos, que es más de dos millones de libras en moneda inglesa.

El príncipe Eugen se detuvo. No le gustaba hablar de modo tan confidencial a banqueros, pero sintió que las circunstancias lo demandaban.

—Así es, Alteza —empezó Sampson Levi en su peculiar acento inglés—. Así es. Le dije que tendría disponible esa suma de dinero hasta finales de junio, si me concedía usted una entrevista antes de esa fecha. Pero no habiendo sabido nada de su Alteza y no conociendo su domicilio, aunque mis agentes alemanes estuvieron indagando mucho, deduje que usted se las había arreglado en otra parte, ya que el dinero ha estado barato estos últimos meses.

—Por desgracia me retuvo en Ostende por un asunto importante. No he negociado el préstamo con nadie más. Necesito ese millón ahora. Si es usted tan amable de transferirlo a mis banqueros londinenses… —dijo el príncipe Eugen con toda la torpeza que pudo asumir.

—Lo siento mucho —dijo Sampson Levi con un embarazoso aire de cortesía que le sorprendió incluso a él mismo—, pero mi sindicato le ha prestado esa suma a otros interesados, de Sudamérica en concreto. Lamento decirle a su Alteza que se la hemos prestado al gobierno de Chile.

—¡Que cuelguen al gobierno de Chile, Sr. Sampson Levi! —exclamó el Príncipe muy pálido—. Necesito ese millón. Lo habíamos acordado.

—Lo habíamos acordado, lo admito —dijo Sampson Levi—, pero su Alteza rompió el acuerdo.

Hubo un largo silencio.

—¿Quiere decirme —empezó a decir el Príncipe con tensa calma— que no está usted en disposición de entregarme ese millón?

—Podría tener de nuevo ese millón en un par de años.

El Príncipe tuvo un gesto de cólera.

—Sr. Sampson Levi —dijo—, si usted no pone en mis manos mañana ese dinero, arruinará a una de las más antiguas familias reinantes, alterando el mapa de Europa. No ha guardado su palabra. Yo confiaba en usted.

—Perdóneme Alteza —dijo el pequeño Sampson Levi, ofendido—. No es verdad que no haya guardado la palabra. Ese dinero, lo repito, ya no está a mi disposición. Eso es todo. Buenos días, Alteza.

Y Sampson Levi abandonó la sala de audiencias tras una incómoda y torcida reverencia. Fue una escena característica del final del siglo XIX: un rechoncho, vulgar y engreído pequeño sujeto nacido en una alejada villa de Brixton y cuya idea del placer era un paseo dominical por el río en una lujosa lancha, se enfrentaba y derrotaba, en un hotel que pertenecía a un millonario americano, al representante de una raza de hombres que

habían escrito las páginas de la historia europea durante siglos y que todavía, en sus palacios, se hallaban rodeados de toda la pompa y poder posibles.

—Aribert —dijo el príncipe Eugen poco después—, tenías razón. Todo ha terminado. Ya solo me queda un refugio.

—No querrás decir… —Aribert se detuvo, atónito.

—Pues sí —dijo con rapidez—. Y lo arreglaré para que parezca un accidente.

Capítulo 21

El regreso de Felix Babylon

Al atardecer del día de la entrevista entre el príncipe Eugen y Sampson Levi, Theodore Racksole deambulaba, intranquilo y sin objetivo preciso, por el vestíbulo y pasillos adyacentes del Gran Babylon. Había regresado de Ostende un día o dos antes y se había esforzado con todas sus fuerzas en olvidar el asunto que le había llevado allí, a fin de darlo por resuelto. Pero se sentía incapaz de lograrlo. En vano observaba para sí mismo que había algunas cosas en las que no debía intervenir. Si su experiencia como manipulador de mercados y creador de gigantescos proyectos en Nueva York le había enseñado algo, era a tener eso en cuenta. Pero no lograba hacerse a la idea. La mera presencia de los príncipes en su hotel agitaba el instinto de lucha del hombre que jamás, en toda su carrera, había sido vencido. Había tomado partido por ellos y si esos príncipes de Posen no querían proseguir la propia batalla, él, Theodore Racksole, la continuaría por ellos. Hasta cierto punto, la batalla había sido ganada, puesto que el príncipe Eugen había resultado salvado de una difícil tesitura, y, el enemigo, Jules, Rocco, la Srta. Spencer y demás, habían sido puestos en fuga. Pero todo esto no le parecía suficiente. Que esos criminales, pues lo eran, camparan por sus anchas, le parecía una absurda anomalía. Y otra cosa, también: no había dicho a la policía nada de lo ocurrido. Desdeñaba a la policía pero no podía olvidar que si la policía, por accidente, llegaba a enterarse de lo sucedido, se iba a encontrar en una situación bastante incómoda, por la simple razón de que a ojos de la ley era una mala acción ocultar cuanto había ocultado. Se preguntaba, por milésima vez, por qué había adoptado esa política de ocultación a la policía, por qué se había interesado por el asunto de Posen y por qué, en ese momento, estaba tan ansioso de proseguir con él. A las dos primeras preguntas replicaba, bastante ineficazmente, que se había visto influido por Nella y por un espontáneo espíritu de aventura; a la tercera respondía que se había educado en el hábito de llevar las cosas hasta el final, por lo que ahora se veía acuciado por un infantil y obstinado anhelo de alcanzar el fin de ese asunto. Se sentía espléndidamente seguro de su perfecta habilidad para lograrlo. También experimentaba un impulso adicional, aunque no se lo admitía, contrario como era a las grandes palabras, y que era un abstracto amor por la justicia, ese profundo instinto anglosajón por ayudar a la justicia aun cuando se deban asumir graves riesgos y no reporte ventaja alguna.

Sobre todo esto iba dando vueltas mientras recorría el amplio hotel ese atardecer del último día de julio. Aunque los periódicos llevaban toda la semana hablando de lo vacía que estaba Londres, la verdad era que, a pesar de esos periódicos, Londres persistía en parecer igual de lleno que siempre. Ciertamente que el Gran Babylon no estaba tan solicitado como un mes atrás, pero se continuaba haciendo dinero. Al final de la temporada las alegres mariposas de la sociedad local tenían por costumbre revolotear durante un día o dos por los grandes hoteles antes de marcharse a sus castillos, casas de campo, prados, brezales, lagos y torrentes. Los grandes sillones de mimbre de la galería estaban llenos de hombres mayores o de mediana edad disfrutando de los variados placeres de los licores, los cigarros y la luna llena, cuya luz se expandía serenamente por el Támesis. De tanto en tanto, alguna bella mujer, del brazo de algún caballero impecablemente trajeado, arrastraba la cola de su vestido al deambular por la terraza. Camareros, botones uniformados y

conserjes con galones dorados se movían con sigilo por el lugar; a cortos intervalos, el jefe de los conserjes tocaba su silbato chillón y acudían cabriolés[6] con ruido de campanillas para coger a dos de las mariposas y llevarlas a otro lugar de diversión o aburrimiento; de tanto en tanto algún carruaje privado tirado por costosos caballos dejaba los cabriolés en ridículo ante su muy superior esplendor. Era una noche cálida, una noche de bosque veraniego, y a excepción de los vehículos, nada se movía con rapidez. Parecía como si para el mundo, es decir, para el mundo que constituía el Gran Babylon, todo se redujese a los solemnes procesos de la digestión y la pequeña charla social. Incluso, la larga hilera de farolas del Embankment que se extendían a derecha e izquierda, apenas temblaban en el tranquilo, cálido y acariciador airecillo. Las estrellas del cielo destellaban sobre la enorme mole del Gran Babylon mientras la luna lo contemplaba todo con amable e impasible rostro; lo que luna y estrellas debían pensar de los habitantes del hotel nunca lo sabremos. En cambio podemos hacernos una idea de lo que Theodore Racksole pensaba de esa luna: que era un fastidio. Su mirada impasible y estólida le fascinaba, interfiriendo en sus complejas meditaciones. Miró alrededor, a sus trajeados y satisfechos clientes. Parecían ignorarle por completo.

Probablemente solo un pequeño porcentaje de los mismos tuviese la menor idea de que ese individuo alto y sobrio, con su cabello gris y su delgada, firme y resuelta cara, y que vestía su traje de corte americano con tanta indiferente soltura era el propietario del Gran Babylon y probablemente el hombre más rico de Europa. Como ya se ha dicho, Racksole no era una celebridad en Inglaterra.

Los huéspedes del Gran Babylon veían en él a un inquieto caballero cuyo afán perturbada su deseo de calma, pero a quien, a juzgar por su aspecto, no era recomendable reconvenir. Sin embargo, Theodore Racksole continuó deambulando incansablemente, diciéndose: «Debo hacer algo. Pero ¿qué?». No se le ocurría nada.

Finalmente atravesó el hotel, fue a la otra entrada y salió a la calle trasera yendo hasta ese torrente ruidoso que era el estrecho y abarrotado Strand. Subió a un autobús y pagó el billete a Putney, cinco peniques. Luego, mientras los humildes ocupantes del vehículo se quedaban mirando a ese hombre vestido de etiqueta y sin guardapolvo encima, bajó del vehículo cuando el conductor se lo indico con el pulgar, guiñando el ojo a los pasajeros como diciendo: «Menudo lunático». Racksole entró en un estanco y pidió un cigarro. El vendedor le preguntó de qué precio.

—¿Cuál es el mejor que tiene? —preguntó Theodore Racksole.

—El de cinco chelines, señor —dijo el hombre con rapidez.

—Deme un penique de esos —fue la lacónica petición de Racksole, que salió del establecimiento fumando el cigarro de penique. Fue una nueva sensación para él.

Se hallaba oliendo los aromas de la perfumería Eugene Rimmel, cuando un caballero que venía lentamente en dirección opuesta, se le acercó y dijo: «Buenas tardes, señor Racksole». El millonario al principio no reconoció a su interlocutor. Vio que llevaba una chaqueta de viaje y un maletín en la mano. Luego, una ligera y complacida sonrisa transformó sus rasgos mientras le tendía la mano.

—Bien, Sr. Babylon —dijo Racksole— de todas las personas de este ancho mundo, usted era el hombre a quien más deseaba ver.

—Me halaga usted —dijo el pequeño y britanizado suizo.

—No, en absoluto —respondió Racksole—. Al igual que usted, no tengo el hábito del halago. Solo deseaba charlar con el Sr. Babylon y ¡de pronto aparece ante mí! ¿De dónde viene?

—De Lausana —dijo Felix Babylon—. He acabado mis asuntos allí, ya no tengo más que hacer y me siento mal. Tenía nostalgia de Londres, así que he vuelto, como usted ve —y elevó el maletín para que lo viera Racksole—. Un cepillo de dientes, una navaja de afeitar, unas pantuflas, ¿qué le parece? —rio—. Me preguntaba, mientras iba por ahí, dónde me hospedaría. Ya ve, Felix Babylon, sin hogar en Londres.

—Le aconsejo se quede en el Gran Babylon —rio Racksole.

—Es un buen hotel y conozco en persona al propietario. Aunque es bastante caro, ¿no? —dijo Babylon.

—Para usted —le contestó Racksole— será, en total, media corona a la semana. ¿Acepta la oferta?

—La acepto —dijo Babylon, añadiendo—: es usted muy amable, Sr. Racksole.

Fueron juntos al hotel sin hablar de nada en particular, simplemente sintiéndose satisfechos de la mutua compañía.

—¿Muchos clientes? —preguntó Felix Babylon.

—No está mal —dijo Racksole, asumiendo lo más que pudo un aire de propietario de hotel muy bregado—. Creo que puedo decir, según el conocido dicho, que no se me escapa la menor posibilidad de negocio. Esta noche todo el mundo está en la terraza y la galería, debido al calor, y el consumo de hielo es enorme, casi tanto como el de Nueva York.

—En tal caso —dijo Babylon educadamente—, déjeme que le ofrezca otro cigarro.

—Pero si aún no he acabado el mío.

—Por eso mismo deseo ofrecerle otro. Un cigarro como el suyo, mi buen amigo, no debe ser fumado dentro de los muros del Gran Babylon, ni siquiera por el propietario, y sobre todo cuando los clientes se hallen en la galería. El olor que desprende puede arruinar el hotel.

Theodore Racksole encendió, riendo, el habano Rothschild que le dio Babylon y ambos entraron juntos en el hotel. Tan pronto subieron los peldaños, el pequeño Felix recibió numerosos saludos. Parecía haber sido muy popular entre sus antiguos clientes. Finalmente llegaron al despacho de la gerencia, donde Babylon fue obsequiado con pollo y Racksole le ayudó a consumir una botella de Heidsieck Monopole, Carte d'Or.

—Este pollo está asado a la perfección —dijo finalmente Babylon—. Es una buena garantía para la casa. Pero, mi querido Racksole, en el nombre del cielo, ¿por qué ha despedido a Rocco?

—¿Se lo han dicho?

—¡Que si me lo han dicho! Querido amigo, lo han publicado todos los periódicos del continente. Algunos diarios han profetizado que el Gran Babylon cerrará sus puertas en seis meses tras la marcha de Rocco. Pero, por supuesto, yo sé más. Imagino que habrá tenido una buena razón para despedir a Rocco y que le habrá encontrado un sustituto previamente.

—No he buscado sustituto —dijo Theodore Racksole, algo triste— pero por suerte he encontrado en el segundo chef a un artista que solo es un poco inferior a Rocco. Ha sido un golpe de suerte.

—Seguramente —dijo Babylon—. Pero ¿no es imprudente delegar a la mera buena suerte materia tan delicada?

—No lo he dejado a la mera buena suerte. Confiaba ciegamente en Rocco, pero me decepcionó.

—¿Y cuál fue la causa de la disputa?

—No me peleé con él. Le encontré, una noche, embalsamando un cadáver en la *Suite* Principal.

—¿Queeé? —Babylon casi gritó.

—Que le sorprendí embalsamando un cadáver en la *Suite* Principal —repitió Racksole del modo más tranquilo que pudo.

Los dos hombres se miraron mutuamente y, luego, Racksole volvió a llenar el vaso de Babylon.

—Cuénteme —le dijo Babylon, arrellanándose en una cómoda butaca y encendiendo un cigarro.

Racksole, entonces, le contó la historia completa del asunto Posen, hasta los pormenores. Fue un largo y complicado relato que ocupó casi una hora. Durante todo el rato Babylon no dijo una palabra ni movió un músculo: solo miraba con sus ojillos a través de la neblina azul que desprendía su cigarro. El reloj de la chimenea tocó la medianoche.

—Es hora de güisqui y soda —dijo Racksole, y se levantó a tocar la campanilla; pero Babylon le indicó que volviera.

—Me ha dicho usted que Sampson Levi ha tenido hoy una audiencia con el príncipe Eugen, pero no me ha contado el resultado de tal audiencia —dijo Babylon.

—Porque aún no lo conozco. Aunque lo sabré mañana sin falta. Entretanto, lo que me parece más probable es que Sampson Levi le haya negado el crédito al Príncipe. Tengo motivos para pensar que el millón se lo ha prestado a otras personas.

—¡Hummm! —musitó Babylon, quien continuó sin delicadeza—. No me sorprende que existiera ese lugar para espiar a través del baño de los Apartamentos Reales.

—¿Por qué no se sorprende?

—¡Oh! —dijo Babylon—. Es una argucia tan obvia y fácil de llevar a cabo… Pero, en cuanto a mí, he tenido especial cuidado en no verme envuelto en tales asuntos. Sabía que eso existía; de algún modo lo sabía. Pero lo consideraba algo externo a mis preocupaciones. Mi negocio era proveer alojamiento de la mejor clase a aquellos a quienes no les importaba pagar por ello; en eso consistía mi negocio. Si otra cosa sucedía en el hotel bajo cuerda yo lo ignoraba, a menos que por algún motivo llegase a mis oídos, pero eso nunca sucedía. Sin embargo, admito que este tipo de asuntos son de algún modo excitantes, usted lo habrá advertido.

—En efecto —dijo Racksole sin más—. Aunque me parece que se burla usted de mí.

—De ningún modo —replicó Babylon—. Y ahora, si me permite que le pregunte, ¿cuál será su siguiente paso?

—Esto, precisamente, quisiera saber —dijo Theodore Racksole.

—Bien —dijo Babylon tras una pausa—, empecemos. En primer lugar, es posible que a usted le interese saber que he visto a Jules hoy mismo.

—¿Lo ha visto? —dijo Racksole con tranquilidad—. ¿Dónde?

—En París, esta mañana, muy temprano, justo antes de abandonar la ciudad. Fue un encuentro por completo accidental y Jules pareció muy sorprendido de verme. Con sumo respeto, me preguntó que adónde iba y le dije que venía de Suiza. Que había ido a vivir a mi país natal pensando que, a fin de cuentas, allí podría ser más feliz no regresando de nuevo a Londres, pero que, sin embargo, había cambiado de idea y decidido volver a Londres, aún a riesgo de sentirme mal sin mi hotel. Le pregunté, después, a Jules por sus intereses y me dijo que venía de Constantinopla, un asunto relacionado con un nuevo hotel francés en esa ciudad. Le deseé buena suerte y me fui.

—Constantinopla, ¿eh? —dijo Racksole—, lugar muy adecuado para él, diría yo.

—Pero —continuó Babylon— lo bueno es que hoy lo he vuelto a ver.

—¿Dónde?

—En Charing Cross, unos minutos antes de tener el placer de encontrarme con usted. El Sr. Jules no había ido a Constantinopla después de todo. No me vio. De hacerlo, le hubiera sugerido que venir de París a Londres no era un modo habitual de ir a Constantinopla.

—¡Qué desfachatez! —exclamó Racksole—. ¡Qué colosal desfachatez!

Capítulo 22

En las bodegas del Gran Babylon

—¿Conoce usted los antecedentes de Jules? —preguntó Racksole, sirviéndose un güisqui.

—En absoluto —dijo Babylon—. Hasta que usted me lo ha dicho no sabía que su verdadero nombre era Thomas Jackson, aunque por supuesto sabía que no se llamaba Jules. Tampoco sabía, por cierto, que la Srta. Spencer era su mujer, aunque sospechaba que sus relaciones eran más íntimas de lo que las obligaciones del hotel exigían. Todo cuanto sé de Jules, pues siempre será Jules, es que gradualmente, por alguna misteriosa fuerza personal, fue adquiriendo una predominante posición en el hotel. Decididamente era el más hábil y más inteligente camarero que haya conocido nunca, en especial diestro en la difícil tarea de mantener la dignidad mientras no interfiriese con la de otra gente. Siento que tal información sea un poco vaga para serle de utilidad en su actual preocupación.

—¿Cuál es mi actual preocupación? —preguntó Racksole sin énfasis.

—Imagino que explicarse la presencia del hombre en Londres.

—Es fácilmente explicable.

—¿Ah, sí? ¿Piensa que quiere entregarse a la justicia o que no puede separarse de su querido hotel?

—Nada de eso —dijo Racksole—. Va a hacer otra intentona, eso es todo.

—¿Otra intentona?

—Respecto al príncipe Eugen. Matarlo o secuestrarlo. Probablemente lo primero, en esta ocasión. Estoy seguro. Debe imaginar que estamos abrumados queriendo mantener en secreto los apuros del príncipe Eugen y querrá sacar tajada. Como es muy rico, según asegura, la gratificación que le deben ofrecer será enorme y está absolutamente dispuesto a ganársela. Ha probado su audacia en varias ocasiones y, si no me equivoco, en breve va a tratar de superarse.

—¿Pero qué puede hacer? ¿No sugerirá usted que va atentar contra la vida del Príncipe en este hotel?

—¿Por qué no? Si a Reginald Dimmock lo mataron porque traicionó a los conspiradores, ¿por qué no al príncipe Eugen?

—¡Pero eso sería un crimen inaudito, y haría un daño devastador al hotel!

—¡Cierto! —admitió Racksole sonriendo. El pequeño Felix Babylon pareció abrazarse a sí mismo ante la monstruosa idea.

—¿Cómo pudieron matar a Dimmock? —preguntó finalmente.

—Fue envenenado.

—Sí, pero entonces estaba Rocco en el hotel y formaba parte de la conspiración. Es concebible que Rocco pudiera haberlo hecho. Pero sin Rocco no lo veo posible. Ni siquiera puedo imaginar que Jules lo pueda llevar a cabo. En un lugar como el Gran Babylon, no necesito decírselo, la comida pasa por tantas manos que envenenar a alguien sin envenenar a cincuenta personas más es una operación de lo más complicada. Además, el príncipe Eugen, a menos que haya cambiado de hábitos, es siempre servido por su propio criado, el viejo Hans, y cualquier intento de intervenir en su comida antes de servírsela podría ser muy peligroso.

—Tiene razón —dijo Racksole—. Pero con el vino, todo puede ser más fácil. ¿No lo ha pensado?

—No —admitió Babylon—. Es usted ingenioso pero sucede que sé que el príncipe Eugen siempre quiere que le abran el vino en su presencia. Y se lo abrirá Hans, sin duda. La teoría del vino no es sostenible, amigo mío.

—No veo por qué no —dijo Racksole—. No soy un experto en vinos y apenas bebo, pero me parece que una botella de vino puede ser manipulada cuando aún está en la bodega, especialmente si hay algún cómplice en el hotel.

—Piensa entonces que aún rondan por aquí los conspiradores.

—Pienso que Jules puede tener un cómplice en el edificio.

—¿Puede una botella de vino ser abierta y vuelta a cerrar sin dejar rastro? —Babylon se manifestó algo sarcástico.

—No veo la necesidad de abrir la botella para envenenar el vino —dijo Racksole—. Nunca he intentado envenenar a nadie con una botella de vino y no tengo natural disposición como envenenador, pero creo que hay varios medios para conseguirlo. Por supuesto, puedo estar del todo equivocado respecto a las intenciones de Jules.

—¡Ah! —dijo Felix Babylon—. Las bodegas que tenemos bajo nuestros pies son una de las maravilla de Londres. Espero que se dé cuenta, Sr. Racksole, de que cuando compró el Gran Babylon compró usted la más excelente reserva de vinos de toda Inglaterra, si no de Europa entera. La valoro en sesenta mil libras. Y puedo decirle que siempre he tenido el máximo cuidado en la preservación de esas bodegas. Incluso Jules tendría problemas para penetrar en ellas sin la connivencia del responsable de los vinos, que es, o era, incorruptible.

—Me avergüenza reconocer que aún no he examinado la zona de los vinos —sonrió Racksole—. Ni siquiera he pensado en ellos. Una o dos veces he hecho una ronda por el hotel, pero nunca he bajado a las bodegas.

—¡Imposible, querido amigo! —dijo Babylon, divertido ante esta confesión increíble para quien era un experto amante de los buenos vinos—. Pero los va a ver usted mañana. Si puedo, le acompañará a mostrárselos.

—¿Y por qué no esta noche? —sugirió Racksole con calma.

—¡Esta noche! Es muy tarde: Hubbard ya se habrá ido a dormir.

—¿Puedo preguntarle quién es Hubbard? Me suena ese nombre.

—Hubbard es el responsable de los vinos del Gran Babylon —dijo Felix con cierto énfasis—. Un tranquilo sujeto de cuarenta años. Él tiene las llaves de la bodega. Conoce todas las botellas, sus fechas, sus calidades, su valor. Y eso que es abstemio. Hubbard es una curiosidad. Ningún vino puede abandonar la bodega sin su conocimiento. Al menos así era cuando yo dirigía el hotel —añadió Babylon.

—Vamos a despertarle —dijo Racksole.

—¡Pero si es la una de la madrugada! —protestó Babylon.

—No importa; quiero decir, si usted me acompaña. Una bodega es lo mismo de noche que de día. Y, aparte de eso, ¿por qué no podemos ir ahora?

Babylon se encogió de hombros.

—Como usted quiera —añadió con su infalible cortesía.

—Vamos a buscar a ese Sr. Hubbard y su llave de la bodega —dijo Racksole mientras salían juntos de la estancia.

Aunque era una hora tan tardía, el hotel no estaba, por supuesto, cerrado. Algunos clientes aún permanecían en los salones, con unos fatigados camareros atendiéndoles. Uno

de ellos fue enviado a buscar a ese singular Sr. Hubbard, y hubo suerte en que el caballero aún no se hubiera ido a dormir, aunque estaba a punto de hacerlo. Él mismo le trajo las llaves a Racksole y, tras charlar un poco con su antiguo jefe, el propietario y expropietario del Gran Babylon bajaron a las bodegas.

Estas se extienden por debajo de casi la mitad del área del hotel, el área que da al Strand.

Como el suelo se inclina agudamente desde el Strand al río, el Gran Babylon está, por así decirlo, más cerca del Strand que del Támesis. Hacia el lado del Támesis hay, bajo el nivel de la entrada, un sótano y un subsótano. Hacia el Strand hay sótano, subsótano y, debajo, las enormes bodegas. Tras descender los cuatro tramos de escalera del servicio y atravesar un largo pasadizo paralelo a la cocina, los dos hombres se encontraron frente a una puerta, la cual, al ser abierta, dio acceso a otro tramo de escaleras. Al pie de estas estaba la entrada principal de las bodegas. Junto a esa entrada estaba el ascensor para el vino, para subir los deliciosos caldos a los pisos superiores y, enfrente, el pequeño despacho del Sr. Hubbard. Por todas partes había luz eléctrica.

Babylon, por estar acostumbrado a ellas, sujetaba el puñado de llaves, y fue quien abrió la gran puerta, tras la cual entraron en la primera bodega, la primera de una serie de cinco. Racksole se quedó sorprendido, no solo por el frío que hacía en el lugar sino también por su extensión. Babylon había cogido una lámpara de mano sujeta a un largo y manejable cable y, moviéndola hacia uno y otro lado, mostró las enormes dimensiones del lugar. La lámpara hacía que el recinto subterráneo apareciese tenebroso y misterioso, con sus hileras de cajas numeradas que se extendían en la lejanía hasta que su visión quedaba reducida a un leve destello en el cristal de alguna botella. Luego, Babylon encendió las luces y Racksole gozó de una visita guiada en persona de quizá la parte más interesante de su nueva propiedad.

Ver el inocente entusiasmo de Felix Babylon ante el almacenamiento de tan estimulante líquido hacía pensar en lo que los escoceses denominan: «*A sight for sair een*», un gozo para la vista, vaya.

Ante la asombrada mirada de Racksole, Babylon le mostró, en su debido orden, todos los vinos de los tres continentes, o, mejor, de los cuatro, puesto que tampoco faltaba el soberbio y luminoso vino Constantia de Ciudad del Cabo en esta católica colección de vinos de calidad. Empezando por los inmejorables productos de Borgoña, continuando con los claretes de Médoc, Burdeos y Sauterne, los champanes de Main, Neckar y Naumburgo; los famosos y adorables Tokay de Hungría, todas las variedades austríacas de vinos franceses, incluyendo Karlovci y Somlauer, los jereces secos de España, incluyendo el más puro manzanilla y amontillado, y el Vino de Pasto; y los vinos de Málaga, ambos dulces y secos, y todos los vinos tintos de Cataluña, incluyendo el muy oscuro que se usa como sacramental; y también el renombrado Oporto. Luego pasaron al sector de caldos italianos y Babylon cantó las excelencias del *barolo* de Piamonte, del *chianti* de la Toscana, Orvieto y los Estados Pontificios, el *Lágrimas de Cristo* de Nápoles, y el plebeyo *marsala* de Sicilia. Y así un buen rato, con una extensión y un detallismo de los que no podemos rendir cuentas aquí.

Al final de la sucesión de bodegas, había una puerta vidriada que daba a otra bodega complementaria y más pequeña, un recinto de alrededor de quince o dieciséis pies cuadrados.

—¿Se guarda aquí algo especial? —preguntó Racksole, con curiosidad, cuando estuvieron ante la puerta viendo los cuellos con redecilla de las botellas.

—¡Ah! —exclamó Babylon, casi relamiéndose los labios—. Aquí está lo mejor de lo mejor.

—¿El mejor champán, imagino? —dijo Racksole.

—Sí —dijo Babylon—, el mejor champán está aquí, un muy especial Sillery, el más exquisito que usted pueda encontrar. Pero ya veo, querido amigo, que incurre usted en el error común de situar al champán en primer lugar entre los vinos. Pero no: tal lugar corresponde a los Borgoña. En esta bodega, Sr. Racksole, hay un viejo Borgoña que me costó… ¿cuánto piensa usted? Ochenta libras la botella. Probablemente nunca se lo beberá nadie —añadió con un suspiro—. Es demasiado caro incluso para príncipes y plutócratas.

—Sí que se beberá —dijo rápidamente Racksole—. Usted y yo nos beberemos una botella mañana.

—Y aquí —prosiguió Babylon, todavía a caballo de su afición— hay una muestra de vino del Rhin de 1873. También hay un vino persa singularmente glorioso, de Shiraz, que no he visto en ninguna otra parte. Y también hay un Romanée-Conti sin rival, el más grande de todos los Borgoñas modernos. Si no recuerdo mal, el príncipe Eugen pide sin falta una botella de este vino cuando viene aquí. No está en la carta de vinos del hotel, por supuesto, y solo unos pocos clientes lo conocen. No lo vamos, precisamente, pregonando por el comedor.

—¿Ah, sí? —dijo Racksole—. Entremos, pues.

Penetraron en el recinto de piedra, casi sagrado por lo precioso de su contendido. Racksole miró alrededor con expresión extrañada. En el lado más distante se veía una reja por la que pasaba una débil luz.

—¿Qué es eso? —preguntó de repente el millonario.

—Una rejilla de ventilación. Una buena ventilación es esencial, aquí.

—Parece rota, ¿verdad? —sugirió Racksole para, acto seguido, poniendo rápidamente un dedo sobre el hombro de Babylon, decirle—. Hay alguien en esta bodega. ¿No oye una respiración detrás de esa caja?

Los dos hombres permanecieron en tenso silencio unos instantes, escuchando bajo la única lámpara en el techo. La mitad del recinto estaba en penumbras. Finalmente, Racksole avanzó con decisión por el pasillo central, entre las cajas, y en el primer recodo, giró a la derecha.

—¡Sal de aquí, bribón! —dijo en tono bajo y maligno, arrastrando a una figura acurrucada.

Esperaba que aquel a quien sujetaba con ira fuese un hombre, pero se trataba de su propia hija, Nella Racksole.

Capítulo 23

Nuevos acontecimientos en la bodega

—Bien, papá —saludó Nella a su atónito padre—. Deberías asegurarte de a quién sujetas antes de usar la terrible fuerza de tus músculos. Creo que me has dislocado el hombro.

Nella se frotó el hombro con cómica expresión de dolor y luego se encaró a los dos hombres. La falda de su vestido gris oscuro estaba rasgada y sucia: la habitualmente pulcra Nella parecía como si hubiera saltado a la lona de los bomberos desde un piso en llamas. Maquinalmente, se alisó el vestido y se arregló el cabello.

—Buenas noches, Srta. Racksole —le dijo Felix Babylon con una leve reverencia—. Es un inesperado placer —las maneras de Babylon eran siempre impecables por osada que fuera la tesitura.

—¿Puedo preguntarte qué haces en mi bodega, estimada Nella? —preguntó el millonario, algo sorprendido. Era ciertamente embarazoso haber confundido a su hija con un delincuente; además, odiaba las sorpresas, y más cuando eran mayúsculas como esta. Por último, no le gustaba que su hija apareciese bajo tales circunstancias a ojos de un forastero.

—Te lo explicaré —dijo Nella—. Había estado leyendo hasta tarde en mi cuarto, pues hacía mucho calor. Oí el Big Ben tocar las doce y media y dejé el libro para ir a la ventana a tomar un poco de aire fresco antes de meterme en la cama. Me asomé con cuidado a la ventana, acuérdate de que estoy en el tercer piso ahora, y mire abajo, al patio hundido que hay entre los muros del hotel y Salisbury Lane. Entonces me sorprendió ver una figura deslizándose por el lugar. Sabía yo que no hay ninguna entrada al hotel por ahí y además el lugar se halla a quince o veinte pies bajo el nivel de la calle. Me quedé mirando. La figura se acercó al muro y desapareció de mi vista. Me asomé todo lo que pude pero no vi nada. Aunque oía…

—¿Qué oías? —preguntó Racksole con rapidez.

—Como si se serrase algo —dijo Nella—, y duró mucho rato, casi un cuarto de hora.

—¿Por qué demonios no me avisaste a mí o a alguien del hotel? —preguntó Racksole.

—No lo sé, papá —replicó ella con dulzura—. Me interesé por el asunto y quise saber lo que era por mí misma. Bien, como decía, Sr. Babylon —continuó dirigiéndose a Felix con una deslumbrante sonrisa—, ese ruido como de sierra duró un rato. Al final cesó y la figura reapareció bajo el muro, cruzó el patio, trepó la pared contraria de algún modo y saltó la barandilla hacia Salisbury Lane. Me sentí bastante aliviada porque no había entrado en el hotel. Se fue por Salisbury Lane con mucha calma. Allí se topó accidentalmente con un policía al que saludó diciendo «Buenas noches, oficial». Entonces oí que le pedía una cerilla. El oficial se la dio y el hombre encendió un cigarrillo mientras se alejaba por la calle. Estirando el cuello por la ventana, Sr. Babylon, se puede ver el Embankment y el río. Vi al hombre cruzar el Embankment y apoyarse en la barandilla del río, donde pareció ponerse a hablar con alguien. Ambas personas caminaron desde ahí a Westminster, donde les perdí de vista. Esperé un minuto o dos a que regresaran, pero no lo hicieron. Decidí

entonces que era el momento de hacer averiguaciones. Abandoné mi habitación, bajé las escaleras y salí del hotel en dirección a Salisbury Lane y allí miré por encima de la barandilla. Había una escalera de cuerda colgada en el otro lado. Mediante ella era muy fácil, una vez saltada la barandilla, acceder al patio del hotel. Me sentí muy inquieta ante la posibilidad de que alguien pasara por ahí en ese momento y me viera saltar el muro, pero nadie lo hizo, por lo que salté la pared sin más percance que un descosido en la falda. Crucé el patio de puntillas hasta debajo de mi ventana y allí vi la reja, que hacía un pie por quince pulgadas. Sospeché entonces que, como no había ninguna otra reja cerca, el misterioso visitante habría estado serrando por algún motivo. Sacudí la reja y no me llegó a sorprender que parte de ella cediese a mi impulso, dejando un boquete por el que podía pasar una persona. Decidí entrar y ahora desearía no haberlo hecho. No sé, señor Babylon, si usted ha intentado nuca penetrar por un estrecho agujero con una falda…

—No he tenido ese placer —dijo el pequeño Felix, haciéndole una nueva reverencia y tomando maquinalmente una botella en la que reparó.

—Bien: ha tenido usted suerte —continuó la imperturbable Nella—, porque durante tres minutos pensé iba a perecer entre esos barrotes, papá, con mi espalda dentro y el resto del cuerpo fuera. Sin embargo, al final, mediante los más sorprendentes y agónicos esfuerzos, conseguí pasar, cayendo en esta extraordinaria bodega más muerta que viva. Me pregunté entonces qué iba a hacer acto seguido. ¿Esperaría a que regresara el misterioso visitante y le acuchillaría con las tijeras que llevaba en el bolsillo si trataba de entrar, o mejor gritaba pidiendo socorro? Antes que nada volví a colocar las rejas limadas, encendí una cerilla y vi que me hallaba en un mar de botellas. La cerilla se apagó y encendí otra. Me senté en un rincón a pensar. Acababa de decidir que esperaría a que el visitante volviese cuando oí pasos y voces y reconocí la voz del Sr. Babylon. No quería asustaros. Si hubiese surgido de pronto de detrás de las botellas y dicho: «¡Hey!», podía haberte dado un colapso. Esperé para poder presentarme del modo menos traumático ante ti. Pero resolviste el dilema, papá. ¿Tan fuerte respiraba que me oías?

La chica concluyó el extraño relato y hubo un momento de silencio en la bodega. Racksole se limitó a mover afirmativamente la cabeza a la pregunta.

—Bien, Nella, hija mía —dijo finalmente el millonario—. Te estamos muy agradecidos por tus gimnásticos esfuerzos. Pero ahora creo que harías mejor yéndote a la cama. Van a pasar cosas serias aquí. Me jugaría mi último dólar en ello.

—Pero si hay un intento de robo yo quiero estar presente, papá —rogó Nella—. Nunca he visto a un ladrón siendo cogido infraganti.

—No se trata de un ladrón, querida. Creo que es algo mucho más grave que un robo.

—¿Qué? —exclamó Nella—. ¿Un intento de asesinar, de incendiar, de dinamitar? ¡Qué emocionante!

—El Sr. Babylon me ha informado de que Jules está en Londres —dijo con calma Racksole.

—¡Jules! —exclamó Nella para sus adentros y su tono se volvió profundamente serio—. ¡Apaga la luz, rápido! —Y saltó hacia el interruptor dejando la bodega a oscuras.

—¿Por qué haces eso? —dijo el padre.

—Si el sujeto regresa y ve luz, escapará alarmado —dijo Nella—. Y eso no debe suceder.

—No, no debe, Srta. Racksole —dijo Babylon con un toque de admiración en la voz por la sagacidad de la chica, lo que el padre escuchó con paternal orgullo.

—Escucha Nella —dijo este, atrayendo a su hija hacia sí en la oscuridad de la bodega—: estábamos especulando con que Jules pudiera intentar manipular cierta botella de vino para el príncipe Eugen. ¿No crees que el hombre que viste pudiera ser Jules?

—No había pensado que pudiera ser Jules, pero ahora que lo mencionas, sí, creo que era él. Sí, estoy segura.

—Bien: escucha lo que te voy a decir: no hay tiempo que perder. Si ha de venir, lo hará muy pronto y hemos de aprovecharlo.

Racksole dio su opinión sobre la táctica que podría emplear Jules. Propuso que si el hombre regresaba no se le debía impedir que lo hiciera, sino observarle desde el otro lado de la puerta de cristal.

—¿Quiere coger a Jules vivo? —dijo Babylon, que se mostró bastante reacio a servirse de este nuevo modo de tratar con criminales—. Seguro que sí —añadió—. Entonces, ¿no sería mucho más simple y fácil dar cuenta a la policía de lo que sospechamos y que ellos se encarguen del asunto?

—Mi querido amigo —dijo Racksole— hemos ido ya demasiado lejos sin la policía como para que sea aconsejable recurrir a ella en este avanzado estadio del asunto. Además, si quiere saberlo, tengo un especial deseo de capturar a ese canalla yo mismo. Les voy a dejar a usted y a Nella aquí, ya que Nella insiste en estar presente, y obraré de tal manera que una vez que Jules entre en la bodega ya no pueda salir de ningún modo por la rejilla. Sitúense al otro lado de la puerta de cristal, en la bodega mayor; estarán en posición idónea para observar, mientras yo me marcho enseguida. Todo cuanto deben hacer es tomar nota de cuanto haga el individuo. Si tiene un cómplice dentro del hotel, sabremos quién es.

Encendiendo una cerilla y ocultando la luz con las manos, Racksole les ayudo a salir del recinto.

—Si cierran la puerta de cristal desde fuera el sujeto no podrá escapar por ahí: los paneles de cristal son demasiado pequeños y la estructura de madera demasiado robusta. Así, si cae en la trampa, ambos tendrán el placer de verle angustiosamente atrapado, sin que corran riesgo alguno; pero quizá sea mejor que no se dejen ver.

En un instante Felix Babylon y Nella quedaron solos en la oscuridad de la bodega, escuchando los pasos de Theodore Racksole que se alejaban. Pero el ruido de esos pasos aún no se había extinguido cuando llegó a sus oídos otro sonido: alguien manipulaba la rejilla de la bodega.

—Espero que su padre llegue a tiempo —susurró Felix.

—¡Shh! —le exigió la chica y ambos quedaron uno junto al otro en tenso silencio.

Sigilosamente, un hombre se abría paso por el boquete de la reja. Los espectadores solo podían distinguir una forma indefinida en la oscuridad.

Una vez dentro, caminó por la bodega yendo sin vacilar hacia el interruptor y abriendo la luz. Era Jules, quien conocía muy bien la geografía del lugar. Babylon apenas pudo reprimir un sobresalto cuando vio al audaz e inescrupuloso excamarero moviéndose con aire de determinación y seguridad por la preciosa bodega. Jules fue directamente hasta una caja señalada con el número 17 y tomó de ella la botella que más sobresalía.

—¡El vino del príncipe Eugen, el Romanée-Conti! —exclamó Babylon.

Jules desprecintó la botella de forma limpia y rápida con un instrumento que había traído a tal propósito. Luego sacó una pequeña y chata caja de su bolsillo, recipiente que parecía contener una especie de pomada negra. Untando los dedos con la misma, lo aplicó al cuello de la botella, justo donde el corcho tocaba el cristal. En un instante, volvió a poner el precinto y la botella en su lugar. Luego apagó la luz y se dirigió a la rejilla. Cuando

estaba a medio camino Nella exclamó:

—¡Va a escapar! Papá no ha tenido tiempo de llegar. ¡Debemos detenerle!

Pero Babylon, encarnación de la prudencia, cortés pero enérgico, retuvo a la muchacha, a quien juzgó irreflexiva e imprudente, y, antes de que esta pudiera zafarse de la sujeción, la figura de Jules había desaparecido.

Capítulo 24

La botella de vino

Por lo que respecta a Theodore Racksole, que se suponía tenía que coger al hombre esperándole fuera de la reja, fue lo más rápido que pudo desde la bodega a la planta principal y de allí al cuadrángulo y de este a Salisbury Lane. Pero dada la vasta estructura del Gran Babylon, la distancia a recorrer era casi de un cuarto de milla, incluyendo cierto número de escaleras, dos docenas de recodos y varios pasillos que en plena noche se hallaban a oscuras. Así que a Racksole le fue imposible efectuar el recorrido en menos de cinco minutos. De hecho, cuando alcanzó Salisbury Lane habían pasado seis minutos, puesto que sufrió una demora de un minuto debido a las preguntas de un huésped algo bebido que se había extraviado por los pasillos. Como todos saben, llegar a la parte superior de Salisbury Lane implica recorre una empinada subida. Racksole la atravesó a toda velocidad pero tuvo la mala suerte de chocar contra el policía a quien poco antes Jules había solicitado amablemente una cerilla. En esta ocasión el agente no estuvo tan cortés.

—¡Hola! —dijo con su propensión a la sospecha puesta a prueba por ese hombre sin sombrero y traje de etiqueta corriendo a todo trapo por el camino—. ¿Qué sucede? ¿A qué tanta prisa? —Y detuvo un momento a Theodore Racksole y le escrutó el rostro.

—Por favor, oficial —dijo Racksole con calma—. No me pregunte. No tengo tiempo que perder.

—Le pido perdón, señor —le dijo el policía, aunque dubitativo y de buen talante, permitiendo que Racksole siguiera su camino.

El plan del millonario para atrapar a Jules era penetrar en el patio mediante la escalera de cuerda y quedarse allí escondido hasta que el Sr. Tom Jackson penetrara en la bodega. Sin embargo se hallaba descendiendo cautelosamente por la escalera de mano cuando, ¡vaya!, una gruesa mano le sujetó por el cuello y, mediante un fuerte impulso, le tiró hacia atrás. Theodore Racksole no había contado con el policía. El guardián de la paz, desconfiando de la actitud de Racksole, le había seguido por el camino. Ver al millonario disponiéndose a trepar por la escalera le había puesto en guardia y el resultado fue la ignominiosa captura de Racksole. En vano el millonario se justificó y se explicó. Solo una cosa podía satisfacer al cretino policía y era que Racksole le acompañase al hotel para confirmar allí su identidad. Si Racksole probaba ser Racksole, el propietario del Gran Babylon, pues muy bien, el policía pediría excusas. Así que Theodore no tuvo más alternativa que aceptar la sugerencia. Probar su identidad no fue, por supuesto, sino cosa de pocos minutos, tras lo cual Racksole, irritado pero determinado como siempre, volvió al muro mientras el policía seguía su ronda en busca de algún camarada con el que charlar un rato.

Mientras, el amigo Jules, sublimemente inconsciente del altercado producido por su causa y del peligro que corría, se hallaba en la bodega a la que había llegado antes de que Racksole tratase de saltar el muro la primera vez. Fue, sin duda, una gran suerte para Jules que su marcha de la bodega coincidiera con el rato que Racksole debió estar ausente del lugar. Cuando Racksole regresó al lugar por segunda vez, vio a una figura que caminaba cincuenta yardas delante de él en dirección al Embankment. Al instante adivinó que era Jules: la retención por parte del policía le había hecho llegar demasiado tarde. Corrió tras

él, pues, y Jules, oyendo el ruido, también corrió. El excamarero partió velozmente, dirigiéndose hacia cierto lugar de la barandilla del Embankment y, ante la sorpresa de Racksole, saltó de pronto por esa barandilla y se lanzó al río. «¿Estará tan desesperado como para suicidarse?», exclamó Racksole; pero un segundo después, el sonido de una lancha a vapor le hizo ver que Jules no se había querido suicidar. Tras cruzar la calzada del Embankment, vio la chimenea de la lancha moviéndose tras la barandilla. La embarcación se desvió hacia el centro del río, encaminándose hacia el Puente de Londres. Había una silenciosa niebla sobre el Támesis. Racksole se quedó sin saber qué hacer.

Aunque se había visto por dos veces burlado dentro del Gran Babylon, una por Rocco y otra por Jules, no se culpaba del actual fiasco en sus planes: la culpa era de la intromisión de una persona ajena combinada con la mala suerte. No permitió, sin embargo, que el incidente le impidiera dormir esa noche.

Al día siguiente fue en busca del príncipe Aribert, con quien mantenía un sentimiento de inequívoca y franca amistad, y le contó lo sucedido la noche anterior y en particular la manipulación de la botella de Romanée-Conti.

—¿Cenó usted con el príncipe Eugen la pasada noche?

—En efecto. Y, qué curioso, pidió una botella de Romanée-Conti, admirable vino que entusiasma a Eugen.

—¿Cenará con él esta noche?

—Probablemente. Me temo que sea nuestro último día aquí. Eugen desea volver a Posen mañana temprano.

—¿Ha pensado usted, Príncipe —dijo Racksole— que si Jules hubiera logrado envenenar a su sobrino, le hubiera envenenado también a usted?

—No lo he pensado —rio Aribert—, pero puede ser. Parece que a medida que avanza en su plan le importan cada vez menos los efectos destructivos que pueda provocar. Sin embargo, no hemos de temer nada a este respecto. Sabe cuál es la botella y la puede destruir de inmediato.

—Propongo no destruirla —dijo Racksole con calma—. Si el príncipe Eugen pide Romanée-Conti esta noche, lo que es muy probable, propongo que la botella en cuestión les sea servida a ambos.

—¿Quiere usted que nos envenenemos?

—En absoluto —sonrió Racksole—. Lo que pretendo es descubrir a los cómplices que tiene en el hotel. He investigado respecto al responsable de los vinos, Hubbard. ¿No cree usted que es una extraordinaria coincidencia que precisamente esté enfermo en cama? Hubbard, según me he informado, ha sufrido esta noche una intoxicación. Dice no saber a qué ha sido debida. Su lugar en la bodega será hoy ocupado por su asistente, un joven y competente individuo. No necesito decirle que no le quitaremos el ojo de encima.

—Un momento —le interrumpió el príncipe Aribert—. No acabo de entender cómo piensa usted que tendrá lugar el envenenamiento.

—La botella está siendo examinada por un experto, que tiene instrucciones de tocar lo mínimo posible lo que Jules puso junto al tapón. Tal botella será secretamente vuelta a poner en la caja durante el día. Mi idea es que la mera acción de servir el vino haga que la sustancia —que imagino muy potente— se mezcle con el líquido y así resulte fatal en cuanto se beba del vaso.

—Pero lo más seguro es que el camarero que sirva el vino limpie la boca de la botella…

—Pero sin mucho cuidado, quizá. Y además será extremadamente difícil que logre

limpiar toda la sustancia; parte de ella ha sido introducida entre el tapón y el cristal. Y además, suponga que no limpia la boca de la botella.

—El príncipe Eugen siempre es servido por Hans en sus comidas. Es un honor que el viejo y fiel sirviente reserva para él.

—Pero suponga que Hans… —Racksole se detuvo.

—¡Hans, cómplice de Jules! Querido Racksole, la sugerencia es imposible.

Esa noche, el príncipe Eugen cenó con su augusto sobrino en el soberbio comedor de los Apartamentos Reales. Hans sirvió la cena: los diversos platos le iban siendo entregados en la puerta por los otros camareros. Aribert encontró a su sobrino abatido y taciturno. El día anterior, cuando, tras la decepcionante entrevista con Sampson Levi, el Príncipe había amenazado con suicidarse de modo «que pareciera un accidente», Aribert le había forzado a darle su palabra de honor de que no lo iba a hacer.

—¿Qué vino tomará hoy su alteza? —le preguntó el viejo Hans en su tono zalamero, tras serle servida la sopa.

—Jerez —fue la rápida respuesta del príncipe Eugen.

—¿Y después Romanée-Conti? —dijo Hans. Aribert le miró enseguida.

—No, esta noche no. Mejor tomaré Sillery —dijo el príncipe Eugen. Aunque creo que será mejor tomar Romanée-Conti después de todo. Me sentará mejor que el champán.

El famoso e incomparable Borgoña fue servido con el asado. El viejo Hans lo trajo en su cesto de mimbre, insertó el sacacorchos con matemática precisión y sacó el corcho, que ofreció a su amo para que lo observara. Eugen afirmó con la cabeza y le dijo que le sirviera el vino. Aribert observaba con acentuado interés. No dudaba por un instante que Hans no fuese un modelo de fidelidad, y sin embargo, a pesar suyo, las palabras de Racksole le habían creado cierta intranquilidad. En ese momento, Eugen murmuró en la mesa.

—Aribert, retiro mi promesa. Toma nota: retiro mi promesa.

Aribert sacudió la cabeza con énfasis sin dejar de mirar a Hans. El canoso sirviente pasó rutinariamente la servilleta por el cuello de la botella de Romanée-Conti y vertió el vino en el vaso. Aribert tembló de la cabeza a los pies.

Eugen tomó el vaso y se lo llevo a la boca.

—No bebas —dijo Aribert con calma—. Está envenenado.

—¡Envenenado! —exclamó el príncipe Eugen.

—¿Envenenado, señor? —exclamó el viejo Hans con aire de profundo asombro y cogiendo el vaso—. Imposible, señor. Yo mismo he abierto la botella. Nadie más la ha tocado y el corcho está perfecto.

—Te digo que está envenenado —repitió Aribert.

—Su alteza perdonará a un hombre de edad como yo —dijo Hans—, pero decir que este vino contiene veneno es como decir que soy un asesino. Le probaré que no está envenenado. Me lo voy a beber.

Y entonces se llevó el vaso a sus temblorosos labios. En ese instante Aribert supo que el viejo Hans no era cómplice de Jules. Saltando de su asiento, dio un manotazo al vaso que sostenía el anciano sirviente, vaso que cayó rompiéndose en pedazos que tintinearon sobre la mesa y el suelo. El Príncipe y el sirviente se miraron mutuamente durante el penoso y terrible silencio que siguió.

Se oyó entonces un ligero ruido y Aribert miró hacia un lado y vio que el cuerpo de Eugen estaba completamente inclinado hacia el lado derecho de su silla con los brazos caídos, sin fuerza, y con los ojos cerrados: se había desmayado.

—¡Hans! —murmuró Aribert—. ¡Hans! ¿Qué le sucede a Eugen?

Capítulo 25

La lancha de vapor

La idea de Tom Jackson de escapar del hotel mediante una lancha de vapor había sido de lo más acertado, a juzgar por los resultados. Pero a Theodore Racksole no se lo pareció tanto.

Racksole opinaba, con especial satisfacción, que ahora tenía una pista tangible y definitiva para capturar al excamarero del Gran Babylon. No conocía el puerto de Londres, pero sí el mucho más complejo puerto de Nueva York, por lo que estaba seguro que no sería difícil localizar la lancha en cuestión. Para quienes no están muy familiarizados con el Támesis y sus muelles desde el puente de Londres a Gravesend, diremos que vienen a ser una vasta e inexplorada selva de embarcaciones en la cual podría ocultarse a la perfección incluso un barco de tres mástiles. Quienes consideren esto podrán pensar también que buscar allí una lancha de vapor puede ser como buscar una aguja en un pajar. Pero el hecho es que hay cientos de hombres entre St. Katherine's Warf y Blackwall que conocen el Támesis tanto como un habitante de la ciudad su jardín trasero y que pueden reconocer miles de barcos y saber su nombre hasta desde media milla y están informados de cada movimiento de los barcos de gran tonelaje, conocen a todos los capitanes, maquinistas, cargadores, pilotos, marinos con licencia y bribones sin licencia desde la Torre a Gravesend, e incluso de más allá. Para esos expertos en el Támesis el más mínimo evento sobre las aguas es advertido y discutido: una barca no puede cambiar de manos sin que dejen de saber el precio pagado y las intenciones del nuevo propietario. Tienen la costumbre de observar el río como un recreo de la vista y hablan de cuanto ocurre en él como amas de casa chismorreando al atardecer ante la puerta del hogar. Si el primer oficial de un Castle Liner es despedido, son capaces de decirte lo que aquel le dijo al capitán, lo que este, a su vez, le dijo y lo que ambos dijeron a la Jefatura; y, concluido este asunto, volverán a discutir acaloradamente si Bill Stevens hundió la gabarra del West Indian n.º 2 por accidente o a propósito.

Theodore Racksole no poseía los adecuados medios para identificar la lancha que se había llevado a Tom Jackson. El cielo se había nublado pronto tras la medianoche, había una ligera niebla y solo había podido advertir que se trataba de una embarcación baja, de sesenta pies de eslora y probablemente pintada de negro. Durante toda la noche había estado vigilando en persona todos los barcos que remontaban el río y, la siguiente mañana, encargó a alguien que siguiera vigilando y que le avisase en caso de que una lancha de vapor se dirigiese hacia Westminster. Al mediodía, tras su conversación con Aribert, bajó por el río, en un bote de remos alquilado, hasta la Aduana, mirando por todas partes en busca de una embarcación que se pareciese a la que andaba buscando.

Pero no encontró nada. Sin embargo estuvo bastante seguro de que la misteriosa lancha se hallaba en algún lugar más abajo de la Aduana. Desembarcó en las escaleras y preguntó por un oficial de alto rango que conocía de Nueva York y con el que se había encontrado haciendo negocios en Lloyd's. En la amplia aunque algo sórdida oficina de este gran hombre mantuvo una larga conversación con él, en la que Racksole debió servirse de sus mejores artes persuasorias y que finalizó cuando el oficial tocó una campanilla.

—Que el Sr. Hazell, despacho n.º 332, venga a verme —dijo el oficial al chico que

acudió a la llamada. Luego, volviéndose a Racksole, le dijo—: Debo repetirle, querido Sr. Racksole, que esto se aparta estrictamente de las normas.

—Se lo agradezco mucho —dijo Racksole.

El Sr. Hazell entró. Era un joven de unos treinta años, vestido de tela azul, con una cara pálida y perspicaz, un mostacho pardo y una bastante atractiva barba del mismo color.

—Sr. Hazell —dijo el alto oficial—, le presento al Sr. Theodore Racksole, sin duda le será familiar el nombre —y volviéndose hacia Racksole dijo—: El Sr. Hazell es uno de los que llamamos oficial de examen, de nuestra plantilla externa. En este momento hace guardia de noche. Tiene un bote en el río, un par de hombres a su mando y autorización para abordar y examinar cualquier embarcación que se mueva por el río. Lo que el Sr. Hazell y su tripulación no sepan del Támesis entre aquí y Gravesend es porque no posee la menor importancia.

—Encantado de conocerle, señor —dijo Racksole dándole la mano.

Racksole observó con satisfacción que el Sr. Hazell estaba muy tranquilo.

—Sr. Hazell —continuó el alto oficial—, el Sr. Racksole quiere que le ayude para una breve expedición privada por el río esta noche. Le doy a usted permiso para ponerse a su disposición. Le he llamado porque sé que le gustará el cometido y también porque confío en que esta acción no oficial quedará estrictamente entre nosotros, no llegará a oídos de nadie. ¿Me comprende? Me atrevo a decirle que no tendrá usted el menor problema por ayudar al Sr. Racksole.

—Creo que capto la situación —dijo Hazell con una ligera sonrisa.

—Y por cierto —añadió el alto oficial—, aunque el asunto sea extraoficial, no estará mal que vista su chaqueta de servicio, ¿verdad?

—Sin duda —dijo Hazell—. Pensaba hacerlo.

—Y ahora, Sr. Hazell —dijo Racksole—, ¿me hará el favor de patrullar en mi compañía por los sitios que habitualmente frecuenta? Me gustaría mucho.

Y así Theodore Racksole y Georges Hazell, funcionario de Aduanas, comieron juntos en el Thomas’s Chop House, en Londres, chuletas de cordero y café. El millonario descubrió pronto que se hallaba ante un hombre despierto y perspicaz.

—Dígame —dijo Hazell fumando tras la comida—. ¿Dicen la verdad quienes escriben en las revistas?

—¿Qué quiere decir? —preguntó Racksole, perplejo.

—Bien, usted es un millonario, «uno de los más ricos», creo. A menudo se pueden leer entrevistas con millonarios donde estos hablan de sus vagones de tren privados, sus yates de vapor por el Hudson, sus establos de mármol y todo eso. ¿Posee usted cosas así?

—Tengo un vagón privado en la Estación Central de Nueva York y tengo un yate de dos mil toneladas, aunque no en el Hudson sino en el East River. Y he de admitir que mis establos están revestidos de mármol —rio Racksole.

—¡Ah! —dijo Hazell—. Ahora sí que me puedo creer que estoy comiendo con un millonario. Es extraño cómo hechos como esos, sin importancia en sí mismos, seducen la imaginación. Ahora sí me parece un verdadero millonario. Pero me ha dado algunas informaciones personales; ahora le daré yo también algunas, a cambio. Gano trescientos al año y quizá sesenta libras extras anuales por horas extras. Vivo en Muscovy Court, un piso de dos habitaciones. Tengo el dinero que necesito y fuera de la oficina hago cuanto me apetece. En cuanto a la oficina, trabajo lo menos que puedo por principio: es una lucha entre nosotros y el oficial jefe, que quiere lo mejor. Él trata de engañarnos y nosotros tratamos de engañarle, y quedamos en tablas en general. Cuando hay guerra todo va bien,

ya sabe, y en una oficina gubernamental no hay diez mandamientos.

Racksole rio.

—¿Estará disponible al atardecer? —preguntó.

—Seguro —dijo Hazell—. Haré que uno de mis hombres me sustituya y así podré estar libre.

—Bien —dijo Racksole—, me gustaría que viniera conmigo al Gran Babylon. Allí podremos hablar de mi pequeño asunto. ¿Podemos ir en su barca? Me gustaría conocer a la tripulación.

—De acuerdo —indicó Hazell—. Mis dos hombres son los tipos más perezosos y desalmados que nunca haya visto. Y comen mucho y beben muchísima cerveza; pero conocen el río, conocen su oficio y harán lo que sea si se les paga por ello y no se les va con prisas.

Esa noche, justo tras anochecer, Theodore Racksole embarcó con su nuevo amigo George Hazell en una de las lanchas pintadas de negro de la Aduana llevada por una tripulación de dos hombres que venían a ser los últimos independientes del río, una distinción que comporta ciertos privilegios desconocidos para la gente de tierra. Era una noche nubosa y opresiva, no se veía la menor estrella iluminando la lenta marea alta. Las grandes siluetas de los vapores anclados —principalmente los de la General Steam Navigation y la Aberdeen Line— se mecían sobre las aguas, sujetos tranquilamente a las boyas de amarre. A cada lado, las paredes desnudas de los almacenes se alzaban como grises precipicios desde el río, surgiendo de ellas los peculiares brazos de las grúas. Hacia el oeste, el puente de la Torre extendía sobre el río su formidable arco con su calzada a ciento cincuenta pies del suelo.

Hacia el este y el Pool de Londres, un bosque de chimeneas y mástiles se recortaba lúgubremente en el siniestro cielo. Enormes barcazas, cada una timoneada por un hombre sosteniendo un par de gigantescos remos, avanzaban y giraban hacia todos los ángulos. En ocasiones, un remolcador resoplaba ruidosamente, encendiendo sus señales rojas y verdes y arrastrando una pesada fila de barcas tras él. Asimismo, un vapor de pasajeros Margate, con sus luces eléctricas brillando por todas sus aspilleras, giraba en torno al ancla con su carga de dos mil fatigados excursionistas. Sobre todo ello se cernía un aire de misterio, un aroma y sentimiento de extrañeza, de lejanía y de inexplicabilidad. A medida que la plana y pequeña lancha avanzaba bajo la sombra de los enormes cascos, bajo los tensos cabos y junto a las boyas cubiertas de fango verde, Racksole casi no creía que se hallase en pleno corazón de Londres, la más prosaica ciudad del mundo. Tenía la extraña idea de que cualquier cosa podía suceder en esta gran extensión de agua a las diez de la noche. Le parecía increíble que a solo una o dos millas la gente estuviera sentada en los teatros aplaudiendo a las comedias y que en la estación Cannon Street, unas yardas más allá, otra gente estuviera tomando el tren hacia los sumamente respetables suburbios cuyos nombres aprendía poco a poco. Tenía la creciente sensación de estar en otro mundo, lo que suele suceder a veces cuando nos hallamos en entornos radicalmente diferentes a los nuestros. Los más ordinarios ruidos, hombres que llamaban a otros, cadenas arrastradas, sirenas lejanas, nos parecen terribles y misteriosos sonidos llenos de extraordinarias significaciones. Miró por la barandilla hacia el agua oscura y se preguntaba qué espantosos secretos contendrían sus profundidades. Luego llevó la mano a su bolsillo superior y se palpó el revólver que allí llevaba, lo que le dio una confortable seguridad.

Los remeros tenían instrucciones de dirigirse lentamente hacia el Pool, como se conoce a la amplia extensión de agua bajo la Torre. Los dos hombres no habían sido

previamente informados del objeto exacto de la expedición, pero, ahora que estaban navegando, Hazell juzgó conveniente darles una idea de lo que buscaban.

—Buscamos una lancha de vapor sospechosa —dijo—. Mi amigo está ansioso de encontrarla y hasta que eso no ocurra no sabremos lo que convenga hacer.

—¿Qué clase de embarcación es, señor? —dijo el remero de popa, un hombre de rostro grueso y que parecía absolutamente incapaz del menor esfuerzo.

—No lo sé —replicó Racksole—, pero creo que tiene unos sesenta pies de largo y está pintada de negro. Creo que la reconoceré en cuanto la vea.

—No es mucho para empezar —exclamó el otro hombre sin decir más.

Él y su camarada habían recibido de Theodore Racksole un «soberano» inglés cada uno, importante aliciente con que silenciar la natural tendencia sarcástica y el suelto lenguaje de los marinos del Támesis.

—Hay algo que pude observar —dijo Racksole de pronto— y que había olvidado de decirle, Sr. Hazell. La hélice se movía de forma irregular, como con un golpeteo cojo.

Ambos remeros irrumpieron en carcajadas.

—¡Oh! —dijo el remero gordo—. Entonces ya sé qué busca, señor. Es la lancha de Jack Everett, conocida como *Squirm*. Tiene una hélice de cuatro hojas y una la tiene rota.

—¡Seguro que es esa! —afirmó el otro hombre—. Y si es la que busca, la he visto amarrada ante Cherry Gardens Pier esta misma mañana.

—Vayamos al Cherry Gardens Pier lo más rápido posible —dijo Racksole.

La embarcación cruzó hacia el otro lado del río y empezó a deslizarse junto a la orilla derecha, pasando ante los muelles, en muchos de los cuales incluso a esa hora aún trabajaban las grúas, que descendían hacia los buques y luego ascendían cargadas hasta los topes. Mientras los dos hombres maniobraban el bote según la marea creciente, Hazell explicó al millonario que el *Squirm* era uno de los más tristemente famosos barcos del río. Parecía ser que cuando alguien tenía algún asunto turbio entre manos y necesitaba una embarcación, la de Everett se hallaba siempre disponible si había una buena remuneración por medio. El *Squirm* se había visto metido en mil berenjenales y había logrado salir a salvo de los mismos aunque no precisamente con honorabilidad. La policía del río la vigilaba continuamente y lo más sorprendente de todo era que el viejo Everett, el propietario, nunca se había visto comprometido en algo ilegal. La policía nunca había podido probar nada definitivo contra el propietario del *Squirm*, aunque algunos de sus clientes se hallaban en ese momento en varias de las prisiones de su Majestad por todo el país. Últimamente, sin embargo, la lancha, con la hélice dañada, hélice que Everett se negaba a reparar, había adquirido una nefasta reputación, incluso entre los malhechores, y esta hermandad la había abandonado poco a poco en beneficio de embarcaciones menos reconocibles.

—Su amigo Tom Jackson —le dijo Hazell a Racksole— ha cometido un error al alquilar el *Squirm*. Un bribón de su experiencia y calibre debía haber buscado algo más discreto. Ahora tenemos una pista clara.

El bote se fue aproximando al muelle de Cherry Gardens, pero desafortunadamente una débil neblina flotaba sobre el río y los objetos no podían divisarse con claridad más allá de las treinta yardas. Cuando la lancha de la Aduana pasó junto al muelle, todos sus ocupantes aguzaron la mirada para observar la misteriosa lancha, pero no pudieron verla. El barco continuó su lento recorrido río abajo con los hombres a los remos.

Entonces, por los pelos, evitaron un choque con un gran barco noruego anclado con la proa dirigida hacia el centro del río. Sobrepasaron el enorme casco por el lado del puerto

y, justo cuando habían alcanzado el bauprés, el remero gordo gritó excitado: «¡Ahí se le ve la nariz!», e hizo que el bote diera la vuelta y se puso a remar contra la marea. El desaparecido *Squirm* se hallaba, en efecto, confortablemente anclado a estribor del barco noruego, escondido entre el gran navío y la costa. Los remeros se acercaron a él con sigilo.

Capítulo 26

La cacería nocturna y el niño mendigo

—Para empezar, abordémoslo —le susurró Hazell a Racksole—. Alegaré que me temo que lleva mercancía sospechosa a bordo y así podré subir a inspeccionarlo.

Tras ponerse la chaqueta oficial y el gorro, subió con bastante garbo, según le pareció a Racksole, al puente inferior de la lancha.

—¿Hay alguien a bordo?

Racksole le oyó gritar, respondiéndole una voz de mujer.

—Soy un oficial de Aduanas y quiero inspeccionar la barca —gritó Hazell, desapareciendo en el interior de la cabina del centro de la embarcación. Racksole ya no le oyó y le pareció que permanecía horas dentro de la embarcación, pero al fin reapareció.

—No he encontrado nada —dijo al volver al bote, y, luego, en privado, a Racksole—. Hay una mujer a bordo. Coincide con la descripción que me ha dado de la Srta. Spencer. La caldera está encendida pero no está el maquinista. Le he preguntado que dónde se hallaba y ella me ha preguntado que no era asunto mío y que me largara. Parece una mujer lista. He metido la nariz por doquier pero no he encontrado nada. Lo mejor será que nos marchemos aunque permaneciendo cerca para ver si ocurre algo raro.

—¿Seguro que no está a bordo? —preguntó Racksole.

—Por completo —afirmó Hazell—. Sé cómo buscar en un barco. Vea esto —y le mostró a Racksole una especie de broqueta de acero de dos pies de largo con un mango de madera—. Esto —dijo— es uno de los útiles que usamos en la Aduana para buscar.

—Supongo que no podemos entrar en el barco y llevarnos a la mujer —sugirió Racksole dudoso.

—Bien —empezó Hazell, igualmente dudoso—, en cuanto a eso…

—¡Eh!, ¿qué es lo que sale de ahí? —El hombre de proa gritó, interrumpiendo a Hazell.

Siguiendo la dirección del dedo del hombre, Hazell y Racksole vieron más o menos distintamente un bote que se deslizaba junto al casco del barco noruego y que luego desaparecía en la niebla del río.

—¡Es Jules! ¡Lo juraría! —gritó Racksole—. Tras él, amigos. ¡Diez libras a cada uno si lo atrapamos!

—¡Venga, muchachos! —dijo Hazell, y la pesada lancha de la Aduana se puso en marcha.

—No es más que un bote —señaló Racksole.

—Depende de a qué le llame bote —dijo Hazell—. No hay muchos botes que se aventuren río abajo con esta niebla. Te puedes ir al otro mundo al chocar con uno de los numerosos barcos atracados. Supongo que el sujeto esconderá el bote en cuanto nos vea para volver a navegar cuando nos marchemos.

La embarcación se movía con celeridad siguiendo la marea. Dirigir una embarcación es cuestión de suerte o instinto más que otra cosa. A menudo, Hazell, que controlaba la dirección de la lancha, se veía obligado a girar la proa de la embarcación de repente para evitar algún barco anclado en el río. Miraba a su alrededor, ansioso, pero durante mucho tiempo no pudo ver más que la niebla y difusas formas náuticas. De pronto

dijo, bastante tranquilo:

—Vamos por el buen camino; acabo de verle frente a nosotros. Le estamos alcanzando.

Un minuto después, el bote ya era del todo visible a unas veinte yardas y el remero, que ahora avanzaba frenéticamente, se veía claramente que era Jules, Jules vistiendo un ligero traje de paño y un sombrero hongo.

—Tenía usted razón —dijo Hazell—, era un bote. Esto es excitante. Mucho más que tocar el trombón en una orquesta. Lo vamos a hundir y luego sacaremos al tipo del agua.

Racksole afirmó con la cabeza, pero en ese instante una embarcación con las velas rojas desplegadas surgió de la niebla perpendicularmente a la lancha de la Aduana, que escapó por los pelos de ser embestida. Cuando se vieron a salvo, se calmaron y dejaron de maldecir, advirtieron que apenas se veía el bote al que perseguían en la niebla y el hombre grueso se puso entonces a remar con tanta fuerza que su jadeo se podía oír desde la orilla. Racksole quiso hacer algo desesperado, pero todo era inútil. Solo cabía sentarse junto a Hazell en la popa. Poco a poco empezaron a ganar terreno al bote cuyo remero empezaba a estar fatigado. A medida que iban alcanzándole, cada vez con más rapidez, la proa del bote giró hacia un lado y el pequeño barco pasó por el corredor de agua que formaban dos embarcaciones ancladas de carga mineral, que, negras y vacías, se hallaban a cincuenta yardas de la playa de Surrey.

—¡A estribor! —gritó Racksole.

—¡De ninguna manera! —replicó Hazell—. No podemos pasar por ese corredor. De todos modos, él se verá obligado a salir más abajo. Es solo una finta. Hemos de seguir adelante.

Y siguieron adelante, con el gordo remando duro con su cara brillando hasta en la más espesa oscuridad. Entre las dos embarcaciones emergió entonces un bote vacío que fue a la deriva hacia Greenwich.

El gordo le dijo algo a su camarada y la lancha de la Aduana se detuvo de golpe.

—Perfecto —dijo el hombre de proa—. Si lo quieren coger está en una de las embarcaciones. Solo se ha de subir y cogerle.

—No hay más que hablar —dijo una voz que surgió de las profundidades de la embarcación más cercana y que era la voz de Jules, también conocido como Tom Jackson.

—¿Le oís? —dijo el gordo, sonriendo—. Menudo bribón está hecho. Si yo fuera usted, Sr. Hazell, o usted, Sr. Racksole, no subiría a ese barco con demasiada precipitación.

Condujeron la lancha hasta la proa del barco más cercano y miraron hacia arriba.

—Muy bien —dijo Racksole a Hazell—. Tengo un revólver. ¿Cómo puedo trepar ahí?

—Muy bien que se haya traído revolver —replicó Hazell, cortante—. Pero no debe usarlo. Haría mucho ruido. Tendríamos aquí a la policía del río en un santiamén, si sonara un disparo, y eso me perjudicaría. Si hubiese una investigación, no habría ninguna orden oficial de mi superior encargándome este trabajo y me echarían del servicio.

—No tema a este respecto —dijo Racksole—. Yo asumiré toda la responsabilidad, por supuesto.

—No importa la responsabilidad que usted asuma —replicó Hazell—. No podría lograr que me readmitieran en el servicio y mi carrera se iría a pique.

—Pero hay otras carreras —dijo Racksole, que estaba ansioso de herir al excamarero con el revólver—. Hay otras carreras.

—La de Aduanas es mi carrera —dijo Hazell—. Así que no habrá disparos.

Esperaremos un rato. No puede escapar. Coja mi broqueta si quiere —y le dio a Racksole el utensilio—. Haga lo que quiera, siempre que lo haga bien y no genere un alboroto.

Por unos instantes los cuatro hombres permanecieron pasivos en la lancha, rodeados por la niebla circulante, con las negras aguas de bajo de ellos y, sobre ellos el elevado y semicargado barco, y en ese barco un hombre desesperado y lleno de recursos. De pronto la niebla se disipó y fragmentó, como el aliento de un monstruo. Se pudo ver entonces el cielo: era un cielo despejado con la luna brillando intensamente. Era una de esas rápidas transformaciones meteorológicas que a menudo tienen lugar en todo gran río.

—Ahora se puede ver mejor —dijo el gordo. En ese instante apareció una cara sobre el carguero. Era el rostro de Jules, oscuro, siniestro, de expresión maligna.

—¿Está el Sr. Racksole en la lancha? —preguntó, tranquilo—. Porque si es así, le pido que suba. El Sr. Racksole me ha atrapado y aquí me tiene. —Elevó entonces su cuerpo por encima de la barandilla de modo que apareció recortado en el oscuro cielo y los ocupantes de la lancha pudieron ver que en la mano derecha sujetaba con firmeza un corto puñal—. Sr. Racksole —continuó—, lleva usted mucho tiempo tras de mí. Pues bien: aquí estoy. ¿Por qué no sube? Si no tiene coraje de hacerlo usted mismo, delegue a otro… le dispensaré el mismo cortés recibimiento —y tras decir esto soltó una débil pero penetrante carcajada.

Aún reía cuando de pronto miró hacia delante.

—¿Qué hace usted en mi barco? ¡Bájese de inmediato!

Fue una leve y chillona voz de niño la que resonó en la noche. Un pequeño y harapiento niño había aparecido, sigiloso, tras Jules, a quien, con sus dos pequeños brazos, precipitó al agua de un empujón. Jules cayó, oyéndose una zambullida y un violento gorgoteo. Era obvio que nadar no se hallaba entre las habilidades de Jules. Este se agitó violentamente y se hundió. Cuando reapareció fue arrastrado hasta la lancha de la Aduana. Los hombres sacaron una soga de inmediato y en un minuto el hombre yacía atado en la lancha. Con la ayuda de un mendigo, un niño que tenía más derecho a estar en ese barco que Jules, Racksole había ganado la partida. Por primera vez en varias semanas el millonario experimentó una sensación de ecuanimidad y satisfacción. Se inclinó, entonces, sobre la figura prostrada de Jules con la broqueta de Hazell en la mano.

—¿Qué piensa hacer con él, ahora? —preguntó Hazell.

—Iremos la escalinata frente al Gran Babylon. Quiero retenerlo en mi hotel. Se lo prometí.

Jules no pronunció palabra.

Antes de que Racksole se despidiera del aduanero, Jules había sido transportado al Gran Babylon y los dos remeros habían recibido sus 10 libras cada uno.

—¿Se quiere quedar a dormir aquí? —le dijo el millonario a Hazell—. Es muy tarde.

—Estaré encantado —contestó Hazell. Y a la mañana siguiente ambos tuvieron un suntuoso desayuno. Sobre el mantel había un pagaré de cien libras del banco de Inglaterra. Pero aunque no las conocería hasta bastante más tarde, muchas cosas sucedieron antes que Hazell consumiera el majestuoso desayuno.

Capítulo 27

La confesión de Tom Jackson

La pequeña habitación ocupada por Jules durante sus años como jefe de camareros en el Gran Babylon había permanecido vacía desde su súbito despido por parte de Theodore Racksole. Ningún otro camarero jefe le había sustituido; y es verdad que la ausencia de un hombre —aunque se tratase del indispensable Jules— difícilmente había sido percibida en una plantilla tan enorme como la del Gran Babylon. Las funciones del camarero jefe son generalmente más ornamentales, espectaculares, para causar impresión que no útiles, y eso sucedía hasta en el gran hotel del Embankment. De acuerdo con ello, Racksole había tenido la excelente idea de transportar a su prisionero, con el mayor secretismo posible, a su habitación vacía. No hubo la menor dificultad en hacerlo. Jules se mostró perfectamente dócil ante la fuerza superior.

Racksole fue escaleras arriba con un veterano recepcionista del hotel, un hombre de cabello blanco, nervudo como un terrier y duro como un mastín. Racksole entró en la habitación con Jules, que tenía las manos atadas. Al recepcionista le dijo que esperase fuera.

La habitación de Jules era un apartamento muy corriente, aunque tal vez ligeramente por encima de los habituales cuartos para los sirvientes en los hoteles del West End. Hacía unos quince por veinte. Estaba amueblado con una cama, un pequeño armario, un pequeño lavabo, una mesa de comer y dos sillas. Había dos ganchos tras la puerta, un pedazo de alfombra junto a la cama y algunos adornos baratos sobre la repisa de hierro de la chimenea. También tenía luz eléctrica. La ventana era pequeña, cuadrada, elevada, y daba al cuadrángulo interior.

La habitación estaba en el piso más alto, el octavo, y desde ella se veía muy bien la calle. Veinte pies por debajo corría una estrecha cornisa de un pie de anchura; tres pies por encima de la ventana corría otro ancho saliente, y más arriba se hallaba el empinado tejado del hotel, aunque no se podía ver desde la ventana. Mientras Racksole examinaba la ventana y la vista desde ella, pensó que Jules no podía escapar por ahí de ningún modo. Echó una mirada a la chimenea y vio que el conducto era demasiado estrecho para que por él pasara un cuerpo.

Entonces llamó al conserje y ambos ataron firmemente a Jules a la armadura de la cama, aunque posibilitándole bajar de ella si quería. Mientras duró la operación, el cautivo no abrió la boca, solamente sonrió con desdén. Antes de marchar, Racksole quitó los adornos, la alfombra, las sillas, los ganchos y arrancó el interruptor de la luz. Tras esto, él y el conserje abandonaron la habitación, Racksole cerrando la puerta por fuera y metiéndose la llave en el bolsillo.

—Harás guardia aquí —le dijo al conserje— durante toda la noche. Puedes sentarte en esta silla. No te duermas. Si oyes el menor ruido en la habitación toca el silbato; me las apañaré para responder a la señal. Si no hay ruido no hagas nada. Y no quiero que hables de esto a nadie, ya sabes. Yo confío en ti y tú confías en mí.

—Pero los sirvientes me verán aquí cuando suban mañana —dijo el conserje con una leve sonrisa—, y no hay duda de que me preguntarán qué estoy haciendo. ¿Qué les digo?

—Usted ha sido soldado, ¿no? —preguntó Racksole.

—He estado en tres campañas, señor —fue la respuesta y, con un gesto de disculpable orgullo, el canoso sujeto señaló las medallas sobre su pecho.

—Bien, suponiendo que se hallara usted de guardia en una de esas campañas y algún entrometido le preguntara qué estaba haciendo, ¿qué le hubiera dicho?

—Le hubiera dicho enseguida que se marchara o se atuviera a las consecuencias.

—Pues haga esto mañana por la mañana si es necesario —dijo Racksole, y se fue.

Eran la una de la madrugada. El millonario se había ido a la cama, pero no a la suya sino a una en el séptimo piso. Sin embargo, no pudo dormir mucho rato. Poco antes del alba se despertó de pronto y pensó con agitación en Jules. Estaba realmente muy interesado en conocer la historia de Jules y determinó, si era factible, persuadiéndole o de otra manera, sacársela como fuera. Con alguien del temperamento de Theodore Racksole no existía otro momento más que el presente y a las seis en punto, cuando el brillante sol matutino alegraba la ventana, se vistió y fue escaleras arriba de nuevo, hacia el octavo piso. El conserje estaba estólidamente sentado aunque alerta en la silla y, a la vista de su jefe, se levantó y le saludo.

—¿Ha ocurrido algo? —preguntó Racksole.

—Nada, señor.

—¿Los sirvientes han dicho algo?

—Solo una docena están levantados, señor. Uno de ellos me ha preguntado a qué estaba jugando y le he dicho que buscaba a una perra y su camada de acuerdo con sus órdenes, señor.

—Bien —dijo Racksole a la vez que abría la puerta y entraba en la habitación. Todo estaba exactamente como lo había dejado excepto que Jules, a quien había dejado tumbado boca arriba, se había dado la vuelta y yacía boca abajo. Miraba en silencio, ceñudo, hacia el millonario. Racksole le saludó y blandió con ostentación el revólver que sacó del bolsillo y dejó sobre la mesa. Luego se sentó sobre esa misma mesa, junto al revólver, con las piernas colgando a una o dos pulgadas del suelo.

—Quiero hablar con usted, Jackson —empezó.

—Puede hablarme cuanto quiera —dijo Jules—. No se lo impediré, puede apostar por ello.

—Me gustaría que me contestara a algunas preguntas.

—Eso es diferente —dijo Jules—. No contestaré a nada mientras me encuentre atado. También puede apostar por ello.

—Le recompensaré si es razonable —dijo Racksole.

—No voy a contestar a nada mientras esté atado.

—Le soltaré las piernas, si quiere —sugirió Racksole, cortésmente—. Así se podrá sentar. No pretenda haber estado incómodo porque sabe que no lo ha estado. Creo que ha sido tratado con mucha delicadeza, amigo mío. Pero así es usted —y le aflojó las cuerdas de las extremidades inferiores—. Ahora le repito que sea razonable. Deberá admitir que ha sido vencido en el juego y por ello deberá actuar de acuerdo con ello. Me había propuesto vencerle por mí mismo, sin ayuda de la policía, y lo he logrado.

—Lo ha hecho usted mismo —replicó Jules—, pero obrando contra la ley. Si hubiera sido sensato no se habría metido en esto; lo hubiera dejado todo en manos de la policía, que hubiera estado hecha un lío un año o dos y luego lo hubiera dejado estar. ¿Qué va a decirle ahora a la policía? ¿Me va a entregar a ellos diciendo: «Lo he capturado para ustedes»? Si obra así le exigirán que explique varias cosas y entonces quedara usted

desconcertado. Un crimen no excusa otro y esto lo va a averiguar usted.

Con infalible perspicacia, Jules percibía con exactitud la complicada posición de Racksole, y eso era una dificultad que Racksole no trataba de minimizar para sí mismo. Sabía que debía enfrentarse a ello. Sin embargo no quería que Jules descubriese sus pensamientos.

—Entretanto —le dijo con calma al otro— usted está aquí como prisionero mío. Ha cometido diversos delitos y entre ellos un crimen, por lo que será ahorcado, usted lo sabe. No hay razón para que deba llamar a la policía. Sería fácil para mí acabar con usted con mis propias manos, como merece. Solo sustituiría a la justicia y le robaría su presa al verdugo. Del mismo modo que le he traído al hotel puedo sacarle de él. Hace unos días usted alquiló o robó una lancha de vapor en Ostende. Lo que ha hecho con ella no lo sé ni me importa. Pero tengo la fuerte sospecha de que mi hija se escapó por los pelos de haber sido asesinada en esa lancha. Ahora tengo una lancha propia. Suponga que me sirvo de ella como usted quería servirse de la suya. Suponga que le llevo a ella, me adentro en el mar y le hago saltar por la borda en plena noche. Estas cosas se han hecho antes y pueden volver a hacerse. Si obrase así tendría la satisfacción de haber librado a la sociedad de un diablo o de un canalla.

—Pero usted no hará eso —murmuró Jules.

—No —afirmó Racksole con contundencia—. No lo haré si usted se porta bien esta mañana. Pero le juro que si no lo hace no descansaré hasta acabar con usted, con o sin policía. Usted no conoce a Theodore Racksole.

—Creo que lo haría —exclamó Jules con aire de sorprendido interés, como si hubiera descubierto algo importante—. Sí, creo que lo haría.

—Claro que lo haré —continuó Racksole—. Ahora escuche. En el mejor de los casos le entregaré a la policía. Y en el peor, yo mismo me encargaré de usted. Con la policía podrá tener una oportunidad —puede que le caigan veinte años de cárcel, puesto que aunque es absolutamente seguro que usted mató a Reginald Dimmock, será difícil probar que lo hizo. Pero conmigo no tendrá oportunidad alguna. Tengo algunas preguntas que hacerle y dependerá de sus respuestas el que le entregue a la policía o me tome la ley por mi mano. Y déjeme decirle que esto último puede ser para mí lo más fácil. Y lo haría, seguramente, de no sentir que es usted un tipo excepcionalmente astuto y de no tener una especie de inconfesable admiración por su detestable habilidad e ingeniosidad.

—¿Cree entonces que soy astuto? —dijo Jules—. Tiene razón. Lo soy. Y lo hubiera podido ser mucho más respecto a usted si la suerte no hubiera jugado en mi contra. Usted me ha vencido, pero no por astucia sino por suerte.

—Esto es lo que siempre dicen los vencidos. Waterloo fue pura buena suerte por parte de los ingleses, sin duda, pero fue Waterloo igualmente.

Jules bostezó concienzudamente.

—¿Qué quiere saber? —preguntó con afabilidad.

—Ante todo, los nombres de sus cómplices en el hotel.

—No me queda ninguno —dijo—. Rocco fue el último.

—No empiece mintiéndome. Si no tiene cómplices, ¿cómo pensaba lograr que cierta especial botella de Romanée-Conti le fuera servida a su Alteza el príncipe Eugen?

—Así que usted lo descubrió a tiempo —dijo Jules—. Me lo temía. Déjeme explicarle que no precisaba de cómplice para eso. La botella era la que estaba encima en la caja y sería la que cogerían. Además, procuré que sobresaliera un poco más que las otras.

—¿No hizo que Hubbard enfermara esa noche?

—No tengo ni idea de eso —dijo Jules—. No sabía que el excelente Hubbard iba a

estar enfermo. Gozaba siempre de excelente salud.

—Dígame —dijo Racksole—, ¿quién o qué está en el origen de su *vendetta* contra la vida del príncipe Eugen?

—No hay ninguna *vendetta* contra la vida del príncipe Eugen —dijo Jules—. Al menos al principio. Solo debía apañármelas para que el príncipe Eugen no lograra entrevistarse con cierto Sampson Levi en Londres antes de determinada fecha. Eso era todo. Algo bastante simple. Me he visto envuelto en transacciones más complicadas anteriormente. Estaba convencido de que me las podría arreglar con la ayuda de Rocco y de Em… *Miss* Spencer.

—¿Es su mujer?

—A ella le gustaría serlo —se mofó—. Por favor, no me interrumpa. Tenía hechos todos los preparativos cuando usted adquirió este hotel de modo tan inconsiderado. No me importa admitir que desde el instante en que fue tras de mí por el pasillo, esa noche, estuve secretamente atemorizado por usted, aunque no lo admitiera para mis adentros. Entonces me pareció más seguro trasladar el escenario de mis operaciones a Ostende. Había querido ocuparme del príncipe Eugen en este hotel pero decidí retenerlo en el continente, y envié a la Srta. Spencer con algunas instrucciones. Los problemas nunca vienen solos, así que el loco de Dimmock, que estaba metido en el ajo, se empezó a mostrar reacio a la operación. La más mínima señal hubiera podido trastocarlo todo, así que me vi obligado a sacarlo de la función. Quiso echarse atrás, tenía una fuerte crisis de conciencia y debí servirme de medidas drásticas. Lamento su muerte, pero él se la buscó. Todo iba bien de nuevo cuando usted y su brillante hija, determinados a inmiscuirse en el asunto, vinieron a vernos a Ostende. Solo debían transcurrir veinticuatro horas antes de la fecha que me habían indicado mis contratantes. Logré retener al pobre Eugen el tiempo indicado y entonces lo encontró. No niego que se marcó usted un buen tanto, aunque de acuerdo con mis instrucciones lo hizo demasiado tarde. Había transcurrido el tiempo preciso, así que, por lo que sabía, importaba ya un pimiento si el príncipe Eugen se entrevistaba o no con Sampson Levi. Pero mis contratantes aún estaban inquietos. Lo estaban aunque el príncipe Eugen hubiera permanecido en Ostende enfermo varias semanas. Por lo visto temían que incluso a esa tardía fecha la entrevista de Eugen con Sampson Levi pudiese perjudicarles. Así que recurrieron a mí de nuevo. Querían ahora que acabase con el príncipe Eugen definitivamente. Me pagan sumamente bien.

—¿Cuánto?

—Había recibido cincuenta mil libras por el primer trabajo, del cual a Rocco le correspondía la mitad. Rocco iba a ser nombrado miembro de cierta famosa orden europea si las cosas iban bien. Eso era lo que más codiciaba, más que el dinero, ¡presuntuoso sujeto! Para el segundo trabajo me ofrecieron cien mil libras. Una suma considerable. Lamento no haber sido capaz de ganarla.

—¿Quiere decir? —preguntó Racksole, horrorizado por esta despiadada confesión a pesar de cuanto conocía de Jules—. ¿Qué le ofrecieron cien mil libras por envenenar al príncipe Eugen?

—Lo expresa usted con mucha crudeza —replicó Jules—. Yo prefiero decir que me ofrecieron cien mil libras si el príncipe Eugen moría en un razonable plazo de tiempo.

—¿Y quiénes son esos detestables contratantes?

—Para decírselo con honestidad, no lo sé.

—A quien sí conocerá usted, imagino, es a quien le pagó las primeras cincuenta mil libras y a quién le prometió los cien mil.

—Vagamente —dijo Jules—. Sé que vino, vía Viena, procedente de Bosnia. Mi impresión es que el asunto tenía directa o indirectamente que ver con el proyecto matrimonial del Rey de Bosnia. Parece ser que es un monarca joven sin verdadero liderazgo político, por lo que sin duda sus ministros debieron pensar que había que organizarle, muy a su pesar, dicho matrimonio. Lo intentaron el año pasado pero no lo lograron porque la princesa que tenían en mente tenía en su punto de mira a otro príncipe. En concreto, al Príncipe de Posen. Los ministros del Rey de Bosnia conocían las circunstancias en que se hallaba el príncipe Eugen. Sabían que no podía casarse sin liquidar sus deudas por mediación de ese judío, Sampson Levi. Desafortunadamente para mí, quisieron, al final, asegurarse en demasía respecto al príncipe Eugen. Les preocupó que, después de todo, pudiese celebrar ese matrimonio sin la ayuda de Sampson Levi, y, bien, ya conoce usted el resto… Es una lástima que el pobre e inocente Rey de Bosnia no pueda casarse con la princesa a pesar del esfuerzo de sus Ministros.

—Entonces, ¿piensa usted que el Rey no ha tomado parte en este abominable plan?

—En absoluto, creo.

—Me alegra saberlo —dijo simplemente Racksole—. Y ahora, dígame el nombre de la persona que le contrató.

—Era un mero agente. Se llamaba a sí mismo Sleszak, S-l-e-s-z-a-k. Pero imagino que no era su verdadero nombre. El verdadero no lo conozco. Era un hombre mayor, que solía hospedarse en el hotel Ritz de París.

—Localizaré a ese talo Sr. Sleszak —dijo Racksole.

—No en este mundo —dijo rápidamente Jules—. Ha muerto. Lo supe ayer noche, poco antes de nuestra pequeña pelea de ayer.

Hubo unos instantes de silencio.

—Muy bien —dijo Racksole al final—. A pesar de todas las maquinaciones, el príncipe Eugen vive. Después de todo, se ha hecho justicia.

—El Sr. Racksole está aquí, pero no puede ver a nadie, Srta. —se oyó que decía la voz del conserje tras la puerta. Racksole se sobresaltó y fue a la puerta.

—Es absurdo —fue la corta réplica, en tono femenino—. Apártese al instante.

La puerta se abrió y entró Nella. Había lágrimas en sus ojos.

—¡Oh, papá! —exclamó—. Acabo de saber que te encontrabas en el hotel. Te estábamos buscando por todas partes. Ven enseguida. El príncipe Eugen se está muriendo… —Al ver al hombre sentado sobre la cama paró de hablar.

Más tarde, cuando Jules estuvo solo de nuevo, se dijo: «Aún puedo ganar esas cien mil libras».

Capítulo 28

La suite principal de nuevo

Cuando, inmediatamente después del episodio de la botella de Romanée-Conti en el comedor de la *Suite* Principal, el príncipe Aribert y el viejo Hans vieron que el príncipe Eugen se había desmayado en su asiento, el primero pensó enseguida que Eugen debía de haber probado el vino envenenado. Pero un instante de reflexión le hizo ver que eso no era posible. Si el Príncipe heredero de Posen estaba agonizante o muerto, se debía a otra circunstancia que no el Romanée-Conti. Aribert se inclinó sobre él y un fuerte olor que provenía de los labios del joven le indicó enseguida la causa del desmayo: era olor a láudano. En efecto, el aroma de esa siniestra droga flotaba pesadamente sobre la mesa. Aribert encontró enseguida la explicación. El príncipe Eugen, aprovechando la distracción de Aribert y presa de un súbito impulso de desesperación, había decidido envenenarse por su cuenta en esa cena.

El láudano debía de llevarlo en el bolsillo y ese hecho vino a probar que el infortunado Príncipe tenía en mente esa maniobra, incluso después de la promesa que había hecho. Aribert recordó enseguida con dolorosa realidad las palabras de su sobrino: «Retiro mi promesa. Fíjate en eso: la retiro». Debió haber sido un instante después de expresarlo que Eugen había decidido darse muerte.

—Es láudano, Hans —exclamó Aribert, impotente.

—Seguro que su Alteza no ha tomado el veneno —dijo Hans—. Es imposible.

—Me temo que haya sido demasiado posible —dijo el otro—. Es láudano. ¿Qué podemos hacer? ¡Rápido, piensa!

—Ante todo debemos despertar a su Alteza —dijo el otro—. Y debemos suministrarle un vomitivo. Lo mejor será que le llevemos a la cama.

Así lo hicieron, depositando el cuerpo sobre el gran lecho. Allí Aribert mezcló agua y mostaza y le administró el vomitivo aunque sin resultado. El Príncipe yacía inmóvil, los músculos distendidos. Tenía la piel fría como el hielo y, los párpados, medio caídos, mostraban unas pupilas dolorosamente contraídas.

—Ve a buscar a un doctor, Hans. Dile que el príncipe Eugen se ha puesto enfermo de repente, aunque no es grave. La verdad no debe conocerse.

—Debemos despertarle, señor —insistió Hans al salir a toda prisa de la habitación.

Aribert levantó a su sobrino de la cama y lo sacudió, le pinchó, le abofeteó con fuerza, le gritó, tiró de él, pero no logró despertarle. Finalmente lo dejó estar, por puro cansancio, con el Príncipe acostado en la cama de nuevo. Cada minuto que transcurría parecía una hora. Solo, con el cuerpo inconsciente en el silencio de la gran habitación, bajo la fría luz amarilla de las lámparas eléctricas, Aribert fue presa de los más desesperantes pensamientos. La trágica circunstancia de su sobrino le angustiaba y se le ocurrió que era inevitable que a ese bonachón y débil niño, heredero infeliz de un trono, le hubiese llegado una temprana y vergonzosa muerte. Un poco de mejor suerte y el personaje, en su funambulismo entre lo correcto y lo incorrecto, podía haber seguido el camino apropiado, Eugen pudiera haber formado parte con la debida dignidad del plantel de monarcas europeos. Pero ahora parecía que todo había concluido, que la última jugada había tenido lugar. Y en ese desastre Aribert vio la ruina de sus propias esperanzas. Porque él debería

ocupar el trono de su sobrino y sentía instintivamente que la naturaleza no le había hecho apto para tal papel. Por un natural impulso, se rebelaba interiormente ante la perspectiva de ser monarca. La monarquía significaba demasiado y él se sentía incapaz de asumirla. Significaría un matrimonio político, es decir un matrimonio forzoso, una unión no deseada. ¡Y entonces, qué pasaría con Nella!

Hans regresó.

—He mandado buscar al doctor más cercano y también a un especialista —dijo.

—Bien —dijo Aribert—. Espero que se den prisa —y se sentó a escribir una carta que le entrego a Hans, diciendo—: Llévala tú mismo a la Srta. Racksole. Si no está en el hotel, averigua dónde ha ido y ve a buscarla. Entiéndelo: es de la máxima importancia.

Hans le dirigió una inclinación y se marchó por segunda vez, quedándose Aribert solo de nuevo.

Miró a Eugen e hizo otro frenético intento de sacarle de su mortal estupor, pero de nuevo sin resultado. Fue hacia la ventana abierta; a través del marco pudo oír el tintineo de los cabriolés pasando por el Embankment, los pitidos de los porteros y las sirenas de los barcos de carga por el río. El mundo seguía como siempre, o al menos lo parecía. Era un mundo absurdo.

No deseaba más que abandonar su título principesco y vivir cual hombre corriente: el marido de la mejor mujer en la tierra… Pero ¿y ahora qué?

¡Bah! ¡Qué egoísta era pensando en él mientras Eugen se moría! Pero… ¡Nella!

Se abrió la puerta y entró un hombre que obviamente era el médico. Hizo algunas preguntas y ya lo supo todo.

—Toque la campanilla, Príncipe. Necesito agua caliente, un hombre diestro y una enfermera.

—¿Para qué quiere una enfermera? —dijo una voz, y apareció Nella con aspecto tranquilo—. Yo soy enfermera —añadió al doctor—. A sus órdenes.

Las siguientes dos horas fueron una lucha entre la vida y la muerte. El primer doctor era un especialista que, junto a Nella, Aribert y el viejo Hans constituyó el grupo que batalló por salvar al enfermo. Nadie más en el hotel sabía lo que ocurría. Cuando un príncipe se encuentra grave, especialmente por culpa de él mismo, la verdad no suele divulgarse. De acuerdo con la inteligencia oficial, un príncipe nunca está seriamente enfermo hasta que muere. Así funcionan los gobiernos.

Lo peor que pudo pasar con Eugen fue que los vomitivos eran inútiles. Ninguno de los médicos podía explicarse por qué, pero el caso es que era así. El grupo se vio sometido a la impotencia. Al final, el gran especialista de Manchester Square afirmó que no había esperanzas para el príncipe Eugen a menos que el vigor natural de su constitución se probase capaz de resistir al veneno sin ayuda médica, del mismo modo que un alcohólico se cura durmiendo la borrachera. Se había intentado todo, incluso la respiración artificial y la inyección de café caliente. Tras emitir su veredicto, el gran especialista de Manchester Square se fue. Era la una de la madrugada. Por una de esas extrañas y fútiles coincidencias que a veces nos sorprenden por su sutil significación, el especialista se encontró con Theodore Racksole y su prisionero cuando ambos entraban en el hotel. Ninguno de ellos supo quién era el otro.

En la *Suite* Principal, el pequeño grupo de vigilantes rodeaba la cama. Los minutos pasaban lentamente, en temible procesión. Transcurrió otra hora. Luego, la figura sobre el lecho hasta entonces inmóvil, se agitó y movió: sus labios se separaron.

—Eso sí que produce esperanza —dijo el doctor y le administró un estimulante que

le fue entregado por Nella.

En un cuarto de hora el paciente había recobrado la conciencia. Por diezmilésima vez en la historia de la medicina una constitución sana había realizado el milagro imposible para el saber médico acumulado durante siglos. Al debido tiempo, el doctor marchó tras declarar que el príncipe Eugen se hallaba «camino de la recuperación», y prometió volver en unas horas. Amanecía y Nella abrió las grandes cortinas dejando que entrase la luz del sol.

El viejo Hans, vencido por la fatiga, dormitaba en una silla, en un apartado rincón de la estancia.

El asunto era demasiado para él. En cuanto a Nella y Aribert, se miraron el uno al otro. No habían intercambiado una palabra, pero cada uno sabía lo que pensaba el otro a cada instante. Juntaron las manos con perfecto entendimiento. Su rápido enamoramiento había sido del tipo silencioso y seguía siéndolo. Ninguna palabra fue proferida. Por encima de él había pasado una sombra, pero solo eran sus ojos los que expresaban alivio y alegría.

—¡Aribert! —La débil llamada provenía del lecho. Aribert acudió junto a Eugen mientras Nella permanecía cerca de la ventana.

—¿Cómo te encuentras, Eugen? —le dijo—. Te veo mejor.

—¿Lo crees? —murmuró el otro—. Quiero que me perdones por todo esto, Aribert. Te he debido causar un intolerable disgusto. Lo que hice fue tan estúpido. Esto es lo que más me irrita. El láudano es un remedio débil, pero no se me ocurrió otro y no podía pedir consejo a nadie. Me vi obligado a ir yo mismo a comprar el producto. Resultó espantoso. Aunque gracias a Dios ha servido de algo.

—¿Qué dices, Eugen? Estas mejor. En un día o dos estarás recuperado del todo.

—Me estoy muriendo —dijo Eugen con calma—. Pero no te preocupes. Muero porque quiero morir. Así debe ser. Lo sé por lo débil que siento el corazón. En pocas horas habré muerto. El trono de Posen será para ti, Aribert. Lo harás mucho mejor que yo lo hubiera hecho nunca. Que no sepan que me envenenado por mi propia mano. Haz que Hans jure no divulgarlo y tú no digas nunca una palabra. He sido un loco pero no deseo que se sepa que también he sido un cobarde. Quizá no sea cobardía, quizá sea coraje después de todo, coraje para cortar el nudo. No hubiese podido sobrevivir a la desgracia de que se supiese lo ocurrido, Aribert, algo que seguramente se hubiese producido. He sido un irresponsable, pero estoy dispuesto a pagar por ello. Los Posen siempre lo pagamos todo, excepto las deudas. ¡Ah, las deudas! De no ser por ellas habría podido ser aceptado por la que hubiera sido mi mujer, compartiendo el trono. Hubiera podido esconder mi pasado y empezar de nuevo. Con su ayuda podía haber empezado de nuevo, ciertamente. Pero el destino me ha sido contrario. ¡Siempre lo ha sido, siempre! Por cierto, ¿qué era ese plan contra mí, Aribert? Lo había olvidado.

Cerró los ojos. Hubo un repentino ruido. El viejo Hans se había deslizado de la silla al suelo. Se puso en pie, confundido, y se marchó avergonzado y cabizbajo de la habitación.

Aribert tomó la mano de su sobrino.

—¡No seas absurdo, Eugen! Estas soñando. Pronto estarás bien. Anímate.

—Todo por un millón —se quejó el enfermo—. Un miserable millón de libras inglesas. La deuda nacional de Posen es de cincuenta millones y yo, el Príncipe de Posen, no he podido lograr que me prestasen uno. Si lo hubiera logrado podía haber ido con la cabeza alta de nuevo. Adiós, Aribert… ¿Quién es esa chica?

Aribert miró adonde le indicaba. Era Nella, que estaba silenciosa al pie de la cama, con los ojos húmedos. Nella fue a la cabecera de la cama y puso su mano en el corazón del

enfermo. Apenas lo sintió latir y miró a Aribert con ojos de repentina desesperación.

En ese instante, Hans volvió a entrar en la estancia y llamó a Nella.

—He oído que el Sr. Racksole ha vuelto al hotel —le susurró— y que ha capturado a ese hombre, Jules, a ese canalla, según dicen.

Varias veces durante la noche, Nella había preguntado por su padre pero no había podido saber dónde estaba. Ahora, a las seis y media de la mañana, se había extendido un misterioso rumor entre los empleados del hotel sobre lo sucedido la noche anterior. Cómo se había originado, nadie lo sabía, pero se comentaba.

—¿Dónde está mi padre? —preguntó Nella a Hans.

Este se encogió de hombros y señaló hacia arriba.

—Dicen que en algún lugar del último piso.

Nella salió corriendo de la estancia. Cómo interrumpió la entrevista entre Jules y Theodore Racksole ya lo hemos contado. Mientras bajaba las escaleras con su padre le dijo de nuevo:

—El príncipe Eugen se muere, pero pienso que puedes salvarle.

—¿Yo? —exclamó Theodore.

—Sí —dijo ella con convicción—. Te diré lo que quiero que hagas. Y lo vas a hacer.

Capítulo 29

Theodore acude al rescate

Cuando Nella bajaba desde el último piso con su padre —los ascensores aún no habían empezado a funcionar— hizo que este la acompañara a su habitación y cerró la puerta.

—¿Qué sucede? —preguntó algo sorprendido e incluso alarmado por la extrema seriedad del rostro de su hija.

—Papá —empezó Nella— tú eres muy rico, ¿verdad? Muy, muy rico —y sonrió con timidez y ansia. Racksole no recordaba haber visto nunca antes esa expresión en la cara de su hija. Quiso responder con una broma pero se contuvo.

—Si —dijo—. Lo soy. Deberías saberlo, a estas alturas.

—¿En cuánto tiempo podrías reunir un millón de libras?

—¿Un millón de qué? —exclamó. Hasta él se sobresaltó por la tranquila referencia de ella a tan gigantesca suma—. ¿Adónde demonios quieres ir a parar?

—A un millón de libras, he dicho. Es decir, cinco millones de dólares. ¿En cuánto tiempo podrías reunir eso?

—¡Oh! —respondió él—. En un mes más o menos, si me lo propongo. Puedo reunirlo en un mes sin sobresaltar a Wall Street y otras plazas. Pero requeriría ciertos pasos previos.

—No sirve —exclamó ella—. ¿No lo podrías reunir más rápido si te pusieras a ello a fondo?

—Si me entrego a fondo tal vez lo lograría en una semana, pero tanta prisa quizá me supondría pérdidas.

—¿No podrías —persistió ella— encontrar ese millón esta misma mañana, donde fuera, si se tratara de una cuestión de vida o muerte?

Racksole dudó.

—Mira, Nella —dijo—, ¿qué es lo que pretendes?

—Por favor: contesta a mi pregunta, papá, y trata de no pensar que soy una absoluta lunática.

—Creo que esta misma mañana podría conseguir reunir un millón, incluso aquí en Londres. Pero me costaría muy caro. Me podría costar cincuenta mil libras y ello podría provocar un trastorno en Nueva York, un gran desplome de mis valores.

—¿Y por qué lo han de saber en Nueva York?

—Porque en Nueva York lo llegan a saber todo —respondió—. Hija mía, cuando alguien pide prestado un millón de libras todo el mundo llega a saberlo. ¿Crees que puedo ir al gobernador del Banco de Inglaterra y decirle: «Mire, présteme a mí, Theodore Racksole, un millón durante unas semanas», y él, entonces, me va a dar un pagaré y unos billetes a cuenta de mis acciones?

—Pero ¿lo puedes conseguir o no? —preguntó Nella de nuevo.

—Si hay un millón en Londres creo que lo podría conseguir —replicó.

—Bien papá —y le puso los brazos alrededor del cuello—. Ve y hazlo. Es para mí. Nunca te he pedido nada realmente grande. Pero ahora sí, y lo quiero de verdad.

Se la quedó mirando.

—Te daré lo que pides —dijo finalmente—. Te lo mereces por tu colosal e inmenso desparpajo. Y ahora ya puedes decirme lo que se esconde tras este galimatías. ¿Qué sucede?

—Es para el príncipe Eugen —empezó vacilante, con pausas—. Está arruinado a menos que consiga un millón para pagar sus deudas. Está muy enamorado de una princesa y no se puede casar con ella por ese motivo. Sus parientes no se lo darían. Debía conseguirlo de Sampson Levi pero debido a Jules no llegó a tiempo.

—Conozco el asunto, quizá más que tú. Pero no sé en qué nos afecta a ti y a mí.

—La cuestión es esta, papá —continuó Nella—. Ha tratado de suicidarse, hasta tal punto está abatido. Sí, un verdadero suicidio. Tomó láudano la pasada noche. No se llegó a matar pero se encuentra muy débil y quiere morir. Y creo que realmente va a morir. Pero si le pudieses dar ese millón, papá, podrías salvarle la vida.

Lo que le contó Nella le produjo una considerable y desconcertante sorpresa a Racksole, pero procuró esconder sus sentimientos al respecto.

—No tengo el menor deseo de salvar su vida, Nella. No puedo hacer más por tu príncipe Eugen. Ya he hecho lo que he podido por él, pero solo por motivos de justicia, porque no me gustan las conspiraciones ni los asesinatos secretos. Otra cosa es si quiere matarse. A este respecto digo: que haga su voluntad. ¿Quién es responsable de que deba un millón de libras? Solo él y sus malos hábitos. Supongo que si muere, el trono de Posen pasará al príncipe Aribert. Lo que no iría mal: vale vente veces más que su sobrino.

—Esa es la cuestión, papá —dijo aprovechando la ocasión—. Quiero que salves al Príncipe Eugen precisamente para que Aribert no tenga que ocupar ese trono. Él no quiere ocuparlo.

—¡No quiere ocuparlo! ¡No digas tonterías! Si es honesto consigo mismo deberá admitir que tendría que estar contentísimo de ocuparlo. Lleva el trono en la sangre, por así decirlo.

—Te equivocas, papá. Y la razón es esta: si el príncipe Aribert sube al trono de Posen, se verá obligado a casarse con una princesa.

—¡Pues muy bien! Un príncipe debe casarse con una princesa.

—Pero él no quiere. Desea renunciar a todos sus derechos reales y vivir como un súbdito. Quiere casarse con una mujer que no es princesa.

—¿Es rica esa mujer?

—Su padre lo es —dijo Nella—. ¡Oh, papá! ¿No lo adivinas? Él me quiere —y su rostro cayó sobre el hombro de Theodore y empezó a llorar.

El millonario soltó un silbido agudo.

—¡Nella! ¿Y tú? ¿Te gusta él?

—Papá —respondió ella—, eres tonto. ¿Imaginas que me iba a preocupar si no me gustase? —Sonrió a través de las lágrimas. Por el tono de su padre supo que se había salido con la suya.

—Extraña relación —señaló Racksole—. Pero, por supuesto, si piensas que servirá de algo, mejor será que bajes y le digas al príncipe Eugen que tendrá ese millón si realmente lo necesita. Espero que haya de por medio alguna garantía decente; de no ser así, Sampson Levi no se hubiera metido.

—Gracias papá. Pero no vengas conmigo. Me las arreglaré mejor sola.

Se despidió con mínima cortesía y desapareció. Racksole, que tenía el talento, tan necesario para los millonarios, de saber abordar varios asuntos a la vez, importantes o pequeños, fue a dar órdenes sobre el desayuno y la remuneración a su ayudante de la noche

anterior, George Hazell. Luego invitó a Felix Babylon a venir a su apartamento privado para que desayunara con él. Tras haberle contado la historia de la captura de Jules y haber mantenido una discusión con él sobre diversos puntos de la gestión del hotel, y en especial en lo que concernía a la vigilancia de las bodegas, Racksole se puso el sombrero y salió al Strand, donde tomó un cabriolé y ordenó que le llevaran a la City. El orden y naturaleza de las operaciones que allí llevó a cabo fue demasiado complejo y técnico como para que nos molestemos en describirlo.

Cuando Nella regresó a la *Suite* Principal, ambos, el doctor y el gran especialista, se hallaban de nuevo allí. Los dos se apartaron de la cama cuando ella entró y se pusieron a hablar tranquilamente junto a la ventana.

—¡Curioso caso! —dijo el especialista.

—Sí, por supuesto. Como usted dice, es un temperamento neurótico: ese el fondo del problema. Ese temperamento y una constitución vigorosa batallando el uno contra la otra dan un resultado verdaderamente curioso.

—¿Cree que hay alguna esperanza, *sir* Charles?

—Si le hubiera visto recuperar la conciencia hubiera dicho que había alguna esperanza. A decir verdad, cuando me fui anoche, o esta misma mañana, no esperaba volver a ver vivo al Príncipe, al menos consciente, capaz de hablar. De acuerdo con las reglas del juego, debería superar el colapso del organismo con perfecta facilidad y certeza. Pero no creo que quiera. No creo que lo intente. Y además, pienso que se halla bajo la influencia de una manía suicida. Si tuviera una navaja a mano se cortaría el cuello. Deben mantenerle con el ánimo alto. Inyéctenle, si es preciso. Regresaré esta tarde. Ahora debo ir al palacio de Saint James.

El especialista se apresuró a irse tras una honda inclinación y unas pocas y rápidas palabras de cortesía dirigidas al príncipe Aribert.

Cuando se hubo marchado, Aribert se acercó al otro médico.

—Olvídese de todo, doctor —le dijo—, excepto de que soy un ser humano y usted es otro, y dígame la verdad. ¿Se ve capaz de salvar a su Alteza? Dígame la verdad.

—No existe tal verdad —fue la repuesta del médico—. El futuro no está en nuestras manos, Príncipe.

—Pero ¿hay esperanzas, sí o no?

El doctor miró al príncipe Aribert.

—No —dijo con brevedad—. No las hay. Nunca tengo esperanzas si el enfermo no está de mi parte.

—¿Quiere usted decir?…

—Quiero decir que su Alteza no tiene ganas de vivir. Usted tiene que verlo.

—Así es…

—¿Y sabe usted a qué se debe?

Aribert afirmó con la cabeza.

—Y no hay forma de quitárselo de la mente.

—Ninguna —dijo Aribert, que notó que le cogían por la manga: era Nella quien, con un gesto, le indicó saliera con ella a la antesala.

—Si usted quiere —le dijo la muchacha cuando estuvieron solos—, el príncipe Eugen puede salvarse. Tengo la solución.

—¿Qué tiene la solución? —dijo, inclinándose sobre Nella casi con aire de alarma—. ¿No me dirá que puede obtener ese millón de libras? ¿Y que lo puede obtener hoy mismo, si le apetece? ¿Qué quiere decir si no, Nella?

—Quiero decir lo que digo, Aribert —y, buscando sus manos, las puso entre las suyas—. Justo lo que digo. Si un millón de libras pueden salvar al príncipe Eugen, las tiene a su disposición.

—¡Pero cómo! ¿Cómo se las ha apañado? ¿Es un milagro?

—Mi padre —replicó ella con dulzura— hace cuanto le digo. No perdamos tiempo. Vaya a decirle a Eugen que todo está solucionado, que todo va a ir bien, ¡venga!

—Pero no podemos aceptar tan enorme e increíble favor. Es imposible.

—Aribert —dijo con rapidez—, recuerde que no está en Posen en una recepción real. Está en Inglaterra y está hablando con una chica americana que está habituada a tener cuanto desea.

El Príncipe le soltó las manos y regresó a la habitación. El doctor se estaba en la mesa escribiendo una prescripción. Aribert se acercó a la cama con el corazón latiéndole violentamente. Eugen le recibió con una débil y fatigada sonrisa.

—Eugen —le susurró—, escúchame atentamente. Tengo noticias. Gracias a unos amigos he logrado que te presten ese millón. Ya está arreglado, puedes confiar en ello. Pero debes ponerte mejor. ¿Me estas escuchando?

Eugen casi saltó de la cama.

—Dime que no estoy delirando —exclamó.

—Por supuesto que no —replicó Aribert—. Pero no te levantes. Debes cuidarte.

—¿Y quién me presta ese dinero? —preguntó Eugen con un débil y feliz susurro.

—No importa. Lo sabrás más tarde. Trata ahora de mejorar.

El cambio en el rostro del paciente fue extraordinario. Su mente parecía haber adquirido de pronto una actitud totalmente distinta. El doctor se sorprendió al oírle murmurar que quería comer. En cuanto a Aribert, se sentó abrumado por la vorágine de sus propios pensamientos. Hasta ese instante sentía que no había apreciado el valor y el maravilloso poder del maldito dinero, del lucro, que los filósofos suelen despreciar y por el que los hombres venden sus almas. Su corazón casi estalló de admiración por esa extraordinaria mujer, Nella, que por mera energía personal había hecho subir a dos hombres desde el más hondo lodazal de desesperación hasta las más beatíficas alturas de esperanza y felicidad. «Esos anglosajones —se dijo—, ¡qué gente!».

Por la tarde Eugen se encontraba considerablemente mejor. Los médicos, perplejos por tercera vez ante la evolución del enfermo, anunciaron que estaba fuera de peligro. El tono de la declaración le pareció a Aribert que venía a significar que la afortunada circunstancia se debía enteramente a la sin igual aptitud médica, pero quizá Aribert estaba equivocado. De algún modo, se sentía imbuido de una gran generosidad, dispuesto a perdonarlo todo.

—Nella —dijo un poco más tarde, cuando ambos estuvieron de nuevo en la antesala—. ¿Qué puedo decirle? ¿Cómo se lo podré agradecer? ¿Cómo se lo agradeceré a su padre?

—Mejor que no se lo agradezca a mi padre —dijo—. Papá pretende contemplar el asunto como un mero negocio, como lo es, por supuesto, en el fondo. En cuanto a mí, usted puede… puede…

—¿Y bien?

—Besarme —dijo—. ¿Está seguro de haberme solicitado formalmente, Príncipe?

—¡Ah, Nella! —exclamó rodeándola con sus brazos—. ¡Sé mía! Eso es cuando deseo.

—Pero es necesario que antes papá consienta —dijo ella.

—¿Puede poner dificultades? Contigo no puede ser, Nella.

—Mejor pregúntale —le dijo ella con dulzura.

En ese instante Racksole entró en la estancia.

—¿Todo va bien? —preguntó señalando hacia la cama.

—Espléndidamente —contestaron al unísono los dos enamorados, sonrojándose.

—¡Ah! —dijo Racksole—. Entonces, si es así y se me permite un minuto, tengo algo que mostrarle, Príncipe.

Capítulo 30

Conclusión

—Tengo muchas cosas que decirle, Príncipe —empezó Racksole tan pronto como salieron de la habitación—. Y también, como le he dicho, algo que enseñarle. ¿Puede venir a mi apartamento? Primero hablaremos allí. Hay una atmósfera de excitación en todo el hotel.

—Con placer —dijo Aribert.

—Me alegro de que el príncipe Eugen se esté recuperando —dijo Racksole, urgido por consideraciones de cortesía.

—¡Ah! Respecto a eso… —empezó a decir Aribert.

—Si no le importa, lo discutiremos después, Príncipe —le interrumpió Racksole cuando ambos se hallan en el apartamento—. Le quiero hablar de lo sucedido ayer noche: mi captura de Jules y el interrogatorio que le he hecho hoy por la mañana —y se embarcó en un relato completo hasta los mínimos detalles—. Ya ve —concluyó— que nuestra sospecha en cuanto a Bosnia era tolerablemente correcta. Pero cuanto más pienso en ello más lamento que nada se puede hacer para que esos políticos criminales paguen por lo que han hecho.

—Y en cuanto a Jules, ¿qué piensa hacer?

—Venga conmigo —le dijo Racksole, y llevó a Aribert a otra estancia. Había en ella un sofá cubierto con un paño de lino. Racksole levantó el paño y, no pudo negar que resultó algo dramático, mostró un cuerpo sin vida.

Era Jules, muerto sin señales visibles en el cuerpo.

—He mandado venir a la policía: no a un guardia cualquiera sino a un oficial de Scotland Yard —dijo Racksole.

—¿Cómo ha sucedido? —preguntó Aribert, muy sorprendido—. Entendí que me dijo que estaba a buen recaudo en su habitación.

—Y así era —replicó Racksole—. Fui a verle por la tarde, para traerle algo de comer. El conserje estaba de guardia ante la puerta. No había oído el menor ruido, nada inusual. Pero cuando entré, Jules estaba muerto. De algún modo había logrado soltarse las correas. Luego se puso a desencajar la puerta del armario. Movió la cama hasta la ventana y tras sacar tres cuartos de esa puerta de armario fuera de la ventana y colocar el otro extremo bajo el armazón de la cama, en parte de la cabecera, trató de utilizarla como insegura plataforma para salir de la ventana. Todo esto lo hizo sin el menor ruido. Debió, entonces, salir por la ventana, sosteniéndose sobre la pequeña plataforma. Con los dedos, debió tratar de alcanzar la amplia cornisa bajo el tejado del hotel. Con la fuerza de sus brazos debió alcanzar esa cornisa y de ahí pasó al tejado, a través del que escapó.

»Junto al sector del edificio que da a Salisbury Lane hay una escalera de incendios que va desde el tejado hasta el patio hundido al nivel de las bodegas. Jules debió pensar que podría escapar por ahí. Pero desafortunadamente para él, un peldaño de la escalera de hierro estaba oxidado y roto. El peldaño cedió y Jules, cogido por sorpresa, cayó abajo, matándose. Así ha terminado el hombre, pese a su inmensa astucia y habilidad.

Tras acabar de hablar, Racksole volvió a colocar sobre el cuerpo el paño de lino con un gesto en el que la admiración no estaba del todo ausente.

Cuando la tumba se cerró sobre la oscura y tempestuosa carrera de Tom Jackson, antaño orgullo del Gran Babylon, hubo cierta agitación entre las gentes cuyas aventuras hemos relatado. De *Miss* Spencer, la rubia y fiel esclava del brillante canalla, nunca más volvió a oírse hablar de ella. Posiblemente aún viva, sin que nadie imagine quién es, en alguna pensión barata de algún país extranjero. En cuanto a Rocco, se tuvieron noticias suyas. Varios años después de lo que se acaba de relatar, Felix Babylon llegó a enterarse de que el inigualable Rocco estaba en Buenos Aires y que, gracias a sus habilidades culinarias, hacía la fortuna de un nuevo y espléndido hotel. Babylon le transmitió la información a Theodore Racksole, quien podía haber puesto a la Justicia tras sus pasos. Pero Racksole, viendo que Rocco seguía honestamente su vocación, decidió dejarle en paz. La única dificultad que Racksole experimentó tras la muerte de Jules —una dificultad con la que contaba, por supuesto— la tuvo con la policía. La policía quiso conocer lo ocurrido. Quiso saber lo que Racksole había hecho respecto al asunto Dimmock, desde su primera visita a Ostende hasta su llamada para que vinieran a recoger el cuerpo de Jules. Y Racksole de ningún modo quería que se enterasen de nada. No había duda de que había transgredido las leyes de Inglaterra y posiblemente también las de Bélgica; y la excelencia moral de sus motivos no era, por supuesto, a ojos de la Justicia, excusa para su conducta. La investigación sobre Jules provocó alguna perturbación y noventa y nueve tipos de rumores. Al final, sin embargo, se llegó a un compromiso. Ante todo, Racksole trató de apaciguar al inspector cuya pista —que, por cierto, era falsa— había declinado seguir. Hecho esto, el resto precisaba tan solo de tacto y paciencia. Probó, para satisfacción de las autoridades, que había obrado con perfecta honestidad aunque con atrevimiento, y que, a fin y al cabo, se había hecho justicia. También les dio a entender con sutileza que, si las cosas iban demasiado lejos, les desafiaba a que tratasen de perjudicarle. Finalmente, por medio del embajador de los Estados Unidos, obtuvo ciertos espaldarazos bienhechores que contribuyeron a arreglar la situación.

Una tarde, quince días después de que se restableciera el Príncipe Heredero de Posen, Aribert, que aún se hospedaba en el Gran Babylon, expresó su deseo de hablar con el millonario. El príncipe Eugen, acompañado por Hans y algunos oficiales de la corte a los que había enviado a buscar, había marchado con gran boato, pertrechado con el confortable millón, para disponer su enlace matrimonial.

Referente a ese millón, Eugen había ofrecido las pertinentes garantías: el dinero sería devuelto en quince años.

—Así que quiere hablar conmigo, Príncipe —dijo Racksole a Aribert cuando ambos estuvieron sentados frente a frente en el apartamento.

—Deseo decirle —replicó Aribert— que es mi intención renunciar a mis derechos y títulos de Príncipe de Posen y ser conocido en el futuro por Conde Hertz, un título heredado de mi madre. Asimismo, tengo unos ingresos privados de diez mil libras al año y un castillo y una finca en Posen. Le digo esto porque voy a pedirle la mano de su hija. Le he pedido a ella que sea mi mujer y ha consentido. Aguardamos su aprobación.

—Nos honra usted, Príncipe —dijo Racksole con una ligera sonrisa—, y de muchas maneras. ¿Puedo preguntarle la razón de que renuncie a sus títulos reales?

—Simplemente porque la idea de un matrimonio morganático me repugna tanto como a usted o a Nella.

—Muy bien. Supongo que sabrá que diez mil libras al año para un hombre de su posición es una renta algo baja. Nella es espantosamente extravagante. La he visto gastar sesenta mil dólares en un solo año sin que ella misma supiera en qué. Nella puede

arruinarle en doce meses.

—Nella deberá cambiar sus costumbres —dijo Aribert.

—Si es que lo consiente —continuó Racksole—. Pues muy bien: consiento.

—En su nombre y en el mío, se lo agradezco —dijo con seriedad Aribert.

—Y —continuó el millonario—, para que ella no haya de cambiar demasiado bruscamente, le dejare a Nella, para herencia de sus hijos, si llegan ustedes a tenerlos, la suma de cincuenta millones de dólares, es decir, diez millones de libras en selectos valores ferroviarios. Reconozco que es la mitad de mi fortuna. Pero Nella y yo siempre lo hemos compartido todo.

Aribert no replicó. Los dos hombres se dieron la mano en silencio. En ese instante entró Nella en la estancia.

Esa noche, tras la cena, Racksole y su amigo Felix Babylon charlaron juntos en la terraza del Gran Hotel Babylon.

Felix había iniciado la conversación.

—Supongo, Racksole —le dijo— que no estará cansado del Gran Babylon.

—¿Por qué lo pregunta?

—Porque yo sí estoy cansado, pero de no tenerlo. Mil veces desde que se lo vendí he lamentado haberlo hecho. No puedo soportar estar ocioso. ¿Me lo vende usted?

—Podría —dijo Racksole—. Podría ser que se lo vendiese.

—¿Qué me pediría, amigo mío? —preguntó Felix.

—Lo mismo que yo le di —fue la rápida respuesta.

—¡Eh! —exclamó Felix—. Yo le vendí el hotel con Jules, Rocco y la Srta. Spencer. ¡Usted me ha privado de tales inestimables empleados y me ofrece el hotel al mismo precio! ¡Es monstruoso! —El hombrecillo rio calurosamente de su ingenio—. Sin embargo —añadió—, no discutiremos sobre el precio. Acepto sus condiciones.

Y así concluyó la compleja cadena de acontecimientos que se iniciaron cuando Theodore Racksole ordenó dos bistecs y una botella de cerveza en el comedor del Gran Hotel Babylon.

Notas

[1] Célebre guía británica de trenes. (N. del T.). <<

[2] Ferrocarril con detención automática de seguridad y muchos vagones establecido a finales del siglo XIX. (N. del T.). <<

[3] Se aplica al arte de trinchar o partir los alimentos, especialmente la carne. (N. del E.). <<

[4] Cavalleria Rusticana (Nobleza Rústica) es una ópera del compositor Pietro Mascagni cuya función inaugural fue el 17 de mayo de 1890 en el Teatro Costanzi de Roma. (N. del E.). <<

[5] Puede traducirse como la expresión «¡Cielos!». (N. del E.). <<

[6] Carruaje ligero de dos ruedas con capota plegable. (N. del E.). <<